Mensajes de la verdad

Witness Lee

cc BY NC ND

Contenido de los Mensajes

Contenido de los Mensajes

PREFACIO....5
CAPÍTULO UNO....6
LA COLUMNA Y EL FUNDAMENTO DE LA VERDAD....6
DOS ASPECTOS DE LA IGLESIA....6
LA NECESIDAD DE RECALCAR LA VERDAD....7
LA VERDAD ES EL RESPLANDOR DE LA LUZ....7
SOMOS RESGUARDADOS POR EL FUNDAMENTO DE LA VIDA....8
CADA IGLESIA ES UNA ESTACIÓN DE POLICÍA Y CADA SANTO ES UN POLICÍA....9
EL PLENO CONOCIMIENTO DE LA VERDAD....10
PRIVADOS DE LA VERDAD....11
DESVIARSE EN CUANTO A LA VERDAD....12
OPONERSE A LA VERDAD....12
APARTARSE DE LA VERDAD....12
ANDAR EN LA VERDAD....12
LAS DOS FUNCIONES QUE CUMPLE LA VERDAD....13
CAPÍTULO DOS....14
LA DEFINICIÓN DE LA VERDAD....14
LA PALABRA, LA VERDAD Y LA LUZ....14
LA VERDAD: EL RESPLANDOR DE LA LUZ....15
UNA VISIÓN “TELEVISADA” A NUESTRO SER....15
LA LUZ CELESTIAL RESPLANDECE EN LA PALABRA ESCRITA....18
LA ESCASEZ DE LA VERDAD....20
PRACTICAR LA VERDAD....20
ARMADOS CON LA VERDAD....22
EL FUNDAMENTO DE LA VERDAD....22
LA VERDAD ES EL ESPÍRITU....23
EL ESPÍRITU Y LA BIBLIA....23
CAPÍTULO TRES....25
EL LIDERAZGO EN LA ECONOMÍA NEOTESTAMENTARIA....25
TRAZAR BIEN LA PALABRA DE VERDAD....26
EL CONCEPTO QUE EL SEÑOR PRESENTA EN CUANTO AL LIDERAZGO....28
CRISTO ES EL ÚNICO LÍDER....29
EL LIDERAZGO DEPENDE DE LA CAPACIDAD ESPIRITUAL....30
PRACTICAR LA VERDAD EN CUANTO AL LIDERAZGO....32
UNA SOLA CABEZA....33
LA NECESIDAD DE APRENDER LAS VERDADES....34
OBEDECER A LOS QUE GUÍAN....34
LA AUTORIDAD DE LOS APÓSTOLES....35
CAPÍTULO CUATRO....37
EL MINISTERIO EN LA ECONOMÍA NEOTESTAMENTARIA....37
UN SOLO MINISTERIO....37
EL MINISTERIO PERSONAL Y EL MINISTERIO CORPORATIVO....39
LOS MINISTERIOS EN LAS DENOMINACIONES....40
NO DEBEMOS RECIBIR LOS MINISTERIOS QUE CAUSAN DAÑO AL CUERPO....41

HABLAR DE LO MISMO DESDE DIFERENTES ÁNGULOS....43
LA BENDICIÓN DE HABLAR UNA MISMA COSA....44
CAPÍTULO CINCO....46
LA VERDAD NOS SANTIFICA POR CAUSA DE LA UNIDAD....46
LAS DOS FUNCIONES DE LA VERDAD....46
LA VERDAD ES LA REALIDAD DEL DIOS TRIUNO....47
SANTIFICADOS POR LA VERDAD....49
ACUDIR DIARIAMENTE A LA PALABRA....50
LA SANTIFICACIÓN REDUNDA EN UNIDAD AL ACABAR CON LOS FACTORES QUE CAUSAN DIVISIÓN....51
La mundanalidad....51
La ambición....51
La autoexaltación....52
Las opiniones y conceptos....54
MANTENER LA UNIDAD GENUINA....55
FIJARNOS EN LOS QUE CAUSAN DIVISIONES....55
DESECHAR A LOS SECTARIOS....56
CAPÍTULO SEIS....58
CAMBIAR DE MORADA Y ENTRAR EN DIOS PARA SER SANTIFICADOS POR CAUSA DE LA UNIDAD....58
UN LUGAR EN LA CASA DE DIOS....58
EN EL PADRE Y EN LA GLORIA....59
NOS TRASLADAMOS DE NOSOTROS MISMOS AL SER SANTIFICADOS....59
LA SANTIFICACIÓN EFECTUADA POR LA PALABRA Y EL ESPÍRITU....61
APRENDER A TOMAR MEDIDAS CON RESPECTO A NUESTRAS OPINIONES....62
SOMOS UNO EN EL DIOS TRIUNO....64
SER PERFECCIONADOS EN UNIDAD....65
LA VERDADERA EDIFICACIÓN....66
SER UNO EN LA GLORIA DEL PADRE....67
CAPÍTULO SIETE....69
LA UNIDAD ES CONTRARIA AL MAL....69
LAS DOS BABELES....69
EL SISTEMA SATÁNICO....70
EL MUNDO Y EL MAL....70
EL MAL DE LA DIVISIÓN....71
LOS CONCEPTOS SON LA ENTRONIZACIÓN DE LA AUTOEXALTACIÓN....71
LO QUE EL MUNDO REALMENTE ES....72
EN EL DIOS TRIUNO NO EXISTE LA AMBICIÓN....73
EN LA GLORIA DEL PADRE NO EXISTE LA AUTOEXALTACIÓN....74
CUANDO CRISTO VIVE EN NOSOTROS, NO TENEMOS OPINIONES....75
EXPERIMENTAR LA UNIDAD GENUINA....76
CAPÍTULO OCHO....78
SOMOS UNO DONDE ESTÁ EL HIJO....78
EL LUGAR Y EL CAMINO....78
EN EL PADRE Y EN LA GLORIA DEL PADRE....79
EL PADRE ES GLORIFICADO EN LA GLORIFICACIÓN DEL HIJO....79
LA INTENCIÓN DE DIOS....81

SOMOS UNO CUANDO ESTAMOS EN EL PADRE Y EN SU EXPRESIÓN....81
PERFECCIONADOS EN UNIDAD....82
PERDER LA UNIDAD....83
INTRODUCIDOS EN LA GLORIA DEL PADRE....85
LA UNIDAD PREVALECE DONDE ESTÁ EL HIJO....86
CAPÍTULO NUEVE....87
SER UNO EN EL DIOS TRIUNO Y EN SU EXPRESIÓN....87
UN CUADRO DE NUESTRA UNIDAD EN EL DIOS TRIUNO....87
SER UNO EN LA GLORIA DE DIOS....88
LA MADERA Y EL ORO....89
NECESITAMOS TENER UNA ESPESA CAPA DE ORO....89
NO PODEMOS SER UNO EN VIRTUD DE NUESTRA HUMANIDAD....90
CREER LO QUE PALABRA DE DIOS DICE ACERCA DE LA UNIDAD GENUINA....91
SOMOS PERFECCIONADOS EN UNIDAD AL OBTENER MÁS ORO....92
DIOS REVISTE DE SÍ MISMO A SU PUEBLO RECOBRADO....93
LA MEJOR PORCIÓN DE DIOS....94
CAPÍTULO DIEZ....96
EL ESPÍRITU INICIAL LLEGA A SER EL ESPÍRITU QUE UNE (1)....96
LA UNIDAD QUE ES FRUTO DE LA EDIFICACIÓN....97
LAS TRES FUNCIONES DEL ORO....98
EL ESPÍRITU INICIAL....98
LOS TRES ANILLOS REPRESENTAN AL DIOS TRIUNO....100
ESTAR ESCASOS DE DIOS....101
RICOS EN DIOS Y EN LA UNIDAD....102
LA TRANSFORMACIÓN Y EL REVESTIMIENTO DE ORO....103
LA UNIDAD NOS EXIGE SER TRANSFORMADOS....104
LA PROPAGACIÓN DE LA UNIDAD....105
LA ÚNICA SALVAGUARDIA....106
CAPÍTULO ONCE....108
EL ESPÍRITU INICIAL LLEGA A SER EL ESPÍRITU QUE UNE (2)....108
LOS TRES ASPECTOS DE LA UNIDAD....109
LA UNIDAD EN EL DIOS TRIUNO....109
LA PROPAGACIÓN DEL ESPÍRITU QUE SELLA....110
EL ESPÍRITU QUE UNE....111
GUARDAR LA UNIDAD....112
COOPERAR CON EL ESPÍRITU QUE UNE....113
LOS PASOS QUE CONDUCEN A LA UNIDAD....115
EL ESPÍRITU QUE UNE PASA A TRAVÉS DE NOSOTROS....115
EL VÍNCULO DE LA PAZ....116
ESTAR DISPUESTOS A QUE EL ESPÍRITU QUE UNE PASE A TRAVÉS DE NOSOTROS….117

PREFACIO

Este libro forma parte de un juego de tres tomos, el cual contiene mensajes dados por el hermano Witness Lee durante los años 1978 y 1979.

Este tomo incluye once mensajes que se dieron durante reuniones de ministerio celebradas semanalmente en Anaheim, California, en el otoño de 1978.

Los tomos que complementan este tomo, *Mensajes de vida, tomo uno* y *Mensajes de vida, tomo dos,* son una recopilación de mensajes que se dieron en conferencias celebradas en veinticuatro ciudades en los Estados Unidos y en el Sudeste de Asia.

CAPÍTULO UNO

LA COLUMNA Y EL FUNDAMENTO DE LA VERDAD

DOS ASPECTOS DE LA IGLESIA

En las epístolas a Timoteo encontramos un buen número de expresiones inusuales que no se hallan en ninguna otra parte del Nuevo Testamento. En 1 Timoteo 3:15 leemos: “Si tardo, escribo para que sepas cómo uno debe conducirse en la casa de Dios, que es la iglesia del Dios viviente, columna y fundamento de la verdad”. En este versículo se abarcan dos aspectos de la iglesia: la iglesia como casa del Dios viviente y la iglesia como columna y fundamento de la verdad. Según este versículo, la iglesia es la casa, no del Dios santo, ni del Dios justo ni del Dios todopoderoso, sino del Dios viviente. El Dios viviente está lleno de vida. Si la iglesia ha de ser la casa del Dios viviente, ella debe estar llena de vida; debe ser una casa de vida. Además de esto, la iglesia es la columna y el fundamento de la verdad. La casa está llena de vida, y la columna sostiene la verdad. Si verdaderamente nos interesa saber cómo comportarnos en la iglesia, tenemos que saber que la iglesia es la casa del Dios viviente y la columna de la verdad.

En todos los años que lleva el recobro del Señor en este país, la iglesia ha sido un testimonio de la vida. Damos gracias al Señor porque las iglesias en Su recobro están llenas de vida. No obstante, aunque las iglesias son una casa de vida, ha habido cierta carencia en cuanto a la columna que está al frente de esta casa. En el Antiguo Testamento en la parte de enfrente del templo había dos columnas que simbolizaban fortaleza. Sin las columnas, el templo no daría la impresión de fortaleza. Las casas que tienen columnas siempre dan esta impresión. La iglesia no sólo debe ser una casa llena de vida, sino también una columna de la verdad.

Mi carga en este mensaje es recalcar el hecho de que la iglesia debe poseer estos dos aspectos, el aspecto de la vida y el aspecto de la verdad.

Conforme a la economía de Dios, todo tiene dos aspectos. Si la iglesia únicamente tiene el aspecto de la vida, estará incompleta. Por ejemplo, si yo sólo tuviera una pierna, me sería muy difícil estar de pie y, más difícil aún, caminar. Pero con dos piernas puedo estar de pie y caminar normalmente.

LA NECESIDAD DE RECALCAR LA VERDAD

Desde que el recobro del Señor vino a este país, hemos hecho mucho hincapié en la vida. Por ejemplo, todos los ciento veinte mensajes del Estudio-vida de Génesis tienen que ver con la vida. Sin embargo, no hemos recalcado lo suficiente la verdad. Acepto que soy responsable de esto. Ahora debemos recalcar la verdad tanto como la vida.

LA VERDAD ES EL RESPLANDOR DE LA LUZ

Es muy significativo que en 1 y 2 Timoteo la vida no se mencione tan a menudo como la verdad. La verdad en cambio se menciona una y otra vez (1 Ti. 2:4; 3:15; 4:3; 6:5; 2 Ti. 2:15, 18; 3:8; 4:4). La razón de ello es que estas epístolas fueron escritas durante un período de degradación. Cuando la iglesia se degrada, hay tinieblas; y cuando hay tinieblas, se necesita la verdad. La verdad es la expresión de la luz, al igual que la gracia es la expresión del amor. Siempre que la luz resplandece, recibimos la verdad. La luz resplandece en medio de las tinieblas. En 1 y 2 Timoteo, dos libros que tratan de la degradación, la verdad es mencionada frecuentemente, debido a que en un período de tinieblas lo que más se necesita es el resplandor de la luz, la expresión de la luz.

La verdad es el resplandor de la luz. Donde hay luz, allí está Dios, porque Dios es luz (1 Jn. 1:5). Cuando la luz resplandece sobre nosotros, ésta se convierte en la verdad. En Romanos 8 Pablo nos exhorta a que andemos conforme al espíritu, pero en 2 y 3 Juan, las cuales también fueron escritas en un período de

degradación, Juan nos habla de andar en la verdad. Aunque en otros de sus escritos Juan recalcó la vida, en estas dos epístolas él habló mucho acerca de la verdad. Por ejemplo, en 3 Juan 4 él dice: “No tengo yo mayor gozo que éste, el oír que mis hijos andan en la verdad”. Siempre que estamos pasando por un período de degradación y tinieblas, necesitamos que la luz brille para saber cómo andar de una manera apropiada.

SOMOS RESGUARDADOS POR EL FUNDAMENTO DE LA VIDA

Ya señalamos que 1 Timoteo 3:15 revela dos aspectos de la iglesia: la casa de vida y la columna de la verdad. En los pasados dieciséis años del recobro del Señor dedicamos toda nuestra atención al aspecto de la vida y no prestamos suficiente atención al aspecto de la columna de la verdad. Por ello fue posible que ciertas personas perversas se introdujeran para socavar el recobro. Desde principios de 1974, se ha estado llevando a cabo una obra insidiosa. ¡Qué engaño ha habido! Sin embargo, el recobro del Señor se ha preservado porque en el pasado pusimos el fundamento de la vida. Debido a este fundamento, muchos de los que fueron engañados pudieron regresar rápidamente a la vida. Si no hubiesen tenido el fundamento de la vida interiormente, no creo que podrían haber regresado tan rápidamente. Los que trataron de derrocar el recobro llaman este fundamento la influencia de Elden Hall. ¡Alabado sea el Señor por la influencia de Elden Hall! ¡Cuánto la aprecio y cuánto me encanta!

Al parecer por cierto tiempo fuimos llevados a Babilonia. Esto ocurrió de una manera muy sutil, pero ahora hemos sido traídos de regreso. ¡Aleluya! No sólo hemos sido liberados, sino que somos verdaderamente libres. En menos de dos meses el Señor cambió la situación y nos liberó. ¿Sabe usted qué nos hizo regresar del cautiverio? Fue el fundamento de la vida que fue sólidamente puesto en el pasado. El enemigo tocó este fundamento, pero no pudo sacudirlo; en lugar de ello, se hirió a sí mismo. Debido a que el fundamento de la vida fue puesto en

una ciudad tras otra, el intento del enemigo por socavar las iglesias no tuvo ningún éxito. Las iglesias fueron resguardadas gracias al fundamento de la vida.

CADA IGLESIA ES UNA ESTACIÓN DE POLICÍA Y CADA SANTO ES UN POLICÍA

Sin embargo, debido a que no teníamos la columna de la verdad, esto abrió la puerta para que entraran cosas malignas. Es como si no tuviéramos estaciones de policía ni policías. Debido a que no teníamos la salvaguardia de la verdad, los ladrones tuvieron oportunidad de robar y engañar. Ahora nos hemos dado cuenta de que cada iglesia local debe ser una estación de policía y que cada santo debe ser un policía. Si en los pasados cuatro años y medio las iglesias hubieran sido estaciones de policía y los santos hubieran sido policías, los ladrones no habrían podido entrar.

Muchos han mostrado recelo de actuar como policías por temor a causar problemas. Supongamos que un ladrón entra en un banco y, por un lado, roba el dinero y, por otro, dice ser uno con el banco y estar a favor del banco. Sin duda alguna, el gerente del banco debe llamar a la policía. Pero si no llama a la policía por temor a causar problemas, entonces el ladrón se robará todo. Si alguien afirma estar a favor del ministerio pero anda robando y engañando, debemos cumplir nuestra función como policías examinándolo conforme a la verdad. Pero debido a que hemos estado escasos de la verdad y de la práctica de la verdad, no hemos hecho esto. Hemos pagado un alto precio para enterarnos de que nos hace falta la verdad.

En efecto, el fundamento de la vida fue puesto, pero la columna de la verdad aún no ha sido edificada. Por lo tanto, siento la carga de dar un buen número de mensajes sobre la verdad. Si tenemos tanto el fundamento de la vida como la columna de la verdad, ninguna cosa maligna ni ninguna persona perversa podrá introducirse en las iglesias, sino que tales personas y cosas serán examinadas conforme a la verdad.

Supongamos que varios hermanos vienen de otros lugares a cierta localidad para tratar cierto problema que hay en dicha iglesia. Cualquier santo que conozca la verdad y practique la verdad debe levantarse y decir: “¡Un momento! Eso es jerarquía. ¿Qué derecho tienen ustedes para venir aquí y hacer algo semejante? ¿Quién les dio esa autoridad? Eso es organización humana. Si ustedes dicen que el hermano Lee los envió, yo mismo voy a llamarlo para averiguar si eso es cierto. Y si es cierto, reprenderé al hermano Lee por no haber actuado conforme a la verdad. Yo he recibido su ministerio por muchos años, pero no lo recibiré esta vez si no es conforme a la verdad”. Incluso si el apóstol Pablo hablara contra la verdad del Nuevo Testamento, nosotros deberíamos rechazarlo. Debemos ser fieles en practicar la verdad. Si vemos que se cometen delitos pero no cumplimos nuestra función como policías, entonces no estamos practicando la verdad. Por el bien del recobro del Señor, no sólo necesitamos la vida, sino también la verdad. Es preciso que nos impresione a todos la importancia absoluta que tiene la verdad.

EL PLENO CONOCIMIENTO DE LA VERDAD

En 1 Timoteo 2:4 se nos dice: “El cual quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al pleno conocimiento de la verdad”. Dios desea que todos los hombres reciban dos cosas: la salvación y el pleno conocimiento de la verdad. En el pasado prestamos atención a la salvación, pero descuidamos el pleno conocimiento de la verdad. Observen que, según el griego, este versículo no dice que los hombres deben simplemente llegar al conocimiento de la verdad, sino al pleno conocimiento de la verdad.

La última parte de 1 Timoteo 4:3 habla de “los que creen y tienen pleno conocimiento de la verdad”. Aquí se habla de creer, que se refiere a la salvación, y de conocer plenamente la verdad. Tener el pleno conocimiento de la verdad es conocer la verdad plenamente. Conocer la verdad de esta manera es una salvaguardia.

PRIVADOS DE LA VERDAD

En 1 Timoteo 6:5 Pablo dice: “Constantes altercados entre hombres corruptos de entendimiento y privados de la verdad”. Aquellos cuyas mentes son corruptas están privados, carentes, de la verdad. A tales personas no les interesa la verdad. De hecho, algunos han dicho que cuanto más duermen hasta tarde en la mañana, más espirituales son. Esta afirmación sólo puede salir de labios de personas que están carentes de la verdad. Otros han dicho que la mejor manera de tener un tiempo sólido los domingos por la mañana es dormir hasta tarde. Incluso algunos les han dicho a los jóvenes que puesto que no pueden vencer su carne, deben dejar que ella haga todo lo que desea. Todos los que puedan aceptar tales afirmaciones están carentes del conocimiento de la verdad.

Alguien incluso dijo que sólo debemos prestar atención al Espíritu, no a los principios. ¡Cuán sutil es esto! Todos los que conocen la verdad saben que esto significa aceptar sólo al Espíritu y rechazar la Biblia, puesto que todos los principios provienen de la Biblia. Es muy peligroso tener únicamente al Espíritu, mas no los principios de la Palabra.

Quizás usted haya oído a algunos decir que prefieren beber de mi espíritu, mas no recibir mis palabras. Si los santos en el recobro del Señor tuvieran el pleno conocimiento de la verdad, jamás aceptarían estas palabras, las cuales son una completa falsedad expresada por aquellos que están privados de la verdad. En los últimos años, ha habido una terrible escasez de la práctica de la verdad entre nosotros. Si todos practicáramos la verdad, ciertas afirmaciones o prácticas habrían sido puestas en tela de juicio mucho tiempo atrás. Por lo tanto, necesitamos aprender las verdades; no debemos ser un pueblo carente de la verdad.

DESVIARSE EN CUANTO A LA VERDAD

Después de hablar de trazar “bien la palabra de verdad” y de evitar “profanas y vanas palabrerías”, Pablo habló de aquellos que “se desviaron en cuanto a la verdad” (2 Ti. 2:15-18). Pablo comparó a gangrena lo que estas personas dicen, una enfermedad que carcome (v. 17).

OPONERSE A LA VERDAD

En un período de degradación, algunos incluso resistirán la verdad. “De la manera que Janes y Jambres se opusieron a Moisés, así también éstos se oponen a la verdad; hombres corruptos de entendimiento, réprobos en cuanto a la fe” (3:8). Hoy todavía subsiste esta situación.

APARTARSE DE LA VERDAD

“Porque vendrá tiempo cuando no soportarán la sana enseñanza, sino que teniendo comezón de oír, se amontonarán maestros conforme a sus propias concupiscencias, y apartarán sus oídos de la verdad y se volverán a los mitos” (4:3-4). En estos versículos Pablo advierte que en el período de la degradación algunos apartarán sus oídos de la verdad para volverse a enseñanzas que agradan sus oídos. Es posible que tales personas disfruten de mensajes que están llenos de entretenimiento maligno, pero que no contienen nada de la verdad.

ANDAR EN LA VERDAD

Como ya dijimos, Juan en su segunda y tercera epístolas recalca la importancia de la verdad. En 2 Juan 1 y 2 el apóstol Juan habla de amar con veracidad, de conocer la verdad, de la verdad que permanece en nosotros y de que la verdad estará con nosotros para siempre. En su tercera epístola él habla nuevamente de amar en la verdad y especialmente de andar en la verdad, diciendo que no tiene “mayor gozo que éste, el oír que [sus] hijos andan en la verdad” (3 Jn. 4). El

énfasis que se hace de la verdad en estas epístolas indica que ellas fueron escritas en un período de degradación en el que muchos se habían apartado de la verdad. Sin embargo, todavía quedaban algunos que andaban en la verdad.

En tiempos de tinieblas necesitamos andar en la luz (1 Jn. 1:7). Hemos señalado que la verdad siempre proviene de la luz, puesto que la verdad es el resplandor de la luz. Hoy en día necesitamos la verdad, el resplandor de la luz.

LAS DOS FUNCIONES QUE CUMPLE LA VERDAD

Ahora debemos ver cuáles son las dos funciones que cumple la verdad. La primera se encuentra en Juan 8:32, que dice: “Conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres”. La primera función que cumple la verdad es la de liberarnos. Ser privado de la verdad significa estar en esclavitud, en servidumbre, pero conocer la verdad nos libera de toda esclavitud. La segunda función que cumple la verdad se halla en Juan 17:17, que dice: “Santifícalos en la verdad; Tu palabra es verdad”. Por un lado, la verdad nos libera; por otro, nos santifica. Ella hace que seamos saturados del elemento de Dios. Es muy crucial tener la verdad, pues ella nos libera de todas las cosas negativas y nos satura del elemento divino. Cuanto más de la verdad poseamos, más liberados seremos de la esclavitud y más saturados seremos del elemento de Dios. Finalmente, la verdad hará que seamos completamente santificados y transformados. ¡Aleluya por las funciones que cumple la verdad! ¡Cuánto necesitamos la verdad en estos días!

CAPÍTULO DOS

LA DEFINICIÓN DE LA VERDAD

En este mensaje dedicaremos nuestra atención a la definición de la verdad. Todos reconocemos que la verdad es lo contrario de la falsedad. Muchos también piensan que la verdad denota ciertos principios verdaderos y confiables, tal como el principio que dice que la honestidad es la mejor política. Después de hablar recientemente sobre el tema de la verdad, se me acercó un hombre muy instruido para decirme que la verdad se refiere a ciertos principios. Él citó Juan 3:16 como un ejemplo de un principio arraigado. Este entendimiento de la verdad es mundano, es un concepto completamente natural que difiere del entendimiento de la verdad presentada en la Biblia. Si hemos de conocer el significado de la verdad en la Biblia, debemos sumergirnos en las profundidades de la Palabra.

LA PALABRA, LA VERDAD Y LA LUZ

En Juan 8:12 el Señor Jesús dijo: “Yo soy la luz del mundo”, y en 14:6 dijo: “Yo soy [...] la realidad”. Juan 17:17 nos dice que la Palabra también es la verdad. Conforme a la Biblia, el Señor es la luz, la verdad y la Palabra. La Palabra, que también es la verdad, ilumina, porque hay luz en la Palabra. Por lo tanto, la Palabra, la luz y la verdad se refieren a lo mismo.

Juan 1:14 dice: “La Palabra se hizo carne, y fijó tabernáculo entre nosotros [...] llena de gracia y de realidad” y el versículo 17 dice: “Pues la ley por medio de Moisés fue dada, pero la gracia y la realidad vinieron por medio de Jesucristo”. Cuando creemos en el Señor Jesús, recibimos la gracia y la realidad, la verdad. Juan en su primera epístola nos dice que Dios es amor y que Dios es luz (1 Jn. 4:16; 1:5). Cuando Dios viene a nosotros, recibimos la gracia; pero cuando nosotros vamos a Dios, Él es amor. La gracia es el amor expresado y hecho real

para nosotros. El amor es la fuente, y la gracia es la expresión. Asimismo, la verdad es la expresión de la luz, la luz hecha real para nosotros. La luz es la fuente y la verdad es la expresión. La expresión de la luz es el resplandor de la luz. Cuando la luz está oculta de nosotros, es simplemente la luz, pero cuando resplandece sobre nosotros, se convierte en la verdad.

LA VERDAD: EL RESPLANDOR DE LA LUZ

Muchos cristianos creen que la palabra *verdad* tal como aparece en la Biblia denota doctrina. Pero si intercambiáramos la palabra *verdad* en el Evangelio de Juan por *doctrina,* sonaría bastante absurdo. Veamos algunos ejemplos. “La Palabra se hizo carne, y fijó tabernáculo entre nosotros [...] llena de gracia y de doctrina”. “La gracia y la doctrina vinieron por medio de Jesucristo”. “Yo soy el camino, y la doctrina, y la vida”. “Conoceréis la doctrina, y la doctrina os hará libres”. “Santifícalos en la doctrina; Tu palabra es doctrina”. “Cuando venga el Espíritu de doctrina”. ¡Cuán absurdo! En la Biblia la verdad no denota doctrina. La verdad primeramente significa el resplandor de la luz, la expresión de la luz. En otras palabras, la verdad es la luz expresada. Dios nunca viene a nosotros sin resplandecer sobre nosotros. Cuando Dios viene a nosotros como luz y resplandece, de inmediato percibimos la verdad, la realidad.

UNA VISIÓN “TELEVISADA” A NUESTRO SER

La televisión es un buen ejemplo de esto. Supongamos que hay un desfile en Washington, D. C. Sin la televisión, usted no podría obtener una visión del desfile mientras está en la costa oeste. Aunque podría leer sobre el desfile al siguiente día en los periódicos, el artículo del periódico no podría hacer el desfile real para usted. Muchos cristianos hoy usan la Biblia de manera semejante a un periódico, pero no tienen la visión de lo que está escrito en la Biblia.

Por ejemplo, los pastores de la Iglesia Luterana en China creían firmemente en la justificación por la fe, y adiestraban a otros a predicar y enseñar esta doctrina. Sin

embargo, algunos de estos mismos pastores no habían sido justificados por la fe y, en consecuencia, no eran salvos. Uno de ellos era un hombre llamado Ai. Aunque él contendía por la verdad de la justificación por la fe, era un traficante de opio. Él tenía la doctrina de la justificación por la fe, es decir, tenía "el artículo del periódico" con respecto a ella, mas no tenía la realidad. Nunca había sido justificado por la fe como resultado de creer en la sangre redentora del Señor. Un día este pastor escuchó a la señorita Monsen, una misionera noruega, hablar sobre la regeneración. La señorita Monsen no simplemente predicaba la doctrina de la regeneración, sino la realidad de la regeneración. Después de su mensaje, ella saludó al pastor Ai a la salida y le preguntó si había sido regenerado. Él le respondió airado que sí. Entonces la señorita Monsen le dijo que por el tono de su voz y por la expresión de su rostro, ella sabía que él no había sido verdaderamente regenerado. El pastor Ai se sintió insultado de que ella hubiera dicho esto delante de los miembros de su congregación. Así que esa noche, lleno de odio hacia esta misionera noruega, planeó matarla. Mientras preparaba sus planes malignos, el Espíritu Santo le dijo: "¡Mira cuán maligno eres!". El Espíritu Santo obró en él, y él se arrepintió con lágrimas, hasta rodó por el suelo mientras se confesaba ante el Señor. Esa noche el pastor Ai no obtuvo la regeneración como un simple artículo del periódico, sino que recibió una visión de la regeneración por medio de la televisión celestial. La visión le fue "televisada", y él fue regenerado. A la mañana siguiente él se sintió muy contento y alabó al Señor. Más tarde en la reunión se puso en pie para dar un testimonio de su experiencia. Por medio de ese testimonio, dado por un pastor que había sido traficante de opio, cientos de estudiantes se convirtieron al Señor.

Esta experiencia del pastor Ai nos permite entender qué es la verdad. Muchos predicadores dan mensajes que no son más que informes como los que leemos en el periódico. Dichos mensajes no transmiten la visión celestial. Pero ¡damos gracias al Señor por el hablar que nos televisa una visión! La visión que es televisada a nuestro ser es la verdad, la realidad. En el Nuevo Testamento la

palabra *verdad* denota esta clase de televisión celestial. La verdad no es meramente un informe, ni simplemente palabras escritas en la Biblia; antes bien, la verdad es una visión celestial y espiritual que es televisada a nuestro ser. Todos debemos aprender a distinguir entre el hablar que simplemente nos comunica cierta información, y el hablar que nos televisa una visión. La mayoría de los sermones que se predican en las así llamadas iglesias de hoy, son como las noticias que leemos en el periódico. Debido a que muchos predicadores usan la Biblia como si fuera un periódico, imparten muy poca visión celestial.

Cada visión es una realidad. Supongamos que una reunión de la iglesia en Anaheim es televisada a Taipéi. Los santos que viven en Taipéi no recibirían simplemente las noticias de esta reunión, sino que verían una visión de lo que está ocurriendo en nuestra reunión. En la economía de Dios hay muchas visiones. Por ejemplo, cuando Cristo murió en la cruz, Él derramó Su sangre por nosotros. Si esto es simplemente una doctrina para nosotros, no podremos ser salvos. Pero tan pronto como la realidad de la muerte de Cristo es televisada a nuestro ser y vemos esto como una visión, somos salvos. De niño a mí me enseñaron que Cristo murió en la cruz por mis pecados y que Él derramó Su sangre por mí. Esto no era más que una doctrina para mí hasta que cumplí diecinueve años; fue entonces que la visión celestial de la muerte de Cristo me fue televisada. En ese momento pude ver a Cristo muriendo en la cruz por mí, derramando Su sangre por mis pecados. Cuando vi esto, lloré delante del Señor, lo adoré y le di gracias. Aquella experiencia fue la visión, la verdad. Todos hemos tenido experiencias como éstas.

Tomemos por ejemplo a Cristo como nuestra santidad. Quizás usted haya escuchado muchos mensajes acerca de la santidad, pero en lo que a usted se refiere, estos mensajes son sólo informes noticieros. Por consiguiente, usted tiene el conocimiento de la santidad, mas no la visión de la santidad. Sin embargo, un día, quizás durante su tiempo de vigilia matutina, usted recibe la visión de que Cristo es santidad para usted, y la visión de la santidad es televisada en su espíritu. Debido a que todos necesitamos recibir la visión celestial, en Efesios 1

Pablo oró pidiendo que nosotros pudiéramos tener un espíritu de sabiduría y de revelación. En realidad, tal espíritu es simplemente la visión televisada a nuestro ser por el Espíritu.

LA LUZ CELESTIAL RESPLANDECE EN LA PALABRA ESCRITA

La diferencia entre un periódico y la televisión es que el periódico no tiene luz, sino sólo letras impresas, mientras que la televisión requiere luz y electricidad. Por medio de la luz y la electricidad, la visión nos puede ser televisada.

Ahora podemos entender que, en la Biblia, la verdad se refiere al resplandor de la luz. La Biblia contiene muchas doctrinas; sin embargo, cuando la luz procedente del Padre que está en los cielos resplandece sobre las palabras de la Biblia, de inmediato estas palabras se convierten en verdad para nosotros. Así que, primero tenemos la doctrina en letras impresas, pero luego la luz celestial resplandece sobre las palabras de la Biblia para mostrarnos la verdad. Muchos leen aquellos versículos que dicen que Cristo murió por los pecadores, como si simplemente estuvieran leyendo un artículo periodístico; no reciben más que una doctrina acerca de la muerte de Cristo. Pero cuando, por la misericordia de Dios, la luz les resplandece en estos versículos, ellos ven la verdad acerca de la muerte de Cristo y son salvos. Así que, anteriormente tenían la doctrina, pero ahora tienen la visión y la realidad.

La realidad implica el hecho de percibir lo que es real. Es por medio de la visión celestial que captamos esta realidad de las cosas espirituales. Por esta razón, podemos comparar la verdad contenida en la Biblia a la televisión de hoy.

En la Biblia se encuentran muchísimos hechos. Sin embargo, no es suficiente leer solamente acerca de estos hechos. Al leer, uno recibe la doctrina, recibe información o se entera de algo. Además de ello, es necesario que la luz celestial resplandezca sobre los hechos. Cuando la luz resplandece, la doctrina de inmediato se convierte en la verdad. De este modo, uno capta aquello que es

verdadero, la realidad. Por lo tanto, para conocer la verdad, primero necesitamos los hechos y, en segundo lugar, la luz que televisa la visión de dichos hechos a nuestro ser.

Según la Biblia, el Espíritu es llamado el Espíritu de verdad, el Espíritu de realidad (Jn. 14:17). El Espíritu de realidad es la electricidad celestial mediante la cual las cosas espirituales son televisadas a nuestro ser. La Biblia también dice que la Palabra es verdad (17:17). Todos los hechos espirituales se hallan en la Palabra y son transmitidos por ella. Cristo es nuestra santidad, Cristo murió por nuestros pecados, Cristo es nuestra vida, la iglesia es el Cuerpo de Cristo, Cristo es la Cabeza de la iglesia: todos éstos son hechos hallados en la Biblia. No obstante, sin la iluminación que recibimos de la electricidad divina, estos hechos no son más que simples doctrinas. Pero cuando el Espíritu brilla sobre estos hechos escritos que nos son transmitidos por la Biblia, éstos se convierten en la verdad, la realidad.

Cristo, Su Persona, Su obra redentora y todos Sus logros, todos éstos son hechos contenidos en la Palabra y transmitidos por ella. El Espíritu continuamente busca la oportunidad para resplandecer sobre la Palabra. Cuando Él resplandece, nosotros recibimos la verdad. Así pues, para conocer la verdad, tenemos los hechos, la Palabra y el Espíritu. La encarnación, la crucifixión, la resurrección y la ascensión son hechos consumados. El Cristo maravilloso, quien es Dios y hombre, es ahora el Espíritu vivificante. Éstos son hechos consumados, y ni siquiera Satanás puede negarlos. No sólo tenemos los hechos, sino también la Palabra que nos transmite estos hechos. Además, tenemos al Espíritu. Si recibimos la Palabra y no al Espíritu, no obtendremos la visión, lo cual significa que no obtendremos la verdad, porque la verdad viene a nosotros solamente cuando el Espíritu resplandece. Si leemos la Palabra sin experimentar el resplandor del Espíritu, cuando mucho obtendremos doctrinas o “informes noticieros”, pero no obtendremos la verdad, la realidad ni la visión. Damos gracias al Señor porque el Espíritu que resplandece siempre mora en nosotros. Cuando abrimos nuestro ser

a Él, la luz resplandece. A medida que la luz resplandece sobre la Palabra, hay ciertas cosas que despiertan nuestra atención y dejan en nosotros una profunda impresión. Tales cosas son la verdad, la visión transmitida por la televisión celestial.

LA ESCASEZ DE LA VERDAD

En el último mensaje hice notar que el fundamento de la vida fue puesto sólidamente entre nosotros. Este fundamento es inconmovible. Sin embargo, hemos estado escasos de la luz de la verdad. En términos doctrinales, todos hemos tenido conocimiento acerca de la autoridad de Cristo como Cabeza, la jerarquía, el terreno de la iglesia y la constitución intrínseca de la iglesia; pero esto principalmente fue algo semejante a cuando leemos un artículo periodístico, es decir, no fue una visión televisada. Por lo tanto, cuando se estableció sólidamente cierta jerarquía y ésta empezó a asumir su poder maligno en algunos lugares, casi nadie se percató de ello. Si hubiésemos estado bajo la visión televisada en lo que se refiere a la jerarquía y la autoridad de Cristo como Cabeza, inmediatamente alguien hubiera hablado en contra de esto, diciendo que tal jerarquía es un insulto para la autoridad de Cristo. Pero debido a que no teníamos esta visión, no hubo ninguna práctica de la verdad. En lugar de resplandecer la luz, hubo densas tinieblas.

PRACTICAR LA VERDAD

Por la misericordia del Señor, hemos tenido el fundamento de la vida, pero no hemos recibido de manera adecuada el resplandor de la luz. Esto permitió que alguien dijera que había sido comisionado para administrar todas las iglesias. Pero dicho administrador era más bien como un papa, y en el recobro del Señor no tenemos tal cosa. En los años que lleva el recobro del Señor en este país, siempre he sido muy cauteloso respecto al ejercicio de la autoridad. Conforme a la verdad, cada iglesia local tiene su propia jurisdicción y administración. Ninguna iglesia ni

ninguna persona pueden administrar los asuntos de todas las iglesias. No obstante, alguien que carece de la verdad afirmó ser el administrador de todas las iglesias. El hecho de que tantos recibieran estas palabras indica que no conocían la verdad o que no la practicaban.

No debemos aceptar nada que sea contrario a la verdad, no importa quién lo diga. Incluso si el apóstol Pablo dijera algo diferente de la verdad hallada en el Nuevo Testamento, deberíamos rehusarnos a aceptar tales palabras. En lugar de ello, deberíamos decir: “Pablo, cuando escribiste las Epístolas, estabas bien con Dios. Pero ahora que estás hablando algo diferente, tú eres como aquel Pedro a quien el Señor Jesús reprendió en Mateo 16”. No debemos permitir que nadie, ni siquiera al apóstol Pablo, nos engañe. Debido a la falta del resplandor de la luz, se ha hecho cada vez más manifiesta la socavación del ministerio y también el intento por cambiar la naturaleza del recobro del Señor. Si mientras esto sucedía un hermano se hubiera levantado en defensa de la verdad, habría sido un héroe en cuanto a la práctica de la verdad. De ahora en adelante, cada iglesia que está en el recobro del Señor debe ser columna y fundamento de la verdad. Además, cada iglesia debe ser una estación de policía, y cada santo debe ser un policía activo que ejerce su función, conociendo la verdad y poniéndola en práctica.

Supongamos que un hermano que ha sido usado grandemente por el Señor en Su recobro se pusiera en pie en una reunión y les exigiera a los santos que lo adoren. De inmediato, cualquier hermano, hasta una hermana adolescente, debería pedirle que se calle, diciendo: “No podemos recibir el hablar de este hombre perverso porque está haciéndose un ídolo y nos está pidiendo que lo adoremos. En el pasado, él fue de mucha ayuda para el recobro del Señor, pero ahora su hablar es el hablar de Satanás. Yo amo al Señor, amo el recobro y amo a este hermano, pero estoy bajo el resplandor de la luz celestial y he recibido la verdad de que no debemos adorar a nadie, incluso a quien nos haya brindado más ayuda. Hacer semejante cosa no es conforme a la verdad, sino conforme a la falsedad de Satanás”.

ARMADOS CON LA VERDAD

La iglesia en el recobro del Señor debe estar llena de vida y ser fuerte en cuanto a la verdad. La iglesia como columna está compuesta de todos nosotros. Por lo tanto, incluso las hermanas jóvenes deben conocer la verdad. Es por ello que animo a todos, sobre todo a los jóvenes, a que profundicen en la Palabra. Todos los hechos divinos se hallan en la Palabra y nos son transmitidos por medio de la Palabra. Cuando el Espíritu resplandece sobre la Palabra, nosotros recibimos la televisión celestial. La luz resplandece sobre los hechos de la Palabra, y de ese modo conocemos la verdad. Por lo tanto, debemos estar siempre listos para levantarnos y practicar la verdad. De ahora en adelante, toda la iglesia debe armarse de la verdad. Si todos estamos recibiendo la televisión celestial con respecto a asuntos tales como la constitución intrínseca de la iglesia, la autoridad de Cristo como Cabeza, y la jerarquía, la iglesia será fuerte. No sólo será una casa de vida, sino también una columna de la verdad.

EL FUNDAMENTO DE LA VERDAD

En 1 Timoteo 3:15 el apóstol Pablo dice que la iglesia no es solamente la columna de la verdad, sino también el fundamento de la misma. Una columna, la cual es un soporte firme, requiere un fundamento sólido. La palabra griega traducida “fundamento” en este versículo realmente significa “baluarte”, una estructura fortificada que sostiene la columna. La iglesia como columna de la verdad debe tener también un fundamento sólido, un firme baluarte. Un baluarte provee protección y defensa, especialmente en tiempos de guerra. La iglesia debe ser sólida en la verdad al grado en que sea un baluarte de la verdad en tiempos de guerra. Dicho baluarte debe ser macizo, de tal forma que nada, ni siquiera las “bombas” del enemigo, puedan sacudirla. La columna descansa sobre tal baluarte. A fin de ser columna y fundamento de la verdad, todos nosotros debemos ser inconmovibles, firmes, tener la debida claridad y ser ricos en la

verdad. Cada iglesia local debe ser un macizo baluarte y una columna alta. En cada localidad la columna debe ser edificada cada vez más alta para que testifique de la verdad a todo el universo.

LA VERDAD ES EL ESPÍRITU

Aunque el apóstol Juan estaba completamente a favor de la vida y del Espíritu, en sus últimas dos epístolas no recalcó la vida ni el Espíritu; en vez de ello, recalcó la verdad. En 2 Juan 1 él habla de amar con veracidad y de conocer la verdad. En el versículo siguiente, él dice: "A causa de la verdad que permanece en nosotros, y estará para siempre con nosotros". Si ustedes comparan estos versículos con Juan 14:16 y 17, verán que la verdad es el Espíritu. Juan 14:16 y 17 dicen que el Espíritu de verdad estará en nosotros y que Él permanecerá con nosotros para siempre. Luego en 2 Juan 2 dice que la verdad permanece en nosotros y estará para siempre con nosotros. Por lo tanto, la verdad es, de hecho, el Espíritu. Es por eso que 1 Juan 5:6 dice: "El Espíritu es la realidad".

EL ESPÍRITU Y LA BIBLIA

Necesitamos tanto al Espíritu como la Biblia. Sin la Biblia, el Espíritu no puede ser la verdad. Necesitamos sumergirnos en la Palabra a fin de que obtengamos no simplemente al Espíritu, sino al Espíritu de verdad. Finalmente, este Espíritu de verdad será la verdad misma.

En 3 Juan 4 el apóstol Juan dice: "No tengo yo mayor gozo que éste, el oír que mis hijos andan en la verdad". Sin embargo, en Romanos 8 Pablo nos dice que andemos conforme al Espíritu. De hecho, andar en la verdad y andar conforme al Espíritu denotan lo mismo. Cuando andamos conforme al Espíritu, andamos en la verdad; y cuando andamos en la verdad, andamos conforme al Espíritu. Nunca debemos intentar separar al Espíritu de la verdad, ya que ambos son uno solo.

Debemos recordar que aparte de la Biblia, el Espíritu únicamente puede ser el Espíritu. Es sólo cuando el Espíritu es uno con la Biblia que puede ser el Espíritu

de verdad. ¡Cuánto le agradecemos al Señor que en Su economía nos haya dado el Espíritu y la Palabra! Estos dos juntos constituyen el Espíritu de verdad que nos libera y nos santifica.

CAPÍTULO TRES

EL LIDERAZGO EN LA ECONOMÍA NEOTESTAMENTARIA

El Nuevo Testamento revela claramente que cuando la iglesia se ha degradado, necesitamos andar no sólo conforme al Espíritu, sino también en la verdad. Las últimas dos epístolas de Juan fueron escritas después de que la degradación se había introducido en la iglesia. Juan vivió más que los demás apóstoles y estas epístolas fueron escritas en sus últimos días, mucho después de 1 y 2 Timoteo. En aquel tiempo la iglesia se había sumido en la degradación. Es muy significativo que en estas epístolas Juan no menciona al Espíritu. No obstante, habla repetidas veces de la verdad. Por ejemplo, dice: “El anciano a la señora elegida y a sus hijos, a quienes yo amo con veracidad; y no sólo yo, sino también todos los que conocen la verdad, a causa de la verdad que permanece en nosotros, y estará para siempre con nosotros” (2 Jn. 1-2). En el versículo 2 Juan específicamente dice que la verdad permanece en nosotros. Esto muestra la importancia de la verdad durante el tiempo de la degradación. Luego Juan dice a continuación: “Pues mucho me regocijé cuando vinieron los hermanos y dieron testimonio de tu firmeza en la verdad, de cómo andas en la verdad. No tengo yo mayor gozo que éste, el oír que mis hijos andan en la verdad” (3 Jn. 3-4). Especialmente cuando la iglesia se ha degradado, debemos andar en la verdad. En tiempos de degradación, lo único que hay es oscuridad. Por lo tanto, lo que se necesita urgentemente es la luz. Si andamos en tinieblas, podemos lastimarnos. Usted puede lastimarse fácilmente si anda en una calle oscura en la noche. La Biblia revela que la verdad es de crucial importancia durante el período de la degradación de la iglesia. Por lo tanto, es preciso que conozcamos la verdad y que andemos en la verdad.

En 1 y 2 Timoteo el apóstol Pablo empezó a recalcar la verdad. Aunque la verdad se menciona frecuentemente en estas epístolas, el Espíritu se menciona raras veces. Como hemos señalado, en 2 y 3 Juan el Espíritu no se menciona en absoluto, pese a que los demás escritos del apóstol Juan revelan que él estaba absolutamente a favor de la vida y del Espíritu.

Recientemente, algunos dijeron que únicamente debemos beber al Espíritu y no recibir la palabra del ministerio. Una persona incluso sugirió que con el tiempo algunos no necesitarán usar más la Biblia. Esto es la sutileza del enemigo. En tiempos de oscuridad y degradación necesitamos que la Palabra resplandezca con la verdad. La verdad debe ser nuestro guía. Sin embargo, los que han sido engañados andan diciendo que no debemos recibir los principios de la Palabra. Esto significa que no han recibido la verdad y pone de manifiesto que no están en el camino de la verdad, sino en el camino de las tinieblas.

TRAZAR BIEN LA PALABRA DE VERDAD

En 2 Timoteo 2:15 Pablo dio el siguiente mandato: “Procura con diligencia presentarte a Dios aprobado, como obrero que no tiene de qué avergonzarse, que traza bien la palabra de verdad”. Todo estudiante de la Biblia presta atención a este versículo. Cuando yo era joven, los maestros de la Asamblea de los Hermanos recalcaron la importancia de trazar bien la palabra de verdad. Pablo le hizo esta exhortación a Timoteo porque la verdad en cuanto a cualquier asunto no se halla en un solo pasaje de la Biblia; más bien, se halla en diferentes libros de la Biblia, es decir, se halla un poquito en un pasaje y otro poquito en otro pasaje. El Señor en Su sabiduría revela la verdad de esta manera. Quizás lo hizo para que los que son negligentes encuentren dificultades para conocer la verdad. A fin de conocer la verdad debemos ser diligentes. Por esta razón, cuando Pablo exhortó a Timoteo, le dijo: “Procura con diligencia”.

Algunos dirán que no debemos ser estrictos ni legalistas en cuanto al estudio de la Palabra. Insisten en que debemos leer la Biblia únicamente cuando el Espíritu

nos inspire a hacerlo. Esto es como decir que no necesitamos comer tres comidas al día, sino comer únicamente cuando el Espíritu nos inspire. Esto significa que si no recibimos ninguna inspiración, no debemos comer. En vez de ello, Pablo nos exhorta a procurar con diligencia. Si verdaderamente procuramos con diligencia presentarnos a Dios aprobados, entonces cuando leamos la Palabra, encontraremos la verdad revelada en un pasaje tras otro, como las piezas de un rompecabezas. Debemos juntar todas estas piezas a fin de ver el cuadro completo, a fin de ver la visión. Conforme a Isaías 28:13, la palabra del Señor es "mandato sobre mandato, mandato sobre mandato; renglón sobre renglón, renglón sobre renglón; un poquito aquí, un poquito allá". Esto significa que encontramos la verdad un poquito a la vez.

Con respecto a leer la Biblia y a conocer la verdad, yo soy muy emprendedor; de hecho, soy más emprendedor y diligente de lo que era años atrás. Debido a que soy tan emprendedor para sumergirme en las profundidades de la Palabra, a veces mi esposa tiene que llamarme varias veces para que venga a desayunar. La Palabra es como una inagotable mina de oro; yo siempre encuentro algo nuevo en ella. Todos tenemos que ser diligentes para sumergirnos en la Palabra.

La exhortación de Pablo de trazar bien la palabra de verdad fue dada a Timoteo, un joven colaborador que había sido comisionado por Pablo para ayudar a las iglesias. Si usted desea ser esta clase de siervo del Señor, debe ser diligente para presentarse a Dios aprobado en lo referente a conocer la verdad y trazar bien la palabra de verdad. El primer requisito que debe cumplir alguien que ha sido comisionado para ayudar a las iglesias es tener el debido conocimiento de la palabra de verdad. Sin lugar a dudas, el trazar bien la palabra de verdad no es solamente para que nosotros personalmente podamos entender la Biblia, sino también para que podamos enseñar a otros. Debemos aprender a juntar todas las piezas del rompecabezas a fin de formar un cuadro claro que otros puedan ver. Muchos cristianos han leído la Biblia sin ver el cuadro completo. A pesar de que tienen todas las piezas, no pueden juntarlas. Todos debemos sumergirnos en la

Palabra, encontrar las piezas y juntarlas para que otros puedan ver el cuadro completo. En esto consiste trazar bien la Palabra.

EL CONCEPTO QUE EL SEÑOR PRESENTA EN CUANTO AL LIDERAZGO

En este mensaje debemos trazar bien la Palabra en cuanto al tema del liderazgo en el Nuevo Testamento. El significado de liderazgo en la Biblia difiere totalmente de nuestro concepto natural. Lo que el Señor dijo al respecto en Mateo 20:20-28 y 23:8, 10 y 11 echa por tierra el concepto humano del liderazgo. Según el concepto natural y humano, un líder está por encima de los demás. Sin embargo, en estos capítulos el Señor dice que quien desee hacerse grande entre Su pueblo debe ser un esclavo. Así que, el concepto que el Señor presenta en cuanto al liderazgo es totalmente contrario al concepto natural. Ciertamente, es necesario que haya líderes entre los hijos del Señor hoy en día. Sin embargo, ellos deben entender que, en la economía neotestamentaria de Dios, el liderazgo denota esclavitud. Si usted quiere ser un líder entre los hijos del Señor, tiene que ser un esclavo.

Si somos sinceros y honestos, reconoceremos que amamos ser líderes mas no ser esclavos. Como seres humanos que somos, así es nuestro corazón. Hasta a las hermanas jóvenes les gusta ser líderes. Si ellas no pueden ser el número uno o por lo menos el número dos, se sentirán desilusionadas. No introduzcan el concepto natural del liderazgo en su lectura de la Biblia. Les repito una vez más que en la Biblia el liderazgo denota esclavitud. Si usted es verdaderamente un esclavo entre el pueblo del Señor, debe estar dispuesto a limpiar los baños, a aspirar la alfombra, a acomodar las sillas y a servir de ujier. ¡Cuán diferente es esto de la perspectiva mundana en cuanto al liderazgo! En el recobro del Señor no debemos contratar a alguien para que haga la limpieza cuando veamos la necesidad de limpiar; más bien, todos nosotros debemos servir en la limpieza.

Desechemos nuestro concepto natural en cuanto al liderazgo y regresemos a la Palabra pura.

CRISTO ES EL ÚNICO LÍDER

Según la economía de Dios, entre Su pueblo sólo hay un líder, a saber, el Señor Jesucristo: "Ni seáis llamados instructores [o lideres]; porque uno es vuestro Instructor, el Cristo" (Mt. 23:10). Todo el que me considere a mí el líder del recobro del Señor no practica la verdad. Si alguien le pregunta a usted quién es el líder de la iglesia, usted debe decir que el líder es Cristo. Responder de esta manera indica que conocemos la verdad y practicamos la verdad. Si alguien dice que Witness Lee es el líder, usted debe decirle: "No, Witness Lee es nuestro esclavo".

La Iglesia Católica afirma que Cristo nombró a Pedro el único líder. Sin embargo, el Nuevo Testamento revela lo contrario. Es cierto que en los Evangelios y en la primera parte del libro de Hechos Pedro es el primero, y su nombre se menciona primero. Pero Gálatas 2:9 dice: "Reconociendo la gracia que me había sido dada, Jacobo, Cefas y Juan, que eran considerados como columnas...". Aquí Pedro (Cefas) no se menciona primero, sino en segundo lugar. Cuando Pedro se puso en pie con los once apóstoles el día de Pentecostés, él fue tan osado como un león. Sin embargo, en Gálatas 2 él actuó cobardemente, porque cuando los hermanos vinieron de parte de Jacobo, Pedro rehusó comer con los gentiles. Anteriormente, él había practicado la verdad en cuanto a comer con los creyentes gentiles conforme a la visión que había recibido en Hechos 10; pero en cuanto vinieron los hermanos de parte de Jacobo, él dejó de practicar la verdad en cuanto a esto. Cuando Pablo vio que Pedro y los otros hermanos no andaban rectamente en cuanto a la verdad del evangelio, reprendió a Pedro delante de todos (Gá. 2:14). A causa de esta debilidad, Pedro estaba haciendo daño a la verdad del evangelio, esto es, la verdad de que los creyentes gentiles y judíos son iguales. Esto nos muestra que en Gálatas 2 la capacidad espiritual de Pedro había disminuido.

Pedro no se había apartado de la fe, pero su capacidad espiritual se había vuelto inferior a la de Jacobo. Por esta razón, en Gálatas 2:9 el nombre de Jacobo se menciona antes que el nombre de Pedro. Además, el hecho de que los hermanos vinieran "de parte de Jacobo" indica que Jacobo representaba a la iglesia en Jerusalén.

Otro indicio de que Jacobo, y no Pedro, representaba a la iglesia en Jerusalén se ve en Hechos 21:17 y 18: "Cuando llegamos a Jerusalén, los hermanos nos recibieron con gozo. Y al día siguiente Pablo entró con nosotros a ver a Jacobo, y se hallaban reunidos todos los ancianos". Aquí se nos dice que Pablo y sus colaboradores no fueron a ver a Pedro sino a Jacobo, puesto que todos los ancianos, incluyendo a Pedro, estaban en la casa de Jacobo. Así que, Jacobo era quien representaba a la iglesia en esa ciudad.

Otro indicio de esto se ve en la conferencia celebrada en Hechos 15. En esta conferencia de los apóstoles y ancianos, Pedro fue el primero en hablar y después Pablo. En una conferencia el líder no habla primero, sino de último. Las últimas palabras de esta conferencia las dio Jacobo, como lo indican estas palabras: "Y cuando ellos terminaron de hablar, Jacobo respondió diciendo: Varones hermanos, oídme" (v. 13). Luego, en el versículo 19, Jacobo presentó su decisión: "Por lo cual yo juzgo que no se inquiete a los gentiles que se convierten a Dios". Cuando juntamos todos estos versículos, vemos que Pedro no era el único líder en el Nuevo Testamento. Cuando los católicos digan que Pedro era este único líder, nosotros debemos saber trazarles bien la Palabra y presentarles un cuadro claro en cuanto a esto.

EL LIDERAZGO DEPENDE DE LA CAPACIDAD ESPIRITUAL

En la economía neotestamentaria de Dios, el liderazgo entre Sus hijos no es una designación oficial ni permanente, ni organizativa. Al contrario, el liderazgo depende de la capacidad espiritual. Aquel que posee mayor capacidad es el líder.

En un momento dado es posible que un hermano tenga dicha capacidad y en otro momento, quizás la tenga otro. En el día de Pentecostés la mayor capacidad la tenía Pedro, pero en Hechos 15 la tenía Jacobo.

La relación que existía entre Bernabé y Pablo muestra más a fondo este principio. Hechos 13:2 dice: “Ministrando éstos al Señor, y ayunando, dijo el Espíritu Santo: Apartadme a Bernabé y a Saulo para la obra a que los he llamado”. Aquí vemos que se mencionó a Bernabé antes que Pablo (Saulo). Sin embargo, mientras ellos llevaban a cabo su misión, Pablo espontáneamente asumió el liderazgo (v. 9) debido a que tenía mayor capacidad espiritual. Bernabé fue quien trajo a Pablo a Antioquía, y mientras estuvieron en Antioquía, Bernabé asumió el liderazgo. Sin embargo, Bernabé no discutió con Pablo cuando éste asumió el liderazgo en el viaje. Bernabé no dijo: “Pablo, hazte a un lado. No olvides que mi nombre fue mencionado primero cuando fuimos llamados. ¿Por qué asumes el liderazgo?”. Él sabía que la capacidad de Pablo era mayor que la de él y, por tanto, no discutió con Pablo sobre el asunto del liderazgo.

Todos estos casos comprueban que el liderazgo entre los hijos de Dios hoy en día no debe ser una designación oficial ni permanente, ni tampoco organizativa. Por el contrario, el liderazgo depende siempre de la capacidad espiritual. Dios lo dispuso así a fin de desechar el concepto humano en cuanto al liderazgo. En el Antiguo Testamento los reyes gobernaban uno después de otro. Nunca había tres o cuatro reyes que gobernaban al mismo tiempo. Pero en el Nuevo Testamento el Señor no designó a un solo apóstol, sino a doce. Más tarde, Él añadió a otros, como a Pablo, a Bernabé y a Timoteo. Yo creo que había muchos apóstoles; de lo contrario, ¿cómo podía haber falsos apóstoles, como se menciona en 2 Corintios 11:13? Además, en cada iglesia local siempre debe haber varios ancianos. Esta pluralidad en el liderazgo nos muestra que en la iglesia no existe un liderazgo inalterable.

PRACTICAR LA VERDAD EN CUANTO AL LIDERAZGO

La razón por la que menciono este asunto ahora es que en los pasados años hubo alguien que se atrevió a decir que era el líder del recobro del Señor no sólo en este país, sino en todo el mundo. Si los santos hubiesen tenido claro la verdad en cuanto al liderazgo y hubiesen practicado la verdad, nadie habría aceptado semejante afirmación. Si entendemos claramente la verdad y la practicamos, de ahora en adelante nadie se atreverá a decir que es el líder.

El hecho de que algunos me consideren el líder del recobro del Señor es una muestra de que no entienden claramente la situación; esto es contrario a la práctica de la verdad. En los años que he estado con ustedes, yo nunca he dado a entender que soy el líder. Nunca les he dado órdenes a las iglesias ni a los santos en cuanto a lo que deben hacer. Al contrario, muchas veces los ancianos de diferentes localidades me han rogado que les diga qué hacer. Pero yo siempre les he dicho que acudan al Señor en oración y que dejen que Él los guíe. En el recobro del Señor no hay un liderazgo organizativo. Años atrás, cuando abandonamos las denominaciones, principalmente abandonamos la jerarquía, la organización. Todos debemos aborrecer la jerarquía y no aceptarla jamás en ninguna forma. No obstante, en años recientes empezó a surgir una jerarquía, la cual empezó a asumir el liderazgo. Debido a que muchos estaban en tinieblas y no practicaron la verdad, toleraron esto. Ahora todos debemos conocer la verdad en cuanto a este asunto. Debemos estar bajo el resplandor de la luz y llenos de la verdad.

Supongamos que alguien dice que fue nombrado líder en el recobro. No debemos aceptar estas palabras; más bien, debemos ir a hablar con quien supuestamente lo nombró. Si un conserje que trabaja en la Casa Blanca dice que el presidente le dio órdenes con respecto a usted, no crea las palabras del conserje; en lugar de ello, vaya donde el presidente y pregúntele al respecto. No siga las órdenes que le

da el conserje simplemente porque viene en nombre del presidente. Si usted cree las palabras del conserje a ciegas, inevitablemente será engañado, porque se encuentra en tinieblas y carece de la verdad. Usted jamás debe hacer nada ni creer nada simplemente porque le dicen que cierto hermano ha dicho eso. Lo que importa es lo que el Señor dice y lo que la Biblia enseña, y no lo que cierto hermano dice. ¡Cuánto necesitamos aprender la verdad y practicar la verdad en cuanto a esto!

Yo estuve con el hermano Nee por muchos años, y nunca lo consideré ser el líder oficial, ni él mismo consideró serlo. Cada vez que alguien pensaba que el hermano Nee era el líder y acudía a él para recibir instrucciones, el hermano Nee nunca le decía nada. Sólo cuando alguien venía a él para tener comunión, entonces abriría su ser para compartir algo. Él jamás presupuso ser el líder oficial y, de la misma manera, yo tampoco me considero el líder oficial del recobro del Señor hoy.

UNA SOLA CABEZA

El Nuevo Testamento revela que todos los hijos de Dios son un solo Cuerpo. Aunque los miembros son muchos, la Cabeza es una sola. Sin embargo, conforme a nuestro concepto natural, creemos que hay muchas otras cabezas de inferior rango. Consideramos que los hombros, los brazos, las manos y los dedos son "cabezas" de menor rango. Sin embargo, hay una sola Cabeza que da órdenes a todos los miembros directamente, y no a través de "cabezas de inferior rango". En el recobro del Señor no existe un sistema organizativo; sólo tenemos un organismo, el Cuerpo. Por lo tanto, no existen cabezas de menor rango de ningún tipo. No consideren los brazos ni los hombros como cabezas de menor rango. El Cuerpo tiene una sola Cabeza: Cristo. Si nuestra visión en cuanto al liderazgo es clara, nadie podrá engañarnos. Repito una vez más que aunque el fundamento de la vida ha sido puesto firmemente entre nosotros, todavía es necesario que el Señor levante la columna de la verdad sobre el baluarte de la verdad. Una vez

que se haya levantado esta columna, nada que sea contrario a la verdad podrá introducirse en la vida de iglesia.

LA NECESIDAD DE APRENDER LAS VERDADES

Jóvenes, ustedes no alcanzan a darse cuenta de cuánta esperanza y expectativa tengo yo de ustedes. No sabemos cuánto tiempo tardará el Señor en regresar. Así que, es necesario que todos nosotros, sobre todo los jóvenes, aprendan la verdad y la practiquen. No es suficiente simplemente buscar al Señor, amarle y crecer en vida. Además de esto, necesitamos aprender las verdades. Probablemente habrá un momento cuando todos tendremos que levantarnos para defender la verdad. Incluso las hermanas jóvenes deben conocer la verdad y practicarla. Recientemente, algunas hermanas fueron envenenadas y distraídas del recobro del Señor. Si alguien les hubiera ayudado a conocer la verdad, todas ellas habrían sido resguardadas. Estas hermanas eran muy buenas en cuanto a la vida, pero fueron engañadas porque estaban carentes de la verdad. No recibían el resplandor de la luz. La luz está con Dios el Padre. Cuando esta luz resplandece sobre nosotros, llega a ser la verdad. Por lo tanto, cuando estamos bajo este resplandor, andamos en la luz y en la verdad. Sin embargo, cuando no tenemos el resplandor de la luz, nos encontramos en tinieblas. Si todos aprendiéramos las verdades, ninguno de nosotros sería narcotizado ni engañado.

OBEDECER A LOS QUE GUÍAN

Hemos visto un aspecto de la verdad en cuanto al liderazgo, el aspecto de que en la economía neotestamentaria de Dios no existe un liderazgo oficial y permanente. Ahora debemos considerar otro aspecto. Hebreos 13:17 dice: “Obedeced a vuestros guías, y sujetaos a ellos; porque ellos velan por vuestras almas, como quienes han de dar cuenta; para que lo hagan con gozo, y no quejándose, porque esto no os es provechoso”. Todos debemos obedecer a aquellos que están en el liderazgo. Esto no significa que los ancianos ejerzan

autoridad sobre nosotros, sino más bien que ellos, por ser mayores que nosotros y por tener más experiencia, toman la delantera, y nosotros debemos seguirlos. Obedecer significa seguir.

Con respecto a los ancianos, Pedro dice: "No como teniendo señorío sobre lo que se os ha asignado, sino siendo ejemplos del rebaño" (1 P. 5:3). Los ancianos deben asumir el liderazgo siendo ejemplos, no teniendo señorío sobre los santos. Si los ancianos ven que la alfombra no ha sido aspirada, no deben sentarse en el trono y llamar a los siervos para que la aspiren. En vez de ello, deben tomar la delantera de aspirar la alfombra y así establecer un modelo que otros puedan seguir.

Sin embargo, aunque es cierto que los ancianos no deben señorearse sobre el rebaño de Dios, Pedro, por otra parte, dice lo siguiente: "Igualmente, jóvenes, estad sujetos a los ancianos" (v. 5). Además, hay momentos en que los mayores deben estar sujetos a los más jóvenes, como dice Pedro: "Y todos, ceñíos de humildad en el trato mutuo" (v. 5). Por lo tanto, no sólo los jóvenes deben estar sujetos a los mayores, sino que todos, incluyendo a los mayores, deben estar sujetos unos a otros ceñidos de humildad. ¡Cuán hermoso es este cuadro! Esto es totalmente diferente del concepto natural del liderazgo que está en la mentalidad caída. El liderazgo en la iglesia no es como el de Nimrod, quien edificó la ciudad de Babel; antes bien, es un liderazgo que edifica el Cuerpo.

LA AUTORIDAD DE LOS APÓSTOLES

Por último, debemos decir algo acerca de los apóstoles. ¿Tienen autoridad los apóstoles? Según mi conocimiento del Nuevo Testamento, los apóstoles en sí mismos no tienen la autoridad para controlar a las iglesias. Sólo la palabra que ellos ministran tiene autoridad. Si las iglesias y los santos siguen adelante conforme a la Palabra, esto es, conforme al oráculo de Dios, eso es decisión de ellos y los apóstoles no tienen ninguna autoridad para controlar a las iglesias. Pero si una iglesia se desvía o se descarría, entonces los apóstoles tienen la

obligación y la responsabilidad de enfrentar la situación conforme a la palabra de Dios, la cual tiene autoridad. Por lo tanto, Pablo dice: "¿Qué queréis? ¿Iré a vosotros con vara, o con amor y espíritu de mansedumbre?" (1 Co. 4:21). También les dijo que él estaba presente en espíritu para juzgar al pecador que se hallaba entre ellos y para echarle fuera (5:3-5). La autoridad de los apóstoles es espiritual y se halla en el ministerio de la Palabra. Ellos en sí mismos no poseen la autoridad ni están en posición de interferir en los asuntos prácticos de las iglesias.

En la economía neotestamentaria actual, no hay un liderazgo de carácter natural entre los hijos de Dios. No existe entre los apóstoles un líder oficial y permanente según un sistema organizativo. Lo mismo se aplica a los ancianos de una iglesia local. Además, todas las iglesias están en el mismo nivel; no existe una organización que nos unifique. Del mismo modo, todas las regiones, distritos y áreas de la obra están al mismo nivel. Por lo tanto, todos los apóstoles, todas las iglesias locales, todos los ancianos y todas las regiones de la obra están en el mismo nivel. No existe ninguna organización, ni jerarquía, ni ningún líder oficial y permanente. Al contrario, todos respetamos y honramos la autoridad del Señor Jesucristo. Si vemos esto, trazaremos bien la palabra de verdad en cuanto al liderazgo entre el pueblo de Dios hoy en día.

CAPÍTULO CUATRO

EL MINISTERIO EN LA ECONOMÍA NEOTESTAMENTARIA

En este mensaje consideraremos la verdad en cuanto al ministerio en la economía neotestamentaria.

UN SOLO MINISTERIO

A los ojos del Señor sólo existe un ministerio en la era neotestamentaria. Al hablar sobre la necesidad de un hermano que reemplazara a Judas, Pedro dijo que Judas era "contado con nosotros, y se le asignó una porción de este ministerio" (Hch. 1:17). Los doce apóstoles tenían una parte en "este ministerio". Esto indica que en el Nuevo Testamento sólo existe un ministerio. Hace años, yo todavía no había visto esto. Pero debido a la controversia que hubo en cuanto a recibir el ministerio de otros, he dedicado mucho tiempo a estudiar la Palabra pura en cuanto a este asunto. Entonces mis ojos fueron abiertos para ver que los doce apóstoles tenían una parte en "este ministerio". Por ello, cuando los apóstoles oraron acerca de encontrar a alguien que reemplazara a Judas, ellos le pidieron al Señor que les mostrara a quién Él había escogido, para que tomara "la parte de este ministerio" (v. 25).

Algunos argumentarán que "este ministerio" se limita a los doce apóstoles. Pero Efesios 4:11 y 12 dicen: "Él mismo dio a unos como apóstoles, a otros como profetas, a otros como evangelistas, a otros como pastores y maestros, a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del Cuerpo de Cristo". El versículo 11 se refiere al período completo desde la época de los apóstoles hasta la segunda venida del Señor. En la economía neotestamentaria de Dios hay muchos apóstoles, profetas, evangelistas y

pastores y maestros. A través de los siglos, ha habido miles de ellos. Sin embargo, todos ellos han sido dados a fin de que sean perfeccionados los santos para la obra del ministerio. Observen que el versículo 12 no habla de "la obra de los ministerios", sino de "la obra del ministerio". Aunque hay miles de personas dotadas, todas ellas han sido dadas para la obra del único ministerio.

Durante la era neotestamentaria, la única intención de Dios consiste en edificar el Cuerpo. Dios creó el universo, formó al hombre y efectuó la redención con este propósito. Para lograr este único propósito, Dios tiene un solo ministerio. Dios no realiza dos operaciones distintas durante la era neotestamentaria; más bien, Él realiza una sola operación mediante un solo ministerio.

El ministerio en la economía neotestamentaria es un ministerio corporativo, un ministerio que incluye a miles de personas dotadas. Por esta razón, en 2 Corintios 4:1 Pablo dijo: "Teniendo nosotros este ministerio". Pablo no dijo: "Teniendo yo este ministerio" ni: "Teniendo nosotros estos ministerios", sino que dijo: "Teniendo nosotros este ministerio". Pablo y sus colaboradores, así como los demás apóstoles, tenían este ministerio, el único ministerio que se halla en el Nuevo Testamento.

En 2 Corintios 3:6 Pablo nos dice que Dios "nos hizo ministros competentes de un nuevo pacto". El ministerio denota el servicio, y todos los ministros son los servidores que llevan a cabo este servicio. Los muchos ministros no tienen muchos servicios, sino uno solo, el único ministerio.

Me gustan mucho las palabras usadas por Pablo en 1 Timoteo 1:12: "Doy gracias al que me reviste de poder, a Cristo Jesús nuestro Señor, porque me tuvo por fiel, poniéndome en el ministerio". En este versículo Pablo no dice: "Poniéndome en mi ministerio"; más bien, dice que el Señor lo puso en el ministerio neotestamentario, el cual es único y corporativo. Todos debemos alabar al Señor porque, por Su misericordia y Su gracia, nos puso en este ministerio corporativo que edifica el Cuerpo de Cristo.

EL MINISTERIO PERSONAL Y EL MINISTERIO CORPORATIVO

Si bien estos versículos revelan que el ministerio en el Nuevo Testamento es un ministerio corporativo, otros versículos parecieran indicar que el ministerio es un asunto personal. Por ejemplo, en Hechos 20:24, Pablo dice: “De ninguna cosa hago caso, ni estimo preciosa mi vida para mí mismo, con tal que acabe mi carrera, y el ministerio que recibí del Señor Jesús para dar solemne testimonio del evangelio de la gracia de Dios”. Este versículo se refiere al ministerio personal de Pablo, pues aquí Pablo habla del ministerio que él había recibido de parte del Señor. Por tanto, el ministerio mencionado en este versículo es el ministerio personal de Pablo.

Hechos 21:19 hace referencia, de manera clara y definida, al ministerio personal de Pablo: “Después de saludarlos, les contó una por una las cosas que Dios había hecho entre los gentiles por medio de su ministerio”. Otros versículos que también parecen referirse a un ministerio personal son 2 Timoteo 4:5 y Colosenses 4:17. En 2 Timoteo 4:5 Pablo le encargó a Timoteo: “Cumple con perfección tu ministerio”, aparentemente animándolo a que cumpliera su ministerio personal. Colosenses 4:17 dice: “Decid a Arquipo: Mira que cumplas el ministerio que recibiste en el Señor”. Esto claramente hace referencia al ministerio personal de Arquipo.

Al considerar los versículos que se refieren al ministerio como algo personal, debemos tener presente que todos los creyentes son miembros del único Cuerpo. En general, el Cuerpo tiene un ministerio corporativo, y no muchos ministerios. Aunque en el Cuerpo se desempeñan diversas funciones, el ministerio en el Cuerpo es uno solo. Por ejemplo, cuando yo hablo, todo mi cuerpo habla; mis ojos, mi nariz, mis oídos, mis brazos, mis dedos, mis piernas y mis pies participan de una u otra manera en el acto de hablar. Así que, mi hablar es, de hecho, el ministerio de mi cuerpo. Este ministerio es corporativo. Sin embargo, cada una de

las partes de mi cuerpo también tiene su propio ministerio. La boca habla, las manos hacen gestos, y los pies brindan el soporte necesario. Pero cuando los ministerios de todos los miembros se conjugan, la suma total de ellos es el ministerio único del cuerpo. Este ejemplo da a entender que los muchos ministerios de los miembros del Cuerpo no son ministerios independientes, sino que son parte de un solo ministerio corporativo.

El ministerio neotestamentario es uno solo y único, además de corporativo; sin embargo, debido a que este ministerio es el servicio del Cuerpo de Cristo, y debido a que este Cuerpo tiene muchos miembros, cada miembro desempeña su propio ministerio. Por tanto, en lo que se refiere a los miembros, hay muchos ministerios; pero en lo que respecta al Cuerpo en su totalidad, existe un solo ministerio. Así pues, el ministerio de cada miembro jamás debe considerarse como algo separado del ministerio corporativo. El Cuerpo tiene un ministerio corporativo, y todos los miembros del Cuerpo tienen sus propios ministerios individuales. Como hemos visto, todos estos ministerios ejercidos por los miembros, al ser conjugados, equivalen al ministerio corporativo.

LOS MINISTERIOS EN LAS DENOMINACIONES

En cuanto a la cuestión del ministerio, debemos entender claramente la verdad revelada en la Biblia como también la situación que impera en el cristianismo actual. Originalmente, en la época de los apóstoles, había un Cuerpo con un solo ministerio. Pero debido a la degradación de la iglesia, surgieron las divisiones y denominaciones. Ahora cada división tiene lo que ellos mismos llaman su propio ministerio. Los bautistas, los presbiterianos, los luteranos, los episcopales y los pentecostales, todos ellos, tienen sus propios ministerios. Los ministros, los pastores y los predicadores de las diferentes denominaciones laboran para edificar las denominaciones, no para edificar el Cuerpo. Debido a que cada uno edifica su propia denominación, ellos no pueden laborar con otros.

No debemos tener nada que ver con las denominaciones. En el recobro del Señor estamos a favor del recobro de Cristo como nuestra vida y nuestro todo con miras a la edificación de la iglesia. A fin de que se cumpla el propósito de Dios en Su recobro, debemos regresar al principio, debemos regresar a la Palabra pura. En el Nuevo Testamento sólo existe un ministerio que es único en su género. Desde los tiempos de los apóstoles hasta nuestros días, este ministerio aún no ha terminado. Yo creo que nosotros somos la continuación de este ministerio. Me siento contento de poder decir que estoy en este ministerio y que soy parte del mismo. Estamos en este único ministerio que es conforme a la economía neotestamentaria.

NO DEBEMOS RECIBIR LOS MINISTERIOS QUE CAUSAN DAÑO AL CUERPO

En la época de los apóstoles no había denominaciones. Sin embargo, debido a la degradación de la iglesia y la existencia de muchas divisiones, aparentemente hoy hay muchos ministerios. ¿Podríamos nosotros, quienes estamos en el recobro del Señor y participamos en el único ministerio, la continuación del ministerio de los apóstoles, aceptar los ministerios de las denominaciones y divisiones? No, definitivamente que no. Si los aceptamos, el recobro sufriría daño. El ministerio apropiado, el ministerio que es según la economía neotestamentaria de Dios, es aquel que edifica el Cuerpo de Cristo, pero los demás ministerios sólo procuran edificar las denominaciones. Por este motivo, no podemos recibir los ministerios que edifican las denominaciones.

Cuando yo estuve en Taiwán, algunos misioneros de ciertas denominaciones me dijeron que apreciaban la obra de mi ministerio y que querían invitarme para que diera un mensaje a su congregación y los ayudara. Asimismo me sugirieron que los invitara a ellos a venir a dar un mensaje. ¿Cómo responderían ustedes a esta sugerencia? La manera correcta de responder es decirles que el Señor ha comisionado al hermano Lee y sus colaboradores para que edifiquen el Cuerpo de

Cristo. Sin embargo, los que están en las denominaciones están edificando las denominaciones, y nosotros no sentimos la carga de hacer eso. En lugar de ello, nuestra carga consiste en continuar el ministerio del Nuevo Testamento, el cual edifica el Cuerpo. Debido a que los ministerios de los que están en las denominaciones edifican las denominaciones, no podemos invitarlos a que nos den un mensaje. Si abriéramos la puerta a dichos ministerios, el Cuerpo sufriría daño. Ésta es la razón por la cual no podemos recibir tales ministerios. Reconocemos que hay algo genuino en ellos, pero en general su meta consiste en edificar las denominaciones. Esto estorba la edificación del Cuerpo e incluso se opone a ella.

Con respecto a la cuestión del ministerio, necesitamos la iluminación de parte del Señor. Debemos acudir al Señor y abrirnos a Él. Si hacemos esto, la luz brillará sobre esta enseñanza en cuanto al ministerio, y la enseñanza vendrá a ser para nosotros la verdad, la realidad. Desde que el Señor me aclaró respecto a este asunto hace muchos años, nunca me he desviado de ello, porque la luz resplandece intensamente. La luz resplandece sobre cada uno de mis pasos; es por ello que no puedo ayudar a las denominaciones. Además, no podemos invitar a los que están en las denominaciones para que vengan a darnos un mensaje, pues esto causaría daño al recobro del Señor. Debido a que los ministerios de los que están en las denominaciones tienen un propósito diferente al propósito eterno de Dios de edificar el Cuerpo de Cristo, nosotros no podemos laborar junto con ellos. No podemos ayudarlos ni tampoco recibir su ayuda. Algunos pensarán que al asumir esta postura somos demasiado estrechos. En realidad, no lo somos. Sin embargo, la luz en cuanto al ministerio resplandece sobre nosotros; no podemos negar que la hemos visto. Es debido a esta luz que no podemos cambiar de parecer en cuanto a este asunto.

HABLAR DE LO MISMO DESDE DIFERENTES ÁNGULOS

Algunos han dicho que el recobro del Señor es una empresa llevada por un solo individuo, que únicamente se da cabida al ministerio de Witness Lee, y no al ministerio de nadie más. Esto es totalmente falso. Ésa no es mi intención ni mi manera de proceder. De hecho, en el recobro del Señor no me gusta ver que un mismo hermano ministre todo el tiempo. Por ejemplo, durante el Entrenamiento de verano de 1964 y 1965 yo invité a cierto hermano para que participara conmigo en el ministerio. Con el tiempo, él abandonó el recobro; pero nosotros no lo abandonamos a él. También hemos invitado a otros hermanos a que participen en el ministerio. Nuestra intención es tener un buen número de hermanos para que ministren la palabra. Sin embargo, todos los que comparten en el ministerio necesitan ministrar lo mismo.

Cuando digo que todos debemos ministrar lo mismo, quiero decir que debemos hablar una misma cosa conforme al Nuevo Testamento. Los cuatro Evangelios nos hablan de lo mismo, pero lo hacen desde diferentes ángulos. No podemos negar que hay diferencias entre Mateo y Marcos o entre Lucas y Juan. Mateo escribió desde la perspectiva del reinado; Marcos, desde la perspectiva del servicio; Lucas, desde la perspectiva de la redención a través de la humanidad apropiada; y Juan, desde la perspectiva de la deidad de Cristo. En los Evangelios tenemos cuatro biografías de una sola Persona; una Persona es vista desde diferentes ángulos. Espero que muchos sean levantados para hablar una misma cosa desde diferentes puntos de vista. Esta única cosa es el recobro de Cristo como vida y como el todo para nosotros con miras a la edificación de las iglesias locales.

Algunos critican a los hermanos y dicen que ellos no son más que cintas de grabación de Witness Lee. Eso no es cierto. Espero que en los próximos años muchos de nuestros jóvenes hablen acerca de Cristo para la edificación del Cuerpo. No tengo la intención de ser el único que ministra; al contrario, espero que el Señor levante a muchos otros que continúen llevando a cabo el único

ministerio. Todos tenemos una parte en este ministerio, que es un solo ministerio con diferentes funciones, diferentes perspectivas y diferentes aspectos. Usted tiene su parte y yo tengo la mía. Cuando se conjugan todas estas funciones y aspectos, tenemos el ministerio del Cuerpo.

Algunos de los que abandonaron el recobro nos acusan de no haber aceptado su ministerio. Sin embargo, su ministerio era un ministerio que socavaba y perjudicaba el recobro del Señor. ¿Cómo podríamos aceptar los ministerios de aquellos que tenían la intención de socavar el recobro del Señor y echar por tierra los asuntos básicos de la vida, incluyendo la cruz? Digo esto no motivado por algún sentimiento personal, sino motivado por una preocupación por la verdad. En lo personal no tengo ningún sentimiento de enemistad contra estos hermanos; sin embargo, no puedo aceptar su "ministerio", el cual derriba en lugar de edificar.

Debemos entender claramente la verdad en cuanto al ministerio, la situación del cristianismo actual y nuestra práctica. Nuestra práctica es conforme a la verdad revelada en el Nuevo Testamento. Nos alegra ver que diferentes hermanos compartan diversos aspectos y desde diferentes puntos de vista acerca de Cristo como vida con miras a la edificación de la iglesia en Sus riquezas. Reconozco que soy muy limitado. No obstante, por la misericordia del Señor, estoy haciendo lo que debo hacer. Ahora espero que otros ministren lo mismo desde diferentes perspectivas. De ninguna manera espero que otros me copien a mí y ciertamente no quiero estar rodeado de personas que a todo dicen amén. ¡Cuán ofensivo es decir que los hermanos son esta clase de personas! Les repito nuevamente que se necesita que muchos hermanos se levanten para ministrar acerca de Cristo para la edificación del Cuerpo. ¡Cuán maravilloso sería si muchos hicieran esto!

LA BENDICIÓN DE HABLAR UNA MISMA COSA

De joven, yo sentía un gran aprecio por la Biblia y la estudiaba tanto como podía. Lo último que hacía antes de acostarme en la noche era leer un pasaje de la Palabra, y lo primero que hacía al despertar en la mañana era leer otro pasaje. Por

siete años y medio yo estuve recibiendo las enseñanzas de los maestros de la Asamblea de los Hermanos, quienes me enseñaron a interpretar las parábolas, las profecías y los tipos. ¡Cuánto me gustaban sus enseñanzas! Finalmente, conocí al hermano Nee y por medio de él llegue a conocer la vida, al Espíritu, a Cristo como mi experiencia, la iglesia y el recobro del Señor. Todas estas cosas vinieron a ser verdad para mí y trajeron un cambio completo a mi vida cristiana. Después que fue levantada una iglesia en el norte de China a través de mi ministerio, fui a visitar al hermano Nee a Shanghái y me quedé con él por varios meses. Al cabo de ese tiempo, él me dijo que él y los colaboradores sentían que debía mudarme con mi familia a Shanghái y laborar allí con ellos. Desde entonces, mi hablar siempre ha sido conforme a la línea del ministerio del hermano Nee. Yo sabía que él había sido levantado por el Señor para traer el recobro y que yo tenía que ser uno con él en el ministerio. Por esta razón, predicaba todo lo que él predicaba, aunque no como una grabadora. Era absolutamente uno con él y hablaba lo mismo que él. No me arrepiento de ello porque esto ha sido la causa de una gran bendición para mí y para las iglesias.

Debemos tener muy claro que no estamos siguiendo a un hombre ni imitando a nadie; más bien, estamos ministrando lo mismo desde diferentes ángulos y en diferentes aspectos. Al hacer esto, las riquezas se hacen manifiestas; sin embargo, tenemos una gloriosa unidad. Éste es el único ministerio, el cual abarca muchos ministerios. Todos estamos ministrando al Cristo que es vida y el todo con miras a lograr la edificación de las iglesias locales. Éste es el recobro del Señor, ésta es nuestra comisión, ésta es nuestra carga y éste es nuestro ministerio. ¡Cuán bienaventurados somos de tener parte en este ministerio!

CAPÍTULO CINCO

LA VERDAD NOS SANTIFICA POR CAUSA DE LA UNIDAD

La verdad ocupa un lugar prominente en el Evangelio de Juan. El Evangelio de Juan no es solamente un libro acerca de la vida, sino también un libro que nos habla de la verdad. Juan 1:14 dice: “En Él estaba la vida”, y el versículo 14 dice: “La Palabra se hizo carne [...] llena de gracia y de realidad”. Además, Juan 1:17 dice: “La gracia y la realidad vinieron por medio de Jesucristo”. En Juan 14:6 el Señor Jesús declara que Él mismo es la verdad. Además, este Evangelio revela que el Espíritu compuesto, el cual “aún no había” (7:39) antes que el Señor fuese crucificado y resucitado, era el Espíritu de realidad (14:17). Con respecto a la palabra del Padre, el Señor Jesús dice: “Tu palabra es verdad” (17:17). Por consiguiente, el Señor Jesús es la verdad, el Espíritu es el Espíritu de realidad, o sea, de verdad, y la palabra del Padre es verdad.

LAS DOS FUNCIONES DE LA VERDAD

El Evangelio de Juan revela que la verdad cumple dos funciones. La primera de ellas es que nos libera. Juan 8:32 dice: “Conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres”. Luego, en Juan 17:17 el Señor Jesús oró, diciendo: “Santifícalos en la verdad”. Por consiguiente, según el Evangelio de Juan, las funciones de la verdad son liberarnos y santificarnos.

Juan 17 indica que la verdad, la santificación y la unidad están relacionadas entre sí. Aquí tenemos la palabra del Padre, la cual es la verdad que nos santifica. Por consiguiente, el versículo 17 asocia la verdad con la santificación, puesto que la santificación proviene de la verdad. Cuando la verdad opera en nosotros, el resultado de ello es la santificación. Esta santificación obtenida a través de la

verdad tiene por objetivo la unidad. Los versículos del 17 al 23 del capítulo 17 abarcan la verdad, la santificación y la unidad. La verdad nos santifica, y la santificación da por resultado la unidad.

LA VERDAD ES LA REALIDAD DEL DIOS TRIUNO

La verdad que nos santifica por causa de la unidad incluye al Señor Jesús, al Espíritu de realidad y la palabra del Padre. Por lo tanto, todos los tres del Dios Triuno están relacionados con la verdad. El Señor Jesús, el Hijo, es la verdad; el Espíritu es el Espíritu de verdad; y la palabra del Padre es verdad. En el Nuevo Testamento, en especial en el Evangelio de Juan, la verdad no denota la doctrina; más bien, se refiere a la realidad del Dios Triuno. Probablemente ya sabíamos que el Padre, el Hijo y el Espíritu están relacionados con la vida, pero es posible que nunca hayamos visto que los tres del Dios Triuno también están relacionados con la verdad.

Ya dijimos que la palabra del Padre es verdad. Puesto que la palabra del Padre es Su expresión y puesto que Su palabra es verdad, la verdad es, por tanto, la expresión del Padre.

Toda la Biblia es la palabra de Dios. Debe impresionarnos profundamente el hecho de que la Biblia no es simplemente un libro, sino la palabra que expresa a Dios. Cada vez que acudamos a la Biblia, debemos percatarnos de que estamos acudiendo a la expresión de Dios, a Dios mismo expresado. Cada vez que yo acudo a la Palabra, tengo la profunda sensación de que estoy acudiendo a Dios mismo, no a un Dios escondido ni a un Dios oculto, sino al Dios que se expresa y manifiesta. Por medio de la Biblia, yo puedo encontrarme con Dios, hablarle a Él y escucharlo. Todos debemos tener esta profunda convicción cada vez que acudamos a la Biblia.

Cristo, el Hijo, también es la verdad. Esto es más bien fácil de entender porque la palabra del Padre es el Hijo, quien es la expresión de Dios. Muchos maestros del cristianismo han dicho acertadamente que la Biblia es la Palabra escrita y que el

Hijo es la Palabra viva. Yo estoy de acuerdo con esto. La Biblia es la palabra que está fuera de nosotros, y el Hijo es la palabra que está dentro de nosotros. No obstante, estas dos, la palabra externa y la palabra interna, son una sola.

Podemos tener la realidad de todo esto gracias a Dios el Espíritu. Ya señalamos que en el Evangelio de Juan el Espíritu es el Espíritu de verdad. El Padre está corporificado en el Hijo, y el Hijo se hace real para nosotros en el Espíritu de realidad. El Espíritu es el Hijo hecho real para nosotros como corporificación del Padre. Por consiguiente, el Espíritu es la realidad. El Espíritu también es la palabra. Juan 6:63 dice que la palabra es espíritu, y Efesios 6:17 dice que el Espíritu es la palabra. ¡Aleluya, pues fuera de nosotros tenemos la Palabra y dentro de nosotros tenemos al Espíritu!

Cada vez que acudimos a la Palabra manteniendo abiertos nuestro corazón y nuestro espíritu, de inmediato tocamos la Palabra y al Espíritu como la verdad. Puedo testificar que cada vez que abro mi corazón y mi espíritu al acudir a la Biblia, me encuentro con Dios. Por medio de esta acción, toco simultáneamente la Palabra y el Espíritu, esto es, toco al mismo tiempo la Palabra escrita y la Palabra viva. Deberíamos acudir a la Palabra dos o tres veces al día. Es más bien difícil acudir al Señor en el Espíritu aparte de la Palabra. Aunque ciertamente podemos hacerlo, definitivamente necesitamos la Palabra. ¡Qué maravilloso instrumento es la Palabra para contactar al Señor! Cuando nos sentimos desilusionados o deprimidos y nos sentimos vacíos interiormente, podemos abrir nuestro ser y acudir a la Palabra. Después de leer la Palabra por unos minutos, percibimos que algo en nuestro interior se levanta y disfrutamos la presencia del Señor. Es así como experimentamos la verdad, la realidad. Éste es el Dios Triuno que en Su Palabra se imparte a nuestro ser, y esto es la verdad.

El Padre está corporificado en el Hijo, el Hijo se hace real a nosotros como Espíritu, y el Espíritu es uno con la Palabra. Por ello, cuando tocamos la Palabra, tocamos también al Espíritu. Entonces algo se infunde en nuestro ser. Todo lo que se infunde en nosotros de esta manera es la verdad. Aunque esto incluye la

adquisición de cierto conocimiento bíblico, hay algo viviente dentro de este conocimiento. Éste es el Dios Triuno que se hace real a nosotros y se nos transfunde por medio de la Palabra. Esto no es simplemente la Palabra; es la Palabra que está mezclada con el Dios Triuno y saturada de Él y que se infunde en nuestro ser. Ésta es la verdad que nos libera y nos santifica.

SANTIFICADOS POR LA VERDAD

No podemos santificarnos a nosotros mismos. Cuanto más nos esforzamos por santificarnos, más nos enredamos con cosas que son comunes. Pero cuando la Palabra mezclada con la esencia del Dios Triuno se imparte a nuestro ser como verdad, esta verdad nos santifica. Todos hemos tenido esta experiencia. Al entrar en contacto con la Palabra escrita que está mezclada con la Palabra viviente, algo se transfunde a nuestro ser y opera en nosotros durante el día.

Supongamos que los jóvenes tienen contacto con la Palabra y el Espíritu durante su vigilia matutina y luego se van a la escuela. Durante el día en la escuela, esta palabra de verdad operará en ellos para apartarlos y hacerlos personas diferentes de sus compañeros de clase en la manera en que se conducen, en sus acciones, en sus obras, en sus pensamientos y en sus sentimientos. Algo operará dentro de ellos para santificarlos, para hacerlos santos.

Al ingerir de este modo la Palabra, adquirimos la clara convicción de que algo del Señor se ha forjado en nuestro ser. Esto no es mero conocimiento bíblico ni cosas relacionadas con el Señor, sino la realidad del Dios Triuno que constantemente vive, se mueve y opera en nosotros separándonos de todo lo demás. Esto nos hace diferentes de las personas del mundo. Al ver las caras de los jóvenes yo me doy cuenta de que han recibido la gracia de la presencia del Señor. ¡Qué bendición es esto! Cada mañana podemos acudir a la Palabra viviente y permitir que la realidad divina se infunda en nuestro ser. De este modo, el Dios Triuno se transfunde a nuestro ser.

Esta transfusión del elemento de Dios nos libera de cosas negativas tales como nuestro mal genio, nuestros celos, nuestro odio y nuestro orgullo. Nos libera de todo lo que es falso. Ésta es una verdadera liberación, es una verdadera libertad. A medida que somos liberados, también somos santificados, somos apartados para Dios mismo y hechos santos delante de Él, no solamente con respecto a nuestra posición, sino también en nuestra manera de ser. Llegamos a ser uno con Dios debido a que Su propia esencia se forja constantemente en nuestro ser. Esto es lo que significa ser santificados por la Palabra de verdad.

ACUDIR DIARIAMENTE A LA PALABRA

Es menester que nuestra práctica diaria sea acudir a la Palabra de esta manera. Esto es como respirar; no es algo que hacemos una vez para siempre, sino que debe ser una práctica continua. Tenemos que ser santificados continuamente, cada minuto del día. Éste es el motivo por el cual tenemos que acudir a la Palabra cada mañana y, si es posible, en otros momentos también. Cuando la Palabra se mezcla con el Espíritu viviente en nuestro espíritu, somos santificados con la esencia misma de Dios.

En todos estos años que he estado en este país, mi carga no ha sido enseñarles lo que deben hacer o evitar hacer. No confío en las enseñanzas porque, conforme a mi experiencia, no son muy eficaces. Nuestra necesidad más crucial es que el Dios Triuno se infunda en nuestro ser por medio de la Palabra. Mediante esta infusión somos santificados y transformados. Ingerir la Palabra de este modo no es una práctica religiosa ni una ordenanza religiosa; más bien, es experimentar al Dios Triuno viviente —el Padre, el Hijo y el Espíritu—, quien se forja en nuestro ser mediante la Palabra viva. Al entrar en contacto con la Palabra, Dios mismo se añade a nosotros día a día. Como resultado de ello, somos empapados de Dios y hechos uno con Él.

LA SANTIFICACIÓN REDUNDA EN UNIDAD AL ACABAR CON LOS FACTORES QUE CAUSAN DIVISIÓN

La santificación lograda por medio de la palabra de la verdad da por resultado la unidad. La palabra santificadora, el Espíritu santificador, la vida santificadora y el Dios santificador son todos uno solo. Por lo tanto, si somos santificados, no podremos evitar ser uno. Seremos uno espontáneamente porque todos los factores de división habrán sido erradicados.

La mundanalidad

El primero de estos factores es la mundanalidad. Siempre y cuando usted ame alguna sección del mundo, esa parte llegará a ser una causa de división, porque lo separará de los hermanos y hermanas. Cualquiera que sea mundano no participará en la unidad. La mundanalidad es semejante a un lobo.

La ambición

Otra causa de la división es la ambición. La ambición es como un topo que opera debajo de la tierra de manera escondida para causar daño. La ambición nos socava por dentro. Todos tenemos que reconocer que tenemos ambición. Entonces, ¿qué puede matar nuestra ambición? Reprender a las personas no sirve de mucho. De hecho, cuanto más usted reprende a alguien, más despierta su ambición. Sin embargo, yo puedo testificar por experiencia que cada vez que tenemos contacto con el Señor por medio de Su palabra y le permitimos que se infunda a Sí mismo en nosotros, esta verdad que ha sido impartida en nuestro ser aniquila nuestra ambición. No existe otra manera de desarraigar la ambición de nuestro ser. Día a día, la verdad que nos santifica aniquila el elemento de ambición presente en nosotros. Los gérmenes de la ambición están en nuestra sangre, y es necesario que la verdad santificadora opere como un “antibiótico”

para exterminarlos. Si nuestra ambición no es exterminada, no podremos experimentar la unidad genuina.

Doy gracias al Señor porque los hermanos somos uno, no porque tengamos el mismo temperamento ni porque nos hayamos puesto de acuerdo; antes bien, somos uno porque nuestra ambición está siendo exterminada. El "topo" escondido de la ambición necesita ser exterminado por la palabra que santifica. Si deseamos experimentar la unidad genuina en la vida de iglesia, necesitamos que la verdad santificadora acabe con nuestra ambición.

En Juan 17:17-23 vemos que la santificación redunda en la unidad genuina porque esta santificación nos guarda en el Dios Triuno. El versículo 21 dice: "Para que todos sean uno; como Tú, Padre, estás en Mí, y Yo en Ti, que también ellos estén en Nosotros". A fin de ser uno necesitamos estar en el "Nosotros", es decir, en el Dios Triuno. La única manera de estar en el Dios Triuno es que la verdad santificadora elimine todos los factores que causan división. Al ser guardados en el Dios Triuno, somos uno. Pero cada vez que nos encontramos fuera del Dios Triuno, inmediatamente nos dividimos.

La autoexaltación

Una tercera causa de división es la autoexaltación, la cual por lo general acompaña a la ambición. Sin embargo, algunas personas son ambiciosas, pero no parecen exaltarse a sí mismas. Otras, en cambio, son ambiciosas, y las consume el deseo de tener la preeminencia y ser exaltadas. Esta exaltación de sí mismas es como una serpiente; causa división entre los santos. Por lo tanto, a fin de guardar la unidad genuina, debemos aprender a no exaltarnos a nosotros mismos. Si usted es un anciano o un hermano responsable, no debe jactarse de ello. No diga que usted es alguien importante. Es mejor ser nada. Recientemente oí que cierto grupo cristiano tiene un eslogan que dice que en su grupo ellos hacen que todo el mundo llegue a ser alguien importante. La iglesia, en cambio, hace que todos lleguen a ser nada. Si usted desea ser algo, no debe venir a la iglesia, pues

éste no es el lugar indicado. En lugar de ello, debe ir a aquel grupo que pretende hacer que todos lleguen a ser importantes. En el recobro del Señor todos somos reducidos a nada. Pero ¡alabado sea el Señor porque estamos dispuestos a ser nada y a exaltar a Cristo, quien tiene la preeminencia universal! Cristo es el único que es importante. Nosotros somos nada, pues al ser nada, somos verdaderamente uno.

En los meses pasados, les dije a los ancianos al menos unas cuantas veces que me gusta ser despreciado, atacado, criticado y difamado. No me agrada publicar libros con la intención de hacerme famoso; ni siquiera me interesa ahora imprimir más artículos refutando las falsas acusaciones hechas en contra nuestra. Algunos me han sugerido que publique un libro refutando ese libro difamatorio llamado *The God-Men*. Pero cuando le presenté este asunto al Señor, el Señor me dijo: "No hagas nada. Deja que se opongan a ti. Tú simplemente lleva una vida crucificada. La victoria no consiste en una fama aparente, sino en llevar una vida crucificada. Deja que otros te difamen, critiquen y persigan. Basta con que Yo esté contigo y con que tú lleves una vida crucificada". Aquí, al llevar una vida crucificada, la autoexaltación es derribada. ¡Aleluya, pues en la economía de Dios la preeminencia le pertenece sólo a Cristo! Al Padre le agrada darle a Él el primer lugar en todas las cosas (Col. 1:18).

Doy gracias al Señor porque la gran mayoría de los santos están dispuestos a ser un don nadie a fin de poder tener la unidad genuina. En los pasados cincuenta años, hemos afrontado oposición y rebeliones. Sin embargo, la mayoría de los santos en el recobro del Señor ha sido fiel. Sólo un pequeño porcentaje de santos ha causado problemas. Sin embargo, incluso los problemas que ellos han causado nos han ayudado. ¡Cuánto agradecemos al Señor por la verdad santificadora que vence la mundanalidad, la ambición y la autoexaltación!

Las opiniones y conceptos

El cuarto factor de la división consiste en las opiniones y conceptos. Las opiniones son como un escorpión. No debemos aferrarnos a nuestras propias opiniones, sino simplemente seguir la meta del Señor, a saber: recobrar al Cristo que es nuestra vida y nuestro todo con miras a lograr la edificación de la iglesia. Los que han estado conmigo a través de los años pueden testificar que yo no insisto en nada que no sea Cristo como vida y como el todo para nosotros por causa de la iglesia. Todos debemos estar a favor de esto, no a favor de nuestras opiniones y conceptos en cuanto a otras cosas.

Los cuatro factores que causan división —la mundanalidad, la ambición, la autoexaltación y las opiniones— pueden ser eliminados solamente mediante la verdad santificadora. ¿Creen ustedes que si tienen contacto con el Señor cada mañana, tocan la Palabra viva y tienen la realidad divina infundida en su ser, aun así podrán causar división? No lo creo. Al contactar al Señor de esta manera, vencemos los factores de división. Lo que les comparto aquí no es simplemente una simple enseñanza, sino que corresponde a mi propia experiencia.

Cuando los factores de división presentes en nosotros son exterminados por la verdad santificadora, somos conducidos a la unidad genuina, puesto que la santificación nos guarda en el Dios Triuno. Sólo estando en el Dios Triuno podremos tener la unidad genuina. Los cristianos de hoy están divididos a causa de la mundanalidad, la ambición, la autoexaltación y las diferentes opiniones y conceptos. Es imposible que sean uno los cristianos mundanos y ambiciosos, aquellos que se exaltan a sí mismos y están llenos de opiniones. Por el contrario, el recobro del Señor se basa en la unidad genuina, la cual podemos tener únicamente al ser santificados por la palabra de verdad. Esto se revela claramente en el Evangelio de Juan. Cuando la mundanalidad, la ambición, la autoexaltación y las opiniones son exterminadas por la palabra santificadora de la verdad, somos guardados en el Dios Triuno y podemos tener la unidad genuina.

MANTENER LA UNIDAD GENUINA

El hecho de que al Señor le interesa que Su pueblo tenga la unidad genuina se ve en el pasaje de Mateo 18:15-17, donde se trata un asunto negativo. Conforme a estos versículos, si un hermano peca, debemos reprenderlo; pero si no nos oye a nosotros, debemos tomar con nosotros uno o dos testigos. Si aun así rehúsa oírnos, debemos presentarle el problema a la iglesia. Entonces, si él se niega oír a la iglesia, debe ser tenido por gentil y recaudador de impuestos. El hecho de que la iglesia lo considere un gentil y recaudador de impuestos significa que él está fuera de la comunión de la iglesia. Los que son rebeldes o desobedientes a la iglesia tienen que ser considerados por la iglesia como personas que están fuera de la comunión. Esto es necesario a fin de mantener la unidad genuina entre el pueblo de Dios.

FIJARNOS EN LOS QUE CAUSAN DIVISIONES

Romanos 16:17 dice: “Ahora bien, os exhorto, hermanos, que os fijéis en los que causan divisiones y tropiezos en contra de la enseñanza que vosotros habéis aprendido, y que os apartéis de ellos”. Recientemente ha habido algunos entre nosotros que han causado divisiones y tropiezos en contra de la enseñanza que hemos aprendido. Debemos fijarnos en tales personas. Siempre que las veamos causando división, debemos apartarnos de ellas. Aunque esto no es agradable, es necesario para conservar la salud del Cuerpo. A fin de que el Cuerpo esté saludable, debe ser protegido de todos los factores que causan división.

Algunos de los que han causado división han dicho que si nos apartamos de ellos, no somos la iglesia ni tenemos la unidad. Ellos han venido socavando el recobro del Señor y causando divisiones; sin embargo, esperan que la iglesia los incluya. No obstante, nosotros debemos ser osados y declarar que no podemos tolerar la división. No podemos permitir que los que causan división continúen en la comunión de la iglesia. No debemos pensar que la iglesia deba incluir a los que

causan división. Es cierto que la iglesia incluye a todos los creyentes, pero no a los que causan división.

Después que Pablo habla de los que causan divisiones y tropiezos, dice: “Porque tales personas no sirven a nuestro Señor Cristo, sino a sus propios vientres, y con suaves palabras y lisonjas engañan los corazones de los ingenuos” (16:18). La palabra griega traducida “vientre” es un derivado de la palabra que significa “vacío”. Se refiere al estómago o bien a toda la cavidad abdominal. Los que causan divisiones tienen un vacío, una cavidad, en su interior, que no ha sido llenada. Así que ellos, en su codicia y ambición, desean llenar este vacío. Tales personas no sirven al Señor ni tampoco les importa el recobro del Señor. En lugar de ello, lo único que les importa es llenar el vacío que tienen en su interior. A ellos no les importan los santos, ni las iglesias, ni el recobro ni el testimonio del Señor. Nosotros, en cambio, somos esclavos del Señor y estamos aquí únicamente por causa del recobro del Señor. Sin embargo, recientemente ha habido algunos entre nosotros que no mostraron ninguna preocupación por el recobro ni por las iglesias, sino únicamente por llenar su propio ser interior.

Romanos 16:18 dice que los que sirven a sus propios vientres, y no al Señor Jesucristo, engañan los corazones de los ingenuos con suaves palabras y lisonjas. En estos días muchos hermanos ingenuos han sido engañados por lisonjas y promesas.

DESECHAR A LOS SECTARIOS

Tito 3:10 y 11 es otro pasaje de la Palabra que trata con los que causan divisiones. Según el griego, el versículo 10 dice: “Al hombre que cause disensiones, después de una y otra amonestación deséchalo”. Un hombre que causa disensiones es alguien que causa divisiones. Tales personas deben ser rechazadas después de una y otra amonestación. *Desechar* aquí significa “evitar, rechazar”.

El versículo 11 dice: “Sabiendo que el tal se ha pervertido, y peca y está condenado por su propio juicio”. Esto indica que la conciencia de los que causan disensiones no está completamente insensible. Al contrario, su conciencia los culpa de haber obrado mal, de haber obrado contra Dios. En lo profundo de su ser, ellos saben que son divisivos. Por esta razón, son condenados por su propio juicio.

Romanos 16 y Tito 3 coinciden exactamente con la situación actual. Debido a que no podemos tolerar la división, debemos fijarnos en los que causan divisiones y desechar a los que causan disensiones.

En 1 Corintios 5 vemos cómo es echado fuera un hermano pecaminoso. La iglesia sencillamente no puede tolerar a un hermano pecaminoso como el que se describe en este capítulo.

Estos cuatro pasajes de la Palabra confirman el hecho de que la iglesia debe mantener su posición santificada. La iglesia no puede tolerar nada que pueda causar división o contaminación. ¡Cuánto le agradecemos al Señor por la palabra santificadora, el Espíritu santificador, el Dios santificador y la verdad santificadora! La palabra de verdad está continuamente combatiendo los factores de división presentes en nosotros. La mundanalidad, la ambición, la autoexaltación y las opiniones y conceptos están siendo exterminados a fin de que podamos mantener la unidad genuina. Espero que todos veamos esto, nos ejercitemos en oración en cuanto a ello, lo experimentemos y lo practiquemos.

CAPÍTULO SEIS

CAMBIAR DE MORADA Y ENTRAR EN DIOS PARA SER SANTIFICADOS POR CAUSA DE LA UNIDAD

A fin de tener la unidad genuina, debemos separarnos de la mundanalidad, la ambición, la autoexaltación y las opiniones y conceptos. En el pasado no muchos de entre nosotros se dieron cuenta de que necesitaban ser santificados a fin de tener la unidad genuina. La santificación tiene mucho que ver con la unidad.

En este mensaje nuevamente examinaremos los capítulos del 14 al 17 del Evangelio de Juan. Aunque los cristianos han leído estos capítulos una y otra vez, no muchos conocen su verdadero significado. Los capítulos del 14 al 16 contienen las últimas palabras que el Señor Jesús habló a Sus discípulos antes de ser traicionado y crucificado. Después de expresar las palabras que están escritas en estos capítulos, Él ofreció la oración que se encuentra en el capítulo 17. En realidad esta oración es una conclusión de todo lo dicho en los tres capítulos anteriores.

UN LUGAR EN LA CASA DE DIOS

En Juan 14:2 el Señor Jesús dice: “En la casa de Mi Padre muchas moradas hay; si así no fuera, Yo os lo hubiera dicho; voy, pues, a preparar lugar para vosotros”. Si ustedes leen este versículo a la luz de todo el Nuevo Testamento, verán que la casa aquí se refiere a la iglesia, y no a las supuestas mansiones celestiales. En el capítulo 2 de Juan “la casa” se refiere primeramente al templo y, en segundo lugar, al cuerpo del Señor Jesús. Así como el templo era la casa de Dios, de la misma manera el cuerpo físico del Señor era la casa de Dios cuando el Señor

estuvo en la tierra. Después de la resurrección de Cristo, Su cuerpo físico llegó a ser el Cuerpo místico, el cual es la casa de Dios hoy. Este Cuerpo místico, el Cuerpo de Cristo, es la iglesia. Cuando el Señor Jesús estaba próximo a morir, les dijo a Sus discípulos que iba a preparar una morada para ellos en la casa de Dios. Esto significa que iba a preparar un lugar para nosotros en la iglesia. Por consiguiente, al comienzo de esta sección del Evangelio de Juan, el Señor dijo claramente que Su ida tenía como propósito lograr una sola cosa: preparar un lugar para nosotros en la casa de Dios, la iglesia, y preparar el camino para que nosotros fuésemos introducidos en este lugar.

EN EL PADRE Y EN LA GLORIA

Juan 14:3 dice: “Si me voy y os preparo lugar, vendré otra vez, y os tomaré a Mí mismo, para que donde Yo estoy, vosotros también estéis”. El Señor estaba en el Padre, y Él quería que Sus discípulos estuvieran también en el Padre. En este versículo el Señor parecía estar diciendo: “Yo estoy en el Padre, pero ustedes no lo están. Por medio de Mi crucifixión y resurrección, Yo los introduciré en el Padre. Entonces, donde Yo estoy, ustedes también estarán”. El Señor oró por esto mismo en Juan 17:24: “Padre, en cuanto a los que me has dado, quiero que donde Yo estoy, también ellos estén conmigo, para que vean Mi gloria que me has dado; porque me has amado desde antes de la fundación del mundo”. Según este versículo, finalmente nosotros no sólo estaremos en el Padre, sino también en la gloria. Primeramente, el Señor nos introduce en el Padre y después en la gloria.

NOS TRASLADAMOS DE NOSOTROS MISMOS AL SER SANTIFICADOS

Cuando estamos con el Señor en el Padre y en la gloria, somos uno; pero cuando estamos en nosotros mismos, no podemos ser uno con los demás. Mientras estamos en nosotros mismos, sólo podemos ser uno con nosotros mismos, no con nadie más. Por lo tanto, si deseamos ser uno con otros, debemos trasladarnos del

yo y entrar en Dios el Padre. Nadie puede efectuar este traslado por nosotros; nosotros mismos somos responsables de hacerlo. Cuando nos trasladamos de nosotros mismos y entramos en el Padre y en la gloria del Padre, somos uno, e incluso somos perfeccionados en unidad.

Efectuamos este traslado al ser santificados. Ser santificados es trasladarnos de nosotros mismos y entrar en el Padre. Si permanecemos en nosotros mismos, no seremos santificados y, por tanto, no podremos ser uno con los demás. En nosotros mismos están la mundanalidad, la ambición, la autoexaltación y las opiniones. Es imposible para nosotros erradicar estas cosas de nuestro ser. ¿Se da usted cuenta de que el mundo es en realidad usted mismo? Lo mismo se aplica a la ambición, la autoexaltación y las opiniones y conceptos. Es por ello que no podremos escapar de estas cuatro cosas mientras permanezcamos en el yo. Pablo les dijo a los corintios que entre ellos había celos, contiendas y divisiones (1 Co. 3:3). Éstas son algunas de las características de los que están en el yo. Sin embargo, la vida de iglesia es un edificio, y la verdadera edificación es la unidad genuina. En esta unidad genuina no tienen cabida la mundanalidad, la ambición, la autoexaltación ni las opiniones.

¿Cómo podemos eliminar estas cuatro cosas de nuestro ser? Por nosotros mismos esto es imposible. No podemos eliminarlas. Como personas caídas que somos, estamos constituidos de mundanalidad, ambición, autoexaltación y opiniones. Hasta los niños pequeños saben cómo exaltarse a sí mismos; incluso a una edad temprana ellos se vuelven ambiciosos. Además, no hay necesidad de enseñar a los niños la mundanalidad, puesto que son mundanos por naturaleza. Mientras estemos vivos, estamos sujetos a la mundanalidad, la ambición, la autoexaltación y las opiniones. Aunque algunos de nosotros por naturaleza seamos tiernos y mansos, esto no significa que no seamos ambiciosos ni estemos llenos de opiniones. Con respecto a algunos, la ambición se expresa de forma externa y obvia, mientras que con respecto a otros, la ambición se halla escondida en su

corazón. Sin embargo, todos somos ambiciosos; la ambición es un elemento constitutivo de nuestro ser.

El Señor Jesús conoce nuestro problema. En Juan 15:5 Él dijo: “Separados de Mí nada podéis hacer”. Él es la vid, y nosotros somos los pámpanos. Debemos quedarnos en Él, es decir, permanecer en Él. Quedarnos en Cristo como la vid significa que nos trasladamos de nosotros mismos y entramos en Él. Ya que el Señor está en el Padre, nosotros también podemos estar en el Padre al estar en Él. En Juan 17:21 el Señor oró, diciendo: “Para que todos sean uno; como Tú, Padre, estás en Mí, y Yo en Ti, que también ellos estén en Nosotros”. Ésta es la unidad que existe en el Dios Triuno. A fin de estar en el Dios Triuno, tenemos que trasladarnos de nosotros mismos. Juan 17:22-23a dice: “La gloria que me diste, Yo les he dado, para que sean uno, así como Nosotros somos uno. Yo en ellos, y Tú en Mí, para que sean perfeccionados en unidad”. Cuando nos trasladamos de nosotros mismos y permanecemos en el Dios Triuno, Cristo vive en nosotros. De este modo, somos perfeccionados en unidad.

Únicamente cuando somos santificados podemos permanecer en Cristo y Cristo puede vivir en nosotros. Nuevamente les digo: ser santificados es trasladarnos de nosotros mismos y entrar en el Dios Triuno a fin de permitir que Cristo viva en nosotros. Según los capítulos del 14 al 17 de Juan, éste es el concepto apropiado de la santificación. Cuanto más somos santificados, menos permanecemos en nosotros mismos y más permanecemos en el Dios Triuno.

LA SANTIFICACIÓN EFECTUADA POR LA PALABRA Y EL ESPÍRITU

Esta santificación se efectúa por medio de la Palabra, la cual es verdad, y por medio del Espíritu, quien es el Espíritu de verdad. En estos cuatro capítulos de Juan, la Palabra y el Espíritu se mencionan una y otra vez. De hecho, la Palabra y el Espíritu son uno solo. Doy gracias al Señor por el gran número de santos que han regresado a la Palabra y están sumergiéndose en la Palabra cada día. Al

acudir a la Palabra cada mañana, nosotros contactamos la Palabra externamente, pero el Espíritu nos toca interiormente. De este modo, por medio de la Palabra y el Espíritu, los cuales son la realidad, somos santificados.

Ser santificados no significa simplemente ser separados del mundo; significa trasladarnos de nosotros mismos y entrar en el Dios Triuno. Si ustedes examinan su propia experiencia, comprobarán que cuanto más contacto tienen con la Palabra y cuanto más el Espíritu los toca a ustedes, menos permanecerán en sí mismos. Salen de una morada, el yo, y se mudan a otra morada, el Dios Triuno. Todos los días necesitamos experimentar este cambio de morada. Si no nos trasladamos de nosotros mismos, estaremos mal, puesto que en el yo tenemos la mundanalidad, la ambición, la autoexaltación y las opiniones.

APRENDER A TOMAR MEDIDAS CON RESPECTO A NUESTRAS OPINIONES

Podemos aplicar esto a la situación práctica en la vida de iglesia. Ahora es el tiempo para que la iglesia en Anaheim y las demás iglesias sean edificadas. A fin de que la iglesia sea edificada, debemos participar juntos en el servicio de la iglesia. En cuanto al servicio, los hermanos que toman la delantera son muy cuidadosos, pues quieren evitar que los santos se ofendan. ¿Saben qué es lo que hace que los santos se ofendan? El yo, el cual incluye la ambición y la autoexaltación. Supongamos que usted se siente turbado interiormente porque en lugar de nombrarlo a usted, nombraron a otra persona como líder. Si esto lo afecta tanto debido a su ambición, usted debe sumergirse en la Palabra inmediatamente y permitir que el Espíritu lo toque. Entonces podrá trasladarse de sí mismo y declarar: “Ángeles y demonios, no me importa quién sea el líder. No permaneceré en mí mismo, sino que, en vez de ello, me trasladaré de mí mismo y entraré en el Dios Triuno y permaneceré en Él”.

En el servicio de la iglesia el elemento más perjudicial no es la ambición ni la autoexaltación, sino las opiniones. Aparentemente, nuestras opiniones no son tan

desagradables como la autoexaltación, pues podemos expresar nuestra opinión con mucha mansedumbre y humildad. Sin embargo, en el servicio de la iglesia la primera lección que necesitamos aprender es poder decir: “No sé”. Si usted dice que ya sabe qué hacer en el servicio de la iglesia, ello muestra que tiene una opinión. Pero si dice: “No sé”, esto revela que usted está dispuesto a servir, pero que no sabe cómo hacerlo. ¡Cuán maravilloso sería si todos pudiéramos decir: “No sé”!

En 1928, cuando empezó la obra en Shanghái, cierto hermano que había sido jefe de la oficina de correos llegó a ser colaborador. No sabiendo qué hacer la primera vez que lo invitaron a cierto lugar para laborar para el Señor, decidió pedirle consejo al hermano Nee. El hermano Nee le respondió: “Simplemente aprenda a decir: ‘No sé’. Si dice esto cada vez que las personas le pregunten algo, será el mejor colaborador”. Sin embargo, es muy difícil para nosotros decir esto, pues cuando se trata del servicio en la iglesia, todos tenemos la certeza de que sabemos algo. Sin embargo, lo que necesitamos es aprender a decir: “No sé”.

Esto lo aprendemos solamente al trasladarnos de nosotros mismos. Si permanecemos en nosotros mismos, siempre pensaremos que sabemos mucho. Pero si nos trasladamos de nosotros mismos y entramos en el Dios Triuno donde permanecemos en Él, nos consideraremos personas que no saben nada. No saber nada significa no tener opiniones. Cuando estamos en el Dios Triuno, no tenemos opiniones.

Los discípulos del Señor nos proveen un buen ejemplo de lo que es trasladarse del yo y entrar en el Dios Triuno. Antes de la resurrección del Señor, los discípulos permanecían en sí mismos y estaban llenos de opiniones. Pedro, Marta e incluso María tenían opiniones. Pero en Hechos 2 vemos que los discípulos habían perdido sus opiniones. En los Evangelios ellos estaban en sí mismos, pero en Hechos se habían trasladado del yo y entrado en el Dios Triuno. De manera que se efectuó un gran traslado entre los Evangelios y el libro de Hechos. Aunque en Hechos 2 se inició una obra importante, no se celebraron conferencias ni hubo discusiones al

respecto. Cuando las personas están llenas de opiniones, sienten la necesidad de tener conferencias y discusiones. Pero en Hechos 2 no hubo tal necesidad.

No muchos cristianos saben cómo estar libres de opiniones. Cuando nos reunimos para servir con los santos, todos debemos aprender a no tener opiniones. ¿Cómo podemos evitar tener opiniones? No lo conseguimos corrigiendo o reformando nuestro comportamiento, sino trasladándonos de nosotros mismos y entrando en el Dios Triuno. Éste es un entendimiento más profundo de la santificación. Una vez que salimos de nosotros mismos, somos separados de la mundanalidad, la autoexaltación y las opiniones. De este modo, no solamente somos apartados para Dios, sino que además entramos en Dios.

SOMOS UNO EN EL DIOS TRIUNO

Cuando estamos en el Dios Triuno, somos uno; pero cuando estamos en nosotros mismos, somos divididos. Las enseñanzas externas en cuanto a la unidad no nos hacen uno. Cuanto más los cristianos hablan acerca de la unidad, más divididos están. Al igual que los corintios, ellos están en sí mismos, por lo que están acabados en lo que se refiere a la unidad genuina.

Ya dijimos que en Juan 14 el Señor Jesús dijo que iba a preparar un lugar para nosotros. Este lugar es Dios el Padre, y el camino que nos conduce allí es el Señor Jesús. En Juan 14:6 el Señor dijo: “Yo soy el camino, y la realidad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por Mí”. Cristo, el Hijo, es el camino, y el Padre es el lugar. Aunque los incrédulos sólo pueden morar en sí mismos, nosotros tenemos la opción de morar en nosotros mismos o morar en el Dios Triuno. No tenemos que quedarnos en nosotros mismos; pues podemos trasladarnos de nosotros mismos y entrar en el Dios Triuno. Un lugar ha sido preparado para nosotros, y se nos ha presentado una opción. El Señor dijo que después que preparara un lugar para nosotros en la casa de Dios, vendría a recibirnos a ese lugar; para que así, donde Él está, nosotros también estemos. El Señor está en el Padre, y desea que nosotros también estemos en el Padre. Dado que hay un lugar preparado para

nosotros en el Padre, nosotros ahora, al ser santificados por la verdad, podemos trasladarnos a Él. Esto involucra tanto la Palabra como el Espíritu. Si continuamente tenemos contacto con la Palabra y permitimos que el Espíritu nos toque cada día, seremos santificados; es decir, nos trasladaremos de nosotros mismos, de nuestra vieja morada, al Dios Triuno, nuestra nueva morada. Al efectuarse este cambio de morada, la mundanalidad, la ambición, la autoexaltación y las opiniones quedan atrás.

SER PERFECCIONADOS EN UNIDAD

Juan 17:23 dice: "Yo en ellos, y Tú en Mí, para que sean perfeccionados en unidad". No sólo nos hemos trasladado al Dios Triuno, sino que además el Señor está en nosotros. El hecho de que Él esté en nosotros tiene que ver con quien vive en nosotros. Nosotros nos trasladamos de nosotros mismos a fin de estar en el Dios Triuno; y cuando estamos en el Dios Triuno, Cristo puede vivir en nosotros. Entonces, cuando permanecemos en el Dios Triuno y Cristo vive en nosotros, somos perfeccionados en unidad.

Si nos reunimos para participar en el servicio de la iglesia estando en nosotros mismos, nos será imposible ser uno. A fin de servir en unidad, tenemos que trasladarnos de nosotros mismos. Nosotros servimos al trasladarnos al Dios Triuno. Sin embargo, mientras cambiamos de morada para entrar en el Dios Triuno, debemos permitir que Cristo viva en nosotros. El hecho de que Él viva en nosotros nos perfecciona en unidad. Al trasladarnos de nosotros mismos y entrar en el Dios Triuno, experimentamos la unidad; sin embargo, esto aún no es la unidad perfeccionada. Es sólo cuando Cristo vive en nosotros que percibimos la realidad de la unidad genuina. Cuanto más el Señor vive en nosotros, más Su vivir nos perfecciona junto con otros en la unidad genuina.

La unidad genuina no consiste simplemente en reunirnos. A fin de experimentar la unidad genuina, primero tenemos que trasladarnos de nosotros mismos y entrar en el Dios Triuno; y, en segundo lugar, debemos permitir que el Señor viva en

nosotros. Entonces, no solamente somos uno, sino que además somos perfeccionados en unidad. Aquí en esta unidad genuina no hay mundanalidad, ambición, autoexaltación ni opiniones; en vez de ello, simplemente tenemos al Dios Triuno: el Padre, el Hijo y el Espíritu.

LA VERDADERA EDIFICACIÓN

Esta unidad perfeccionada es la verdadera edificación. En 1954 por primera vez empecé a hablar acerca de la edificación. Les dije a los santos en Manila que ellos tenían que saber quién estaba sobre ellos, debajo de ellos y a su lado. Más tarde por experiencia aprendí que este concepto de edificación no era acertado, pues sólo se aplica a un edificio construido con materiales inertes, que no se mueve de un lugar a otro, y no a nosotros, piedras vivas, que podemos mudarnos de una ciudad a otra. Así que le pedí al Señor que me mostrara en qué consistía la edificación en la práctica. Poco a poco, principalmente a partir de Efesios 4, pude ver que la verdadera edificación es el crecimiento apropiado en vida. Cuando crecemos en vida de manera normal, salimos de nosotros mismos y entramos en el Dios Triuno, y Cristo vive en nosotros. Cuando ésta es nuestra experiencia, tenemos la unidad genuina y somos perfeccionados en unidad. Cuando somos perfeccionados en unidad, no tenemos problemas con respecto a la edificación. Adondequiera que vamos, podemos ser uno con los santos. Sin embargo, si permanecemos en nosotros mismos, tendremos problemas, no importa donde estemos.

La verdadera unidad no consiste simplemente en tener una relación con otros ni en coordinar con ellos; la verdadera unidad es el crecimiento en vida. Crecer en vida significa que nos trasladamos de nosotros mismos a fin de entrar en el Dios Triuno y permitimos que Cristo viva en nosotros. Si nos trasladamos al Dios Triuno y permitimos que Cristo viva en nosotros, podremos ser uno con los santos en cualquier localidad. Si usted tiene problemas en la iglesia, no culpe su entorno ni los santos. En lugar de ello, cúlpese a usted mismo por no haberse trasladado de

sí mismo a fin de entrar en el Dios Triuno y por no haber permitido que Cristo viva en usted.

SER UNO EN LA GLORIA DEL PADRE

En Juan 17:22 el Señor Jesús dice: “La gloria que me diste, Yo les he dado, para que sean uno, así como Nosotros somos uno”. La gloria que el Padre le dio al Hijo es la filiación, que incluye la vida y la naturaleza divina del Padre (5:26), para que Él expresara al Padre en Su plenitud (1:18; 14:9; Col. 2:9; He. 1:3). El Hijo les dio a Sus creyentes esta gloria, a fin de que ellos también tengan la filiación con la vida y la naturaleza divina del Padre (Jn. 17:2; 2 P. 1:4) para expresar al Padre en el Hijo en Su plenitud (Jn. 1:16). Ésta es la gloria que el Padre le dio al Hijo y que el Hijo nos ha dado a nosotros. En esta gloria no existe la mundanalidad, ni la ambición, ni la autoexaltación ni las opiniones; en vez de ello, tenemos la vida y la naturaleza del Padre para que Él sea expresado en Su plenitud. Aquí, en la gloria, tenemos la unidad genuina.

Por medio de Su muerte y Su resurrección, el Señor preparó un lugar para nosotros en el Padre y nos abrió el camino para que entráramos en este lugar. Después de Su resurrección, Él empezó a introducirnos en el Padre, es decir, a hacer que nos traslademos de nosotros mismos y entremos en el Padre. Además, Él vive en nosotros a fin de introducirnos en la gloria, que es la expresión del Padre. Aquí, en la gloria, nosotros vivimos por la vida del Padre y por Su naturaleza a fin de expresarlo en Su plenitud. En esta gloria únicamente tiene cabida la vida y naturaleza del Padre para Su expresión. Es aquí donde el Señor Jesús está hoy y donde nosotros también debemos estar. Aquí, en la gloria del Padre, experimentamos la unidad genuina.

En el pasado, no vimos la verdad en cuanto a la unidad de una manera tan profunda como la vemos hoy. Si permitimos que el Espíritu de realidad forje esta verdad, esta realidad, en nuestro ser, experimentaremos la unidad genuina, una unidad donde no hay mundanalidad, ni ambición, ni la autoexaltación ni

opiniones, sino únicamente la vida del Padre, Su naturaleza y Su santidad para que lo expresemos. Ésta es la verdad en cuanto a la unidad que obtenemos por medio de la santificación. Es preciso que todos experimentemos esta santificación por medio de la Palabra y del Espíritu a fin de poder entrar en el Padre y en Su gloria.

CAPÍTULO SIETE

LA UNIDAD ES CONTRARIA AL MAL

He sentido la carga de dar otro mensaje sobre la unidad genuina revelada en Juan 17. A fin de saber lo que es la unidad, debemos considerar la situación de Babel en Génesis 11. Originalmente, Dios creó un solo hombre. No lo creó como un solo individuo, sino como una entidad corporativa; pues la intención de Dios no era tener muchos hombres individualmente, sino muchos hombres que fueran parte de un hombre corporativo. Por consiguiente, en la creación de la humanidad vemos que había unidad. Sin embargo, esta unidad fue dañada en Babel. Antes de Babel, sólo había un linaje humano; pero después de Babel, la humanidad se dividió, y como resultado de ello llegaron a existir muchos pueblos. El día de Pentecostés los diferentes pueblos de la humanidad dividida llegaron a ser uno solo, no conforme a la creación, sino conforme a la plena redención de Dios. Por lo tanto, en el Pentecostés al menos tres mil ciento viente personas llegaron a ser uno, y hubo una respuesta concreta a lo que el Señor oró en Juan 17. En Juan 17:20 el Señor no sólo oró por los discípulos que estaban con Él en aquel entonces, sino por todos los que creerían en Él por medio de la palabra de ellos. En Hechos 2 al menos tres mil personas fueron salvas por medio de la palabra de los discípulos del Señor y fueron verdaderamente uno.

LAS DOS BABELES

En la Biblia hay dos Babeles, dos Babilonias, una en el Antiguo Testamento y otra en el Nuevo. En un sentido, tanto el Antiguo Testamento como el Nuevo terminan con Babilonia. La primera Babel causó división entre la humanidad, y la segunda también causó división. Después de la partida de los apóstoles, la segunda Babel surgió en el siglo II como un factor de división. Según la historia de la iglesia, el

resultado de la segunda Babel fue el mismo en naturaleza que el de la primera. Con respecto a la primera Babel, los idiomas fueron confundidos, y las naciones llegaron a existir; y con respecto a la segunda Babel, las denominaciones llegaron a existir.

EL SISTEMA SATÁNICO

Fue con la primera Babel que la tierra creada por Dios, junto con la humanidad, llegó a ser enteramente el sistema satánico del mundo. Antes de Génesis 11, el mundo como sistema satánico no había llegado a existir en plenitud. Cuando el Señor habla del mundo en Juan 17, se está refiriendo a este sistema satánico. En los versículos del 14 al 18 el Señor menciona el mundo ocho veces. Éste es el sistema satánico, cuyo contenido es Satanás como mal.

En el versículo 15 el Señor oró, diciendo: “No ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del maligno”. La palabra *maligno* traducida literalmente es “el mal”. La mayoría de los traductores están de acuerdo con que el mal mencionado aquí es un mal personificado; no denota una cosa, sino una persona. Satanás es la personificación del mal que está en el mundo. Hoy en el mundo hay alguien llamado “el mal”. Este mal es la esencia, el factor básico, del sistema satánico. Este mal es Satanás mismo, quien es el mal personificado en su sistema satánico. A los ojos de Dios, el mundo entero de hoy es el mal. En los versículos del 14 al 19 se halla implícito que Satanás es uno con el mundo. Satanás es el mal, y el mundo también es el mal. Ambos son una sola entidad.

EL MUNDO Y EL MAL

El versículo 15 indica que el mal y el mundo son sinónimos. En este versículo el Señor no le pidió al Padre que nos sacara del mundo, sino que nos guardara del maligno. Primero, el Señor habla del mundo y después, usando un término sinónimo, habla del mal. Esto revela que el mundo y el mal son prácticamente idénticos. El mundo es el mal, y el mal es el mundo. Aunque no podemos decir

que Satanás es el mundo, sí podemos afirmar que Satanás es el mal y que el mundo también es el mal.

EL MAL DE LA DIVISIÓN

El principal síntoma de la enfermedad que impera en el sistema satánico es la división. En el mundo hoy no hay unidad. Al contrario, hay división en todo lugar, entre las naciones, en la familia, en las escuelas, en los negocios y en la política. Incluso la sociedad está llena de división. El mundo entero padece la enfermedad de la división. Este carácter divisivo es el mal que está en el mundo. Según Génesis 11, en Babel se introdujeron la división y la confusión. Vemos lo mismo en la tierra hoy; todas las naciones y todos los pueblos están divididos. Éste es el mal presente en el sistema satánico.

Este mal se ha infiltrado en el cristianismo y ha producido el denominacionalismo. La división es, por tanto, el mal que está en el cristianismo actual, así como también es el mal que está en el mundo. Esto nos permite ver que el cristianismo se ha convertido en un seguidor íntimo y fiel del mundo. Finalmente, en el libro de Apocalipsis el cristianismo es llamado Babilonia la Grande. Por seguir el mundo y su correspondiente mal de la división, ha llegado a ser “grande”.

Este mal está constituido principalmente de la mundanalidad, la ambición, la autoexaltación y los conceptos y opiniones. El mundo entero es el mal, y dentro de este mal están la ambición, la autoexaltación y los conceptos y opiniones. Toda división es el resultado de la ambición, la autoexaltación y los conceptos. Si estas tres cosas fuesen extraídas del mundo, el mundo dejaría de ser Babel y no habría más divisiones.

LOS CONCEPTOS SON LA ENTRONIZACIÓN DE LA AUTOEXALTACIÓN

Nuestros conceptos son la expresión y entronización de nuestra autoexaltación. Los conceptos son la entronización del yo que se exalta como un pequeño rey.

Nunca debemos considerar los conceptos que tenemos como algo insignificante. Incluso las hermanas de escuela preparatoria se entronizan a sí mismas como reinas cada vez que expresan sus conceptos. Por lo tanto, acabar con nuestros conceptos es destronar el yo. El mundo entero está dividido a causa de los conceptos; por consiguiente, los conceptos son los factores de la división.

La autoexaltación proviene de la ambición. Todos somos ambiciosos y tendemos a exaltarnos a nosotros mismos. La única diferencia entre nosotros en cuanto a esto es el grado. La ambición está en nuestra propia sangre. La autoexaltación es el resultado de nuestra ambición, y dicha exaltación está corporificada en nuestros conceptos. Luego, cuando expresamos nuestros conceptos, el resultado de ello es la división. Éste es el mal mencionado en Juan 17. El mal está en el mundo con su ambición, la autoexaltación y los conceptos, todos los cuales causan división.

LO QUE EL MUNDO REALMENTE ES

Nosotros los cristianos a menudo hablamos acerca del mundo, pero quizás no sepamos siempre de lo que hablamos. La mundanalidad no sólo incluye cosas superficiales como comprar cierto estilo de ropa en una tienda. Este entendimiento del mundo es muy superficial. Los elementos de los cuales se compone el mundo son la ambición, la autoexaltación y los conceptos. Cuando estas tres cosas resultan en división, el mundo se convierte en el mal. Quizás usted nunca antes se haya dado cuenta de que el mundo incluye su ambición, la exaltación de usted mismo y sus conceptos. Wuest, en su traducción del Nuevo Testamento, utiliza la expresión *el pernicioso* para referirse a Satanás, indicando algo venenoso y dañino. El mundo entero, incluyendo el cristianismo, es pernicioso, es decir, está lleno del veneno de la ambición, de la autoexaltación y de los diferentes conceptos y opiniones.

A través de los siglos, los cristianos se han divido a causa de sus conceptos. Estos conceptos provenían de la autoexaltación, lo cual a su vez provenía de la ambición. A los ojos de Dios el mundo está constituido de la ambición, de la

autoexaltación y de los conceptos. Debemos profundizar en Juan 17 para descubrir lo que el mundo verdaderamente es. El mundo no simplemente consiste en ciertas modas; más bien, es la ambición que produce la autoexaltación, la cual culmina en los conceptos. Esto a su vez produce divisiones, el cual es el mal, el factor pernicioso en la tierra hoy.

EN EL DIOS TRIUNO NO EXISTE LA AMBICIÓN

Debido a que este veneno pernicioso todavía está en nosotros, es preciso que sepamos cómo extraerlo. En el mensaje anterior vimos que necesitamos trasladarnos de nosotros mismos y entrar en el Dios Triuno. Si queremos ser uno, es preciso que seamos salvos de la mundanalidad, la ambición, la autoexaltación y los conceptos. Por suaves y mansos que seamos, en nosotros mismos seguimos siendo ambiciosos. Pero cuando nos trasladamos de nosotros mismos y entramos en el Dios Triuno, en el "Nosotros" (v. 21), nuestra ambición es absorbida. En el Dios Triuno la ambición no tiene cabida alguna. Sólo hay un lugar en el universo donde no existe la ambición; ese lugar es el Dios Triuno. Para el Dios Triuno, la ambición es un elemento foráneo. Según mi experiencia, puedo testificar que la única manera de ser libres de la ambición es trasladarnos de nosotros mismos y entrar en el Dios Triuno. Las palabras del Señor en el versículo 21 nos dan a entender que nos deshacemos de la ambición al estar en el Dios Triuno.

En los pasados meses, he estado muy ejercitado en cuanto a la unidad genuina. Empecé a escudriñar la Palabra nuevamente en cuanto a este asunto, y lo primero que vi fue el asunto de la mundanalidad en Juan 17:14-19. Luego comprendí que la ambición está implícita en el versículo 21, donde el Señor habla de estar "en Nosotros". Vi que necesitamos trasladarnos de nosotros mismos y entrar en el Dios Triuno. Aquí, en el Dios Triuno, nosotros tenemos cabida, pero no hay lugar para nuestra ambición.

EN LA GLORIA DEL PADRE NO EXISTE LA AUTOEXALTACIÓN

Juan 17:22 dice: “La gloria que me diste, Yo les he dado, para que sean uno, así como Nosotros somos uno”. La gloria en este versículo se refiere a la expresión del Padre, a la filiación en la cual tenemos la vida y la naturaleza del Padre para expresar al Padre en Su plenitud. Esta gloria no es sólo para el futuro, pues está con nosotros hoy. Cuando nosotros expresamos al Padre en Su vida y en Su naturaleza con toda Su plenitud, estamos en la gloria. En esta gloria no existe posibilidad alguna para que nos exaltemos a nosotros mismos. La autoexaltación es contraria a la gloria del Padre, la expresión del Padre. Cuando expresamos al Padre, no nos exaltamos a nosotros mismos. La autoexaltación y la gloria del Padre se encuentran en dos esferas diferentes. La autoexaltación está en la esfera del yo, y la expresión del Padre se halla en la esfera de Su reino. En el reino del Padre no existe la autoexaltación.

Hoy la exaltación humana prevalece en el cristianismo. Como resultado de ello, no se percibe nada de la gloria divina, no se percibe nada de la expresión del Padre. Debemos orar, diciendo: “Señor, ten misericordia de nosotros. En Tu iglesia no podemos tolerar la exaltación de nosotros mismos. Señor, queremos expresarte a Ti, no a nosotros mismos. En la iglesia queremos ver la expresión del Padre, no queremos que ningún hombre sea exaltado”.

Así como en el versículo 21 se halla implícita la ambición, en el versículo 22 se halla implícita la autoexaltación. La autoexaltación es como una fiera salvaje agazapada que espera poder atacarnos. En años recientes esta fiera de autoexaltación ha estado agazapada entre nosotros. Esto ha causado división. Adondequiera que iba cierta persona que se exaltaba a sí misma, no había paz. La paz en muchas iglesias locales se perdió totalmente debido a este problema. Esto incluso dividió a los ancianos en algunas iglesias, de modo que sólo cierta persona pudiera ser exaltada. Esto es lo contrario de la unidad mencionada en Juan 17,

una unidad que es contraria al mal. ¡Alabamos al Señor por resolver esta situación! Ahora podemos proclamar que ya no estamos en el mal, sino en la unidad pura y genuina. Estamos en el Dios Triuno, donde no hay ambición; y estamos en la gloriosa expresión del Padre, donde no existe la autoexaltación. Ahora sólo una persona —el Señor Jesús— está en el trono para expresar al Padre. Si bien rechazamos la exaltación de nosotros mismos, al mismo tiempo creemos que estamos en el trono con nuestro Rey para expresar a nuestro Padre en Su gloria. Aquí disfrutamos de la filiación en la vida y naturaleza del Padre con Su plenitud. ¡Cuánto disfrutamos de todo esto!

No es necesario que nos esforcemos, luchemos, hagamos maniobras ni manipulemos. No somos "lobos" ni "asnos"; al contrario, somos "corderos" y "palomas" que disfrutan de estar en el Dios Triuno y en la gloria del Padre. Debido a que entre nosotros no hay "lobos" ni "asnos", podemos tener la unidad genuina. Cada vez que alguien se exalta a sí mismo, su naturaleza de "lobo" se hace manifiesta. La autoexaltación no tiene nada que ver con la naturaleza de un cordero o una paloma. ¡Alabado sea el Señor porque somos "corderos" y "palomas"! En estos días me siento muy contento de ser uno de estos pequeños. ¡Cuán agradable es ser alguien pequeño! Todos debemos apreciar de una manera nueva y fresca el ser pequeños. ¿Está usted dispuesto a ser pequeño por el bien de la vida de iglesia? En nuestra pequeñez se encuentra la expresión de la gloria del Padre.

CUANDO CRISTO VIVE EN NOSOTROS, NO TENEMOS OPINIONES

El versículo 23 dice: "Yo en ellos, y Tú en Mí, para que sean perfeccionados en unidad". Este versículo se refiere a que Cristo viva en nosotros (Gá. 2:20). Cuando Cristo vive en nosotros, no tenemos conceptos ni opiniones.

La ambición se halla implícita en el versículo 21; la autoexaltación se halla implícita en el versículo 22; y los conceptos y las opiniones, en el versículo 23. Por

nosotros mismos, nos es imposible ser libres de nuestros conceptos y opiniones. La fuente de toda la fricción que exista en la vida matrimonial es nuestras opiniones. Si una hermana casada no le expresara sus opiniones a su esposo, no habría discusiones. Las separaciones y divorcios son causados por las opiniones. Asimismo, los cristianos hoy se dividen a causa de los conceptos y las opiniones. Sólo cuando Cristo viva en nosotros, nos será posible no tener opiniones. Cuando Cristo vive en nosotros, nuestras opiniones y conceptos son aniquilados.

En el Dios Triuno no hay ambición, en la gloria del Padre no existe la autoexaltación y en el lugar donde vive y reina Cristo no hay opiniones ni conceptos. En esta esfera la ambición es absorbida, la autoexaltación desaparece, y las opiniones y conceptos son aniquilados. Aquí no existe el mal, sino únicamente la unidad genuina. Ahora podemos ver que la unidad genuina es contraria al mal. Necesitamos una unidad que sea así de genuina, real y pura.

EXPERIMENTAR LA UNIDAD GENUINA

A fin de tener esta unidad, debemos trasladarnos de nosotros mismos y entrar en el Dios Triuno. También debemos expresar la gloria del Padre y permitir que Cristo viva en nosotros. Entonces tendremos la unidad genuina que es contraria al mal. Pero si permanecemos en nosotros mismos, tendremos la ambición que resulta en la autoexaltación, la cual es entronizada en nuestros conceptos. El resultado de ello será la división. Donde está presente tal división, la iglesia llega a ser el mundo. Cuando el mal está presente, difícilmente podemos ver la iglesia. Lo que vemos es principalmente el mal. Es por ello que recientemente hemos estado diciendo que tenemos que limpiarnos de esa lepra. La lepra es este mal constituido de la ambición, la autoexaltación y los conceptos.

Si hemos de limpiarnos de este mal, de esta lepra, debemos hacer algo más que simplemente arrepentirnos. El arrepentimiento es bueno, pero es demasiado superficial cuando se trata de eliminar este mal. Además de arrepentirnos, tenemos que cambiar de morada y entrar en el Dios Triuno y allí permanecer en Él

a fin de expresar la gloria del Padre. Debemos permitir que esta gloria absorba la autoexaltación a fin de que Cristo pueda vivir en nosotros. Una vez que Cristo viva en nosotros, todos nuestros conceptos serán aniquilados. Entonces, en lugar del mal, tendremos la unidad genuina.

Esta unidad es lo que el Señor desea; es la voluntad agradable de Dios (Ro. 12:2). Es también la verdadera edificación. La edificación es posible únicamente en el Dios Triuno, y prevalece únicamente cuando Cristo vive en nosotros. ¡Aleluya, pues ahora estamos en el Dios Triuno y estamos permitiendo que Cristo viva en nosotros! Ahora podemos expresar la gloria del Padre y experimentar la unidad genuina. Esperamos que todos le presentemos esta palabra al Señor en oración.

CAPÍTULO OCHO

SOMOS UNO DONDE ESTÁ EL HIJO

En el Evangelio de Juan, los capítulos del 14 al 17 componen una sección muy particular. En esta sección de la Palabra, el Señor primeramente dio un mensaje a Sus discípulos y luego ofreció la oración que consta en el capítulo 17. Al comienzo de esta sección se nos da el tema de las últimas palabras que el Señor habló a Sus discípulos antes de Su crucifixión: “Si me voy y os preparo lugar, vendré otra vez, y os tomaré a Mí mismo, para que donde Yo estoy, vosotros también estéis” (14:3). Aquí el Señor reveló Su intención de llevar a Sus discípulos al lugar donde Él mismo estaba.

EL LUGAR Y EL CAMINO

El lugar donde el Señor realmente está no es un lugar, sino una persona. En Juan 14:4 el Señor dijo: “A dónde Yo voy, ya sabéis el camino”. Tomás respondió diciendo que ellos no sabían a dónde el Señor estaba yendo, y preguntó cómo podían saber el camino (v. 5). Entonces el Señor le dijo: “Yo soy el camino” (v. 6). Esto muestra que el camino es una persona, es Cristo mismo. Además de esto, el Señor le dijo a Tomás: “Nadie viene al Padre, sino por Mí”. Esto revela que el lugar es el Padre. Por lo tanto, el camino es una persona y el lugar también es una persona. No muchos cristianos han visto esto. El camino es el Hijo; y el destino, el lugar adonde nos lleva el camino, es el Padre.

Aunque el Hijo es el camino, Él podía serlo únicamente mediante la crucifixión y la resurrección. Un Cristo que no ha sido crucificado no puede ser el camino. En general, el Nuevo Testamento revela que Cristo murió en la cruz y se levantó de entre los muertos para llegar a ser el camino que nos da entrada al Padre. Por

medio de Él, quien es nuestro camino, nosotros podemos estar en el Padre, así como Él está en el Padre.

EN EL PADRE Y EN LA GLORIA DEL PADRE

En los capítulos 14 y 17 de Juan la palabra *donde* se menciona dos veces. La primera vez, como ya vimos, se halla en 14:3, y la segunda en 17:24. En este versículo el Señor oró diciendo: "Padre, en cuanto a los que me has dado, quiero que donde Yo estoy, también ellos estén conmigo, para que vean Mi gloria que me has dado". La palabra *donde* en 14:3 se refiere al Padre, mientras que la palabra *donde* en 17:24 se refiere a la gloria del Padre. El Hijo está primeramente en el Padre y luego en la gloria del Padre. La gloria del Padre es el Padre mismo expresado; por lo tanto, la gloria es la expresión del Padre.

EL PADRE ES GLORIFICADO EN LA GLORIFICACIÓN DEL HIJO

El Evangelio de Juan dice que el Padre es glorificado en la glorificación del Hijo (13:31-32; 17:1). Al comienzo de Su oración en el capítulo 17, el Señor oró, diciendo: "Padre, la hora ha llegado; glorifica a Tu Hijo, para que Tu Hijo te glorifique a Ti" (v. 1). Éste es el tema de la oración del Señor en este capítulo. El Hijo era Dios encarnado, y Su carne era un tabernáculo donde Dios podía morar en la tierra (1:14). Su elemento divino estaba confinado en Su humanidad, así como la gloria *shekiná* de Dios estaba oculta dentro del tabernáculo. En cierta ocasión, en el monte de la Transfiguración, Su elemento divino fue liberado desde el interior de Su carne y se expresó en gloria, tal como lo vieron los tres discípulos (Mt. 17:1-3). Sin embargo, dicho elemento después volvió a quedar escondido en Su carne. El Señor, antes de esta oración, había predicho que sería glorificado y que el Padre sería glorificado en Él (Jn. 12:23; 13:31-32). Ahora Él iba a pasar por la muerte para que la cáscara de Su humanidad fuese quebrantada y así Su elemento divino, que era Su vida divina, fuese liberado. Además de esto, Él iba a

ser resucitado para que Su humanidad pudiese ser elevada al nivel del elemento divino y para que Su elemento divino fuese expresado, de modo que todo Su ser, incluyendo Su divinidad y Su humanidad, fuese glorificado. De este modo, el Padre sería glorificado en Él.

Cuando el Señor Jesús estuvo en la tierra, Él estaba en el Padre, pero, en un sentido, no estaba en la gloria del Padre. Juan 7:39 dice: "Jesús no había sido aún glorificado". Juan 12:16 también nos da a entender que Jesús aún no estaba en la gloria del Padre: "Estas cosas no las entendieron Sus discípulos al principio; pero cuando Jesús fue glorificado, entonces se acordaron de que estas cosas estaban escritas acerca de Él". Cuando el Señor fue crucificado y resucitado, Él fue glorificado (Lc. 24:26). Esto significa que después de Su resurrección, Cristo no solamente estaba en el Padre, sino también en la gloria del Padre.

Estar en el Padre implica el hecho de tener la vida y la naturaleza del Padre y ser uno con Él en dicha vida y naturaleza. Sin embargo, la gloria no se refiere a la vida y la naturaleza, sino más bien a la expresión. Por consiguiente, cuando estamos en el Padre, tenemos la vida y la naturaleza del Padre; pero cuando estamos en la gloria del Padre, expresamos al Padre. Ya hemos hecho notar que, en un sentido, el Señor Jesús no estaba en la gloria del Padre antes de Su muerte y Su resurrección. Sin embargo, en otro sentido, hubo ocasiones en que estuvo en la gloria del Padre, como lo estuvo en el monte de la Transfiguración (Mt. 17:3). Durante ese tiempo que estuvo en el monte, Pedro, Jacobo y Juan contemplaron la gloria del Señor. Además, la gloria se hizo evidente también cuando el Señor alimentó a la multitud y cuando levantó a Lázaro de los muertos. Lo que la gente vio en Él en esas ocasiones fue la expresión del Padre. Después de Su resurrección, Cristo permaneció siempre en la gloria del Padre. Así que en todo sentido Cristo hoy está tanto en el Padre como en la gloria del Padre.

Debemos preguntarnos si estamos o no en el Padre y en la gloria del Padre. Aunque podemos tener la confianza de decir que estamos en el Padre, tal vez no tengamos la confianza de decir que estamos en Su gloria.

LA INTENCIÓN DE DIOS

Muchos cristianos creen que el lugar del cual se habla en Juan 14:3 es la mansión celestial. Pero si examinamos este versículo en su contexto, veremos que este lugar es el Padre, no la mansión celestial. Nosotros nacimos en Adán, no en el Padre. Sin embargo, es un concepto básico en el Nuevo Testamento que la intención de Dios es ponernos en Él mismo por medio de la muerte y la resurrección de Cristo. En Hebreos 10 se nos revela el hecho de que la muerte y la resurrección de Cristo abrieron el camino nuevo y vivo para que pudiéramos entrar en la presencia de Dios. Entrar en la presencia de Dios es entrar en Dios, puesto que el Lugar Santísimo es, de hecho, Dios mismo.

Cuando el Señor Jesús habló con Sus discípulos en la noche antes de ser crucificado, ellos aún no habían sido introducidos en el Padre, pese a que habían estado siguiendo al Señor por tres años y medio. En aquel tiempo, únicamente el Señor estaba en el Padre. Sin embargo, el Señor les dijo que Él iba a prepararles un lugar y a abrirles el camino a ese lugar para que ellos pudieran estar en el Padre así como Él. La definición más elevada de la salvación de Dios es que ser salvo es ser introducido en Dios por Él mismo. Cuando nos arrepentimos y creímos en el Señor Jesús, fuimos introducidos en Dios el Padre, aunque quizás en ese entonces no nos percatamos de ello. Según el contexto de Juan 14, ésta es la intención más elevada de Dios. Por medio del Cristo crucificado y resucitado, Dios nos introdujo en Sí mismo.

SOMOS UNO CUANDO ESTAMOS EN EL PADRE Y EN SU EXPRESIÓN

Entrar en el Padre tiene por finalidad la unidad. Hoy muchos cristianos hablan de la unidad o de unirnos. Hay una diferencia entre unirnos y la unidad. Nosotros no nos unimos, pues somos uno. Por ejemplo, aunque las lámparas fluorescentes del salón de reuniones no están físicamente unidas, todas ellas son uno en la

electricidad y en el resplandor de la luz. De manera semejante, nosotros no nos unimos, sino que somos uno en el Espíritu que mora en nosotros. El Espíritu que mora en nosotros es nuestra unidad. De manera que no nos unimos para expresar a Dios; sin embargo, somos uno en la expresión de Dios, así como estas lámparas fluorescentes son uno en el resplandor de la luz. Nosotros somos uno en el Padre y en Su expresión. Fuera del Padre y de Su expresión no existe ningún otro lugar en el que podamos ser uno. Por lo tanto, a fin de experimentar la unidad genuina, tenemos que ser introducidos en el Padre.

Efesios 4 nos exhorta a guardar la unidad del Espíritu. La manera en que guardamos la unidad es permanecer en el Padre. En nosotros mismos estamos separados los unos de los otros. Pero mientras permanezcamos en el Padre, estaremos en la unidad.

PERFECCIONADOS EN UNIDAD

El Señor, en Su oración en Juan 17, no pidió que los discípulos fuesen introducidos en el Padre, puesto que Él daba por sentado que ellos ya estaban en el Padre. Estando en el Padre, los discípulos poseían la unidad genuina, pero aún necesitaban ser perfeccionados en esta unidad. La razón por la que usted tal vez no pueda decir con confianza que está en la gloria del Padre es que aún no ha sido perfeccionado en la unidad. Ser perfeccionados en la unidad significa ser rescatados de la mundanalidad, de la ambición, de la autoexaltación y de las opiniones y conceptos.

Juan 17:23 es un versículo muy difícil de entender: “Yo en ellos, y Tú en Mí, para que sean perfeccionados en unidad”. Al leer este versículo, quizás usted se pregunte qué tienen que ver las expresiones “Yo en ellos” y “Tú en Mí” con ser perfeccionados en unidad. Aquí el Señor no dice: “Tú en Mí, y Yo en ellos”. Esto parece más lógico que decir: “Yo en ellos, y Tú en Mí”, pues el Padre estaría operando en el Hijo, quien a Su vez estaría operando en los creyentes para perfeccionarlos en unidad. Pero si examinamos este versículo a la luz de nuestra

experiencia, yo creo que significa que mientras Cristo opera en nosotros, el Padre está operando en Él. En otras palabras, mientras el Hijo se mueve en nosotros, el Padre se mueve en Él. Esta operación doble hace que seamos perfeccionados. “Yo en ellos” significa que el Hijo vive y se mueve en nosotros; y “Tú en Mí” significa que el Padre vive y se mueve en el Hijo. Mediante este doble vivir y mover, somos perfeccionados en unidad.

Recientemente, en una de las reuniones en Anaheim, los santos estaban orando y compartiendo acerca de la renovación de la mente. A fin de que nuestra mente sea renovada, debemos abandonar nuestros conceptos y opiniones. Sin embargo, en nosotros mismos es difícil dejar nuestros conceptos y opiniones; pues cuanto más nos esforzamos por abandonar nuestras opiniones, más opiniones tenemos. De hecho, cada pensamiento que tenemos es una opinión. Ninguno de nosotros puede dejar de pensar; pensamos incluso mientras dormimos. Incluso un pequeño niño tiene opiniones. Sin embargo, cuando el Hijo vive y se mueve en nosotros con el Padre que vive y se mueve en Él, somos rescatados de las opiniones y de ese modo somos perfeccionados. La unidad genuina no se obtiene siendo enseñados ni teniendo ciertos conceptos doctrinales. La verdadera unidad es el resultado de que el Hijo viva y se mueva en nosotros y de que el Padre viva y se mueva en Él. Es por medio de este doble vivir y operar que somos perfeccionados en unidad y expresamos al Padre.

PERDER LA UNIDAD

Es extremadamente significativo el que seamos uno donde el Hijo está. Ninguna de las personas caídas está en el Padre, sino que todas ellas están en sí mismas. Debido a que no están en el Padre, no están en la expresión de Dios. Al contrario, se hallan en la mundanalidad, la ambición, la autoexaltación y los conceptos y opiniones. En el mensaje anterior señalamos que el mundo está constituido de la ambición, la autoexaltación y los conceptos, y no simplemente de cosas superficiales como la moda y el entretenimiento. Las personas caídas están

completamente en sí mismas y en el mundo. En un sentido, ni siquiera los que verdaderamente han sido salvos están en el Padre, puesto que muchos todavía viven en sí mismos, expresando así la mundanalidad, la autoexaltación, la ambición y los conceptos. Estas cuatro cosas constituyen la fibra misma de nuestro ser. Incluso entre los cristianos que buscan del Señor, no muchos verdaderamente viven en el Padre ni en la gloria del Padre. Como resultado, la unidad genuina se pierde.

Es preciso que todos tengamos una comprensión acertada de la unidad. Es posible que nos reunamos y aún no estemos en la unidad genuina. Únicamente poseemos la verdadera unidad al vivir en el Padre y en Su gloria.

Muchos cristianos hablan acerca de la unidad mencionada en Juan 17 sin un verdadero entendimiento de lo que hablan. Hasta cierto punto, ésta también puede ser nuestra situación. La unidad en Juan 17 no tiene que ver con reunirnos, unirnos u organizarnos. La unidad aquí consiste en vivir en el Padre y en Su gloria. Este vivir nos rescata de la mundanalidad, de la ambición, de la autoexaltación y de los conceptos.

A menudo quebrantamos la unidad sin darnos cuenta, quizás incluso por la manera en que hablamos. Nuestras palabras pueden ser mundanas, llenas de ambición, de autoexaltación y de conceptos. Por lo tanto, es posible que con respecto a nuestro hablar no nos hallemos en la expresión del Padre. Aquellos que viven en la gloria del Padre pueden percibir esto. Debido a que los incrédulos viven en sí mismos y en el mundo, ellos no tienen unidad. En vez de ello tienen Babel, es decir, confusión y división. Sin embargo, es posible que los cristianos que buscan del Señor, incluso nosotros, también estemos en Babel. Es posible que usemos la terminología correcta y sepamos que el recobro del Señor consiste en recobrar la unidad genuina, pero en realidad no tengamos esta unidad. Si todavía estamos en nosotros mismos, y no en la expresión del Padre, la unidad sufrirá daño.

A medida que el Cristo que mora en nosotros vive y se mueve en nuestro interior mientras el Padre vive y se mueve en Él, nosotros somos rescatados de nuestra ambición, de nuestra autoexaltación y de nuestros conceptos. A veces cuando estoy reunido con los hermanos que toman la delantera, percibo que son muy rápidos para expresar sus opiniones o tomar decisiones. Esto muestra que no han sido perfeccionados en unidad. Si hemos sido perfeccionados, no seremos osados al expresar nuestras opiniones ni al tomar decisiones, sino que seremos restringidos por el Cristo que mora en nosotros, y espontáneamente nos preguntaremos si lo que vamos a decir es de Cristo o del yo. En esto consiste el ser perfeccionado. Si todos los hermanos que toman la delantera son perfeccionados de esta manera, no habrá disensiones entre ellos.

INTRODUCIDOS EN LA GLORIA DEL PADRE

La oración del Señor en Juan 17 revela que necesitamos avanzar de simplemente estar en el Padre a estar en la gloria del Padre. Según el libro de Hechos, es posible ser introducido en la gloria del Padre en un breve período de tiempo. En los Evangelios, los dos hijos de Zebedeo, Jacobo y Juan, le pidieron al Señor que les diera una posición elevada en el reino (Mr. 10:35-41). El hecho de que los otros diez discípulos se indignaran con ellos demuestra que los doce competían por una posición. Por lo tanto, entre los discípulos había mundanalidad, ambición, autoexaltación y conceptos. No obstante, en el libro de Hechos la situación es completamente diferente. En Hechos 1 los ciento veinte discípulos oraron en unanimidad (v. 14). Por esta razón, el día de Pentecostés, ellos no sólo estaban en el Padre, sino también en la gloria del Padre. Para entonces no había mundanalidad, ambición, autoexaltación ni conceptos, sino únicamente la expresión del Padre. La unidad genuina había sido perfeccionada entre ellos.

LA UNIDAD PREVALECE DONDE ESTÁ EL HIJO

La unidad sólo es posible y prevalece donde está el Hijo. El Hijo está en el Padre y en la gloria del Padre. Sin duda alguna, Pedro, Juan y los demás discípulos pudieron testificar confiadamente que estaban en el Padre y en Su gloria. Por consiguiente, en los primeros capítulos de Hechos, se cumplieron entre ellos las palabras que el Señor habló en los capítulos del 14 al 16 del Evangelio de Juan así como Su oración en el capítulo 17, puesto que todos fueron perfeccionados en unidad. El Señor Jesús podía jactarse, diciendo: “Padre, Yo estoy en Ti, Tú estás en Mí, y todos éstos están en Nosotros y en la gloria. Ellos están conmigo donde Yo estoy”.

Es preciso que seamos liberados del falso entendimiento en cuanto a la unidad. La unidad no significa que tenemos el mismo concepto o que simplemente nos reunimos sin disensión ni división. La unidad genuina consiste en vivir en el Padre y en la gloria del Padre. Todo cuanto pensemos, digamos o hagamos debe hallarse en el Padre y en Su gloria. Cuando vivimos de este modo, somos perfeccionados en unidad. Esto no tiene que ver con un comportamiento externo, sino con una realidad interna; y debemos prestar completa atención a este asunto. En lugar de vivir en nosotros mismos —es decir, según nuestras metas, propósitos, ambiciones, sentimientos o conceptos— debemos vivir en el Padre y en Su expresión. Entonces seremos uno donde está el Hijo.

CAPÍTULO NUEVE

SER UNO EN EL DIOS TRIUNO Y EN SU EXPRESIÓN

En Juan 17 el Señor Jesús oró pidiendo que nosotros fuésemos uno en el Dios Triuno. Este concepto es muy profundo, y va más allá de nuestro entendimiento. En el versículo 23 el Señor dijo: “Yo en ellos, y Tú en Mí, para que sean perfeccionados en unidad”. Estas palabras escapan también nuestra comprensión. Sin embargo, si estudiamos el tipo del tabernáculo en Éxodo 26, podremos captar más fácilmente el significado de la oración del Señor por la unidad en Juan 17.

UN CUADRO DE NUESTRA UNIDAD EN EL DIOS TRIUNO

Casi todas las realidades espirituales que se encuentran en el Nuevo Testamento son abstractas. Sin embargo, en el Antiguo Testamento podemos encontrar tipos o cuadros para la mayoría de estas realidades. En Éxodo 26 vemos un cuadro de la unidad que existe en el Dios Triuno. Las tablas erguidas del tabernáculo formaban una estructura corporativa. El Arca que estaba dentro del tabernáculo era un solo objeto, pero el tabernáculo era una entidad corporativa. El Arca tipifica a Cristo. Sin embargo, los mismos materiales que se usaban para hacer el Arca también se usaban para hacer las tablas erguidas del tabernáculo. Tanto el Arca como las tablas estaban hechas de madera de acacia revestida de oro. Había un total de cuarenta y ocho tablas. Cuando estas tablas eran puestas juntas, formaban la morada de Dios. Sin duda alguna, la morada de Dios es una entidad corporativa. Por lo tanto, cuando contemplamos el tabernáculo con las cuarenta y ocho tablas

erguidas vemos un cuadro de la verdadera unidad. A fin de ser una sola entidad, esto es, la morada de Dios, las cuarenta y ocho tablas tenían que ser unidas. Ellas eran uno, no en virtud de la madera de acacia, sino en virtud del oro que revestía la madera.

El Arca es un tipo de Cristo con Sus dos naturalezas: la naturaleza humana tipificada por la madera de acacia y la naturaleza divina representada por el oro. Ya hicimos notar que estos mismos materiales también se usaban para hacer las tablas a fin de que fuese edificada la morada de Dios. Si el oro le hubiese sido quitado a las tablas erguidas y sólo la madera de acacia hubiera quedado, de inmediato las tablas se habrían desplomado. Aun si ellas no se hubiesen desplomado y hubiesen permanecido juntas lado a lado, no podrían haber constituido una sola entidad; más bien, serían cuarenta y ocho tablas separadas. Su unidad no radicaba en la madera de acacia, sino en el oro. Esto nos muestra claramente el hecho de que nuestra unidad no se basa en la naturaleza humana, sino en la naturaleza divina, en el Dios Triuno. Si fuésemos despojados de la naturaleza divina, de inmediato nos separaríamos unos de otros. Aunque siguiéramos amándonos unos a otros e incluso nos abrazáramos, no seríamos uno. La unidad de las tablas erguidas del tabernáculo, o sea, la unidad que se basa en el oro, es un símbolo de nuestra unidad en el Dios Triuno.

SER UNO EN LA GLORIA DE DIOS

El oro no simplemente hacía posible la unidad de las tablas, sino que además era su gloria. Al ser recubiertas de oro, las tablas tenían la gloria del oro, pues el resplandor del oro era su gloria, su expresión. Cualquiera que entrara en el tabernáculo podía percibir por todos lados el resplandor del oro. Por lo tanto, la unidad de las cuarenta y ocho tablas no radicaba únicamente en el oro, el cual representa a Dios mismo, sino también en el resplandor del oro, el cual representa la gloria de Dios. Conforme a este mismo principio, nuestra unidad hoy es la unidad que se halla en el Dios Triuno y en Su gloria, Su resplandor.

LA MADERA Y EL ORO

Todos hemos sido salvos, lavados en la preciosa sangre del Señor, perdonados de nuestros pecados, reconciliados con Dios y regenerados con la vida de Dios por el Espíritu. Esto significa que somos cristianos genuinos. Permítanme ahora hacerles esta pregunta: como alguien que posee tanto la naturaleza humana como la naturaleza divina, ¿es usted madera que tiene oro por dentro, o madera que está revestida de oro? En otras palabras, con respecto a usted, ¿el oro está dentro de la madera o la madera dentro del oro? Si usted simplemente tiene oro dentro de la madera, estará acabado en lo que a la unidad se refiere. Ahora bien, si dice que usted es madera que está dentro del oro, le haría otra pregunta: ¿qué ven los demás cuando tienen contacto con usted? ¿Ven la madera o el oro? Y si otros ven el oro que lo reviste, ¿qué tanto oro ven? ¿Qué tanto ha sido usted revestido de oro? Es cierto que somos tablas de madera que están revestidas de oro, pero ¿cuánto oro hay sobre nosotros? Ésta es una pregunta muy crucial.

NECESITAMOS TENER UNA ESPESA CAPA DE ORO

Cada una de las tablas del tabernáculo medía diez codos de altura y un codo y medio de ancho; en otras palabras, medían unos cuatro metros y medio de largo por sesenta y nueve centímetros de ancho. Definitivamente se requería una gran cantidad de oro para recubrir una tabla de ese tamaño. Si la capa de oro hubiese sido demasiado delgada, no habría podido soportar el peso de la tabla. Preparar las tablas de madera no era demasiado difícil, pero recubrir estas tablas tan grandes era una tarea bastante difícil. Aun cuando todos nosotros somos las tablas, es posible que estemos revestidos de una capa finísima de oro. Es cierto que ya estamos en el Dios Triuno, pero probablemente no hayamos entrado profundamente en Él. En lugar de estar revestidos de oro, quizás apenas nos envuelva una finísima capa de oro, como en el caso de Babilonia la Grande mencionada en Apocalipsis 17. Si las tablas erguidas hubiesen estado apenas envueltas en una capa muy delgada de oro, no habría habido oro suficiente para

los anillos que habían de soportar todo el peso de las tablas. A fin de que las cuarenta y ocho pesadas tablas se pudieran mantener juntas y unidas, todas ellas tenían que ser recubiertas con una espesa capa de oro.

Aunque el oro es glorioso y resplandeciente, es un material más bien blando. De igual manera, el Dios que une también es un poco “blando”. Si sólo tenemos un poco de Él, no tendremos la cantidad de oro suficiente que la unidad requiere. Nuestra experiencia lo demuestra. Supongamos que usted contacta al Señor temprano en la mañana y obtiene un poco de oro. Pero a la hora del desayuno cuando usted ve la expresión de desagrado en el rostro de su cónyuge, inmediatamente se ofende. La capa delgada de oro que lo cubría parece haber desaparecido. Sin embargo, si usted ha sido revestido de una gruesa capa de oro, no se ofenderá, por desagradable que sea la situación que tenga que afrontar. Nada podrá hacerle daño a esta espesa capa de oro. Aunque usted haya obtenido cierta cantidad de oro, es posible que dicha cantidad no sea suficiente para guardarlo en la unidad genuina.

NO PODEMOS SER UNO EN VIRTUD DE NUESTRA HUMANIDAD

Ya dijimos que conforme a la tipología de las tablas erguidas del tabernáculo, nuestra unidad no estriba en la madera, sino en el oro. Años atrás, pensaba que si yo era humilde, amable, suave, gentil y manso, fácilmente podía ser uno con los demás. Pero con el tiempo aprendí que cuanto más humilde, amable, suave, gentil y manso era, más difícil era para mí ser uno con otros creyentes. La razón es que los que poseen estas características son también muy cuidadosos y hábiles para encontrar defectos en los demás, por lo cual suelen condenarlos. Pero los que son burdos y toscos no se molestan casi con los errores de los demás. Cada vez que estoy con personas que son muy cuidadosas, me siento observado, acusado y condenado. Sin embargo, esto no significa que por ello

tengamos que volvernos personas toscas, puesto que tanto la mansedumbre como la tosquedad causan dificultades.

Yo antes pensaba que si el esposo como la esposa fueran mansos, llevarían una vida matrimonial feliz. Pero he aprendido por experiencia que no es así. Al parecer no importa si ambos son mansos o ambos son toscos, o si uno es manso y el otro es tosco. Toda pareja de casados tiene problemas. Muchas personas casadas comparan su matrimonio con el de otros. Esto muestra que en cierto modo se sienten insatisfechos con su matrimonio. Cuando yo hice este tipo de comparación en el pasado, descubrí que las demás personas casadas no se sentían más satisfechas que yo. Lo que quiero decirles es que en nuestra humanidad es imposible ser uno. En lugar de unidad, experimentamos fricción. El cuadro de las tablas en Éxodo 26 claramente nos muestra que la unidad de las tablas radicaba totalmente en el oro. Y este oro debe ser lo suficientemente grueso, espeso y fuerte para sostener una pesada tabla y mantenerla unida a las demás. ¡Cuán importante es que tengamos una buena capa de oro! Necesitamos tener suficiente oro para que sostenga el peso de la tabla.

CREER LO QUE PALABRA DE DIOS DICE ACERCA DE LA UNIDAD GENUINA

No es fácil conseguir la suficiente cantidad de oro como para recubrir una tabla de madera de acacia de cuatro metros y medio de largo por sesenta y nueve centímetros de ancho. Hablando humanamente, esto es imposible. Asimismo, parece imposible que los santos sean verdaderamente uno; no obstante, el hecho de que el tabernáculo fue edificado en el desierto indica que, aunque esto es imposible para el hombre, para Dios ciertamente es posible. Las experiencias que he tenido en la vida de iglesia a lo largo de los años me han causado mucha desilusión y desánimo. El ánimo que poseo hoy no proviene de mis experiencias, sino de la Palabra. Nada de lo que está escrito en la Palabra de Dios es vano; tarde o temprano, todo lo que está escrito en la Palabra de Dios será cumplido por

Él. Nada es imposible para Dios. Por consiguiente, debemos creer lo que la Palabra dice acerca de la unidad genuina. Creo firmemente que ha llegado el momento en que Dios verá la verdadera unidad entre nosotros en Su recobro.

Mi carga en este mensaje es mostrarles que la unidad genuina no proviene en absoluto de nuestra humanidad. No piensen que por el hecho de ser humildes o mansos, ustedes pueden ser uno con los demás. Indistintamente de si somos mansos o toscos, rápidos o lentos en nuestro proceder, orgullosos o humildes, cultos o incultos, a todos se nos dificulta tener la verdadera unidad. En nosotros mismos y por nosotros mismos y mediante nosotros mismos simplemente no podemos ser uno con los demás. De hecho, muchas veces no somos uno ni siquiera con nosotros mismos. Así pues, debo recalcar que la unidad depende del oro, no de la madera de acacia. Esto significa que la unidad en la iglesia no depende de nuestra humanidad, sino enteramente del Dios Triuno. En el pasado me preguntaba por qué el Señor, cuando oró por la unidad, nunca mencionó virtudes tales como la humildad, la mansedumbre y la bondad. En lugar de ello, habló principalmente de estar en el Dios Triuno. El concepto presentado en los versículos del 21 al 23 indica que la unidad se halla en el Dios Triuno. Esto revela que en nuestra humanidad no podemos experimentar la unidad, ya que ésta se experimenta únicamente en el Dios Triuno.

SOMOS PERFECCIONADOS EN UNIDAD AL OBTENER MÁS ORO

En ningún otro pasaje de la Biblia se nos revela el Dios Triuno de una manera tan práctica como en el capítulo 17 de Juan. Los diferentes pronombres usados —Yo, Nosotros, Tú— indican que el Dios Triuno está relacionado con la unidad de los creyentes. Es en el Dios Triuno que somos perfeccionados en unidad. Ser perfeccionados implica obtener más oro. Sólo después que las tablas fueron debidamente recubiertas de oro, fueron perfeccionadas en unidad. Esto muestra

que ser perfeccionados en unidad significa obtener más de Dios. Sin duda alguna, las enseñanzas acerca de la unidad por sí solas no pueden hacernos uno.

La unidad no es un asunto superficial. Para poder experimentarla, tenemos que sumergirnos profundamente en el Dios Triuno hasta ser plenamente revestidos de oro. Todos necesitamos obtener muchísimo más de Dios. No es suficiente poseer una delgada capa de Él. Si realmente somos iluminados con respecto a nuestra necesidad de ser revestidos de oro, nos arrepentiremos y diremos: "Señor, me arrepiento de estar cubierto de una capa tan delgada de oro. Aún no he sido debidamente revestido de oro. Lo que he experimentado de Ti no es más que una delgada capa de oro; ésta sólo sirve para que otros me admiren, pero no es suficiente para experimentar la verdadera unidad, para unirme a los demás creyentes. Cada vez que surge un pequeño problema, mi delgada capa de oro no basta para sostenerme y, como resultado, la unidad sufre daño. Señor, por causa de la unidad, revísteme de la cantidad de oro que necesito".

Cuanto más seamos revestidos de oro, más unidad tendremos. Nada puede dañar la unidad que proviene de ser revestidos de una generosa cantidad de oro. Cuanto más Dios poseemos, más se fortalece nuestra unidad.

DIOS REVISTE DE SÍ MISMO A SU PUEBLO RECOBRADO

Recientemente, algunos de entre nosotros cayeron en disensión, pese a que afirmaban haber visto el terreno de la unidad y estar en pro del recobro del Señor. Debido a que no habían sido suficientemente revestidos de oro, infligieron daño a la unidad. Lo mismo puede suceder en el futuro a cualquiera que no esté plenamente revestido de oro. El hecho de no poseer la debida cantidad de Dios puede crear serios problemas en cuanto a la unidad. El recobro del Señor no es un movimiento. No buscamos atraer a un gran número de personas. En el recobro nos preocupa principalmente tener el verdadero peso de oro. La pregunta más

crucial que debemos hacernos es: ¿cuánto de Dios hemos obtenido? El recobro del Señor consiste en que Dios reviste de Sí mismo a Su pueblo recobrado.

Siempre que veo a algunos caer en disensiones, siento lástima por ellos. Al mismo tiempo me doy cuenta de que en dicha situación uno es probado, puesto al descubierto y purificado. Esto pone a prueba lo que verdaderamente es real, nos muestra en realidad cuánto oro poseemos. Todos necesitamos obtener más oro. No es suficiente tener un buen corazón, conocer la verdad y mostrar un verdadero interés por el recobro del Señor. Todo depende de cuánto oro tengamos. Si no tenemos suficiente oro, cualquiera de nosotros puede caer en disensión. Esto debe ser una advertencia para todos nosotros. Repito una vez más que la unidad genuina es posible únicamente estando en el Dios Triuno.

LA MEJOR PORCIÓN DE DIOS

Debemos ahora decir algo acerca de los anillos de oro. Aun después de que las tablas fueron recubiertas de una espesa capa de oro, no podían mantenerse juntas sin los anillos, los cuales eran llamados los sostenedores. El oro que recubre es el oro común, pero los anillos de oro son la porción superior del oro. Esto nos muestra que necesitamos tener la mejor porción de Dios. A fin de experimentar la unidad de manera práctica necesitamos esta porción especial de Él. A fin de que hubiera unidad entre las tablas del tabernáculo, era imprescindible que cada tabla tuviera esta porción. Los anillos que estaban hechos de esta porción de oro eran los que sostenían las barras que unen.

Si estudiamos con la debida seriedad el cuadro de las tablas erguidas del tabernáculo descrito en Éxodo 26, nos causará una profunda impresión ver cuán escasos estamos de Dios. Desde 1925 he estado leyendo los artículos publicados en diversas revistas cristianas acerca de la vida vencedora. Si bien estos artículos brindan ayuda en cuanto a cómo ser victoriosos, ninguno de ellos nos dice que necesitamos más de Dios. En realidad, lo que necesitamos no es aprender una gran diversidad de métodos, sino simplemente sumergirnos en el Dios Triuno y

ganar más de Él. Dios es nuestra verdad, nuestro camino, nuestra vida y nuestro todo. Si no tenemos a Dios, no tenemos nada. Nuestro problema estriba en que estamos escasos de Dios, y nuestra verdadera necesidad es ganar más de Él.

Quizás usted sea alguien que está firme en la vida de iglesia. Esto sin duda es algo muy bueno, pero ¿qué acerca de la unidad que se experimenta en el Dios Triuno? Todos necesitamos una porción adecuada de Dios para que las tablas sean recubiertas de oro y de la mejor porción de Dios para tener los anillos que sostienen las barras que unen. Si poseemos el oro común y la porción superior del oro, no tendremos problemas con respecto a la unidad. Sin embargo, si no obtenemos el oro necesario, tarde o temprano tendremos problemas. Necesitamos la unidad que se manifiesta de manera concreta. Esta unidad consiste en la medida adecuada de Dios que hayamos obtenido. No confíe meramente en las enseñanzas ni en las doctrinas; más aún, tampoco dependa de su amor o afecto natural. Ni siquiera una voluntad firme es confiable para guardar la unidad. Sólo hay una cosa en la cual podemos confiar con respecto a la unidad, y es ésta: poseer la medida adecuada de Dios. Así como las tablas erguidas sólo podían ser una sola entidad en virtud del oro, nosotros sólo podemos ser uno si nos sumergimos completamente en Dios.

Hoy el Señor requiere la unidad genuina. Si no poseemos esta unidad, no podremos seguir adelante en el recobro. Por lo tanto, el asunto más importante y vital es la unidad genuina. La única manera de ser guardados en esta unidad verdadera y concreta es que obtengamos una buena medida del Dios que experimentamos. Ésta es nuestra necesidad hoy en día.

CAPÍTULO DIEZ

EL ESPÍRITU INICIAL LLEGA A SER EL ESPÍRITU QUE UNE (1)

Ya vimos que la unidad genuina es posible únicamente estando en el Dios Triuno. El Señor Jesús nos introdujo en el Padre, donde Él está. Antes que fuéramos salvos, estábamos fuera del Padre, y no teníamos nada que ver con Él. Pero después de ser salvos, fuimos trasladados al Padre. Sin embargo, todavía necesitamos estar con Cristo en la gloria del Padre. Estar en la gloria del Padre es estar en la expresión del Padre.

En un sentido muy real, todos los verdaderos cristianos están en el Padre. Sin embargo, son muy pocos los que verdaderamente pueden decir que están en la gloria del Padre. En Juan 17 la unidad genuina de los creyentes está relacionada con las dos veces que aparece la palabra *en:* en el Padre y en la gloria del Padre. La primera mención de la palabra *en* indica que hemos sido salvos, mientras que la segunda indica que somos uno en la expresión de Dios. Por medio de la misericordia y gracia del Señor, somos uno con Él donde Él está, en el Padre y en la gloria del Padre.

A fin de entender la unidad mencionada en Juan 17, necesitamos el tipo, el cuadro, del tabernáculo que se halla en Éxodo 26. La unidad que experimentamos en el Dios Triuno es muy profunda; de hecho, es un misterio. Es por ello que nos es difícil explicarla o definirla. Puesto que esto mismo sucede con muchas de las realidades espirituales halladas en la Biblia, tenemos tipos que describen los detalles de dichas realidades. Dado que la unidad revelada en Juan 17 es abstracta y misteriosa, no podemos entenderla adecuadamente sin la tipología presentada en el libro de Éxodo. El tabernáculo nos muestra un cuadro de cómo los creyentes neotestamentarios son edificados para ser la morada de Dios sobre

la tierra. Después que el tabernáculo del Antiguo Testamento fue erigido, éste fue lleno de la gloria de Dios. A partir de ese momento, el tabernáculo llegó a ser la morada de Dios sobre la tierra, el lugar donde reposaba Su gloria.

LA UNIDAD QUE ES FRUTO DE LA EDIFICACIÓN

En el tabernáculo del Antiguo Testamento había cuarenta y ocho tablas. El número cuarenta y ocho se compone de seis por ocho. El número seis representa al hombre natural, y el número ocho representa la resurrección. Por lo tanto, el número cuarenta y ocho representa a aquellos que antes estaban en el hombre natural, pero que ahora han llegado a ser creyentes y han entrado en resurrección. Cuando estos creyentes son reunidos todos juntos o, usando la expresión del Nuevo Testamento, son edificados, ellos llegan a ser la morada de Dios. La unidad por la cual el Señor Jesús oró en Juan 17 es esta edificación.

En Juan 14—17 se encuentra el concepto de la edificación. En Juan 14 el Señor Jesús dice que Él y el Padre vendrán a aquel que le aman y harán morada con ellos (v. 23). Luego, en el capítulo 15, el Señor dice: “Permaneced en Mí, y Yo en vosotros”. Además, en Juan 17, Él ora en cuanto a esta morada, la cual es simplemente la unidad de Sus creyentes. Si no hay unidad entre los creyentes en Cristo, ¿cómo podrá existir una morada, una habitación, para Dios en la tierra hoy? La unidad, que es la edificación, es en realidad la iglesia edificada de manera concreta. Muchos cristianos hablan acerca de la iglesia, pero para ellos la palabra *iglesia* es un término vacío. A fin de que la morada de Dios sea una realidad de una manera práctica, debe existir la unidad que es fruto de la edificación. La unidad entre los creyentes es la edificación de los creyentes hasta que conformen una morada.

Cuando examinamos el cuadro del tabernáculo, vemos los detalles relacionados con esta unidad y también los pasos por los cuales llegamos a ella. En el mensaje anterior, señalamos que las cuarenta y ocho tablas, en sí mismas, estaban separadas la una de la otra. No importa cuán cerca estuvieran la una de la otra,

aún estarían desconectadas. La unidad de las tablas erguidas no se basaba en las tablas mismas, sino en el oro que las cubría, las conectaba y las unía. Cada una de las tablas estaba recubierta de oro. Por lo tanto, era por medio del oro que el tabernáculo era una sola unidad como la morada de Dios. Por lo tanto, la morada de Dios estaba constituida de la unidad práctica de las tablas. Sin esta unidad, le es imposible a Dios obtener una morada en la tierra.

LAS TRES FUNCIONES DEL ORO

En cuanto a las tablas del tabernáculo, el oro desempeña tres funciones. Una de estas funciones es la de recubrir las tablas. Sin embargo, como veremos más adelante, ésta no es la principal función. Otra función del oro, según se ve en los anillos de oro, es la de conectar las tablas como una sola entidad. Finalmente, la función unificadora del oro se ve en las barras de oro. Por consiguiente, las tres funciones del oro son recubrir, conectar y unir.

Según nuestro concepto natural, podemos pensar que las tablas eran primeramente recubiertas de oro y que después los anillos eran soldados al oro que recubría las tablas. Sin embargo, si los anillos hubiesen sido soldados al oro que recubría las tablas, no habrían sido lo suficientemente fuertes para soportar el peso de las tablas. Por lo tanto, creo que los anillos de oro fueron colocados directamente en las tablas, aunque no sé cómo. Antes que las tablas fuesen recubiertas de oro, los anillos de oro fueron adheridos a éstas. Después de esto, las tablas fueron recubiertas de oro y luego fueron unidas por medio de las barras de oro. Por consiguiente, la función inicial del oro era la de adherir los anillos de oro a las tablas.

EL ESPÍRITU INICIAL

Hasta ahora, probablemente usted haya pensado que los anillos de oro eran el producto de haber recubierto las tablas con el oro. Los maestros y los expositores de la Biblia más confiables concuerdan en que los anillos de oro representan al

Espíritu inicial que nos fue dado por Dios, esto es, al Espíritu que nos regeneró, el mismo que en Efesios 1 es el Espíritu que nos sella. Cuando fuimos regenerados, Dios puso Su Espíritu en nosotros; inmediatamente, el Espíritu que nos regeneró llegó a ser el Espíritu que mora en nosotros. Este Espíritu que nos regeneró y ahora mora en nosotros es el Espíritu que nos fue dado por Dios inicialmente. Cuando el hijo pródigo regresó a su casa, le fueron puestos tres artículos: el vestido, el anillo y las sandalias. El vestido representa a Cristo como nuestra justicia, y el anillo, al Espíritu que nos sella. En la antigüedad la gente usaba un anillo grabado como sello. Por esta razón, los maestros de la Biblia dicen que según Lucas 15, después que regresamos al Padre, el Padre nos da a Cristo como nuestra justicia para cubrirnos y al Espíritu como el sello que testifica que pertenecemos al Padre y que hemos llegado a ser Su herencia.

Otro aspecto del anillo se revela en la historia de Rebeca. El siervo que Abraham envió para que buscara una esposa para Isaac puso un anillo en la nariz de Rebeca. Esto indica que el Espíritu inicial nos da discernimiento, lo cual está relacionado con el sentido del olfato. Además, según la costumbre de la antigüedad, un anillo en la nariz simboliza expresión. Por consiguiente, el Espíritu inicial, que es el Espíritu que nos sella, es el Espíritu de discernimiento y expresión. Todos hemos recibido a este Espíritu. Tenemos en nuestro interior algo que nos sella y testifica que pertenecemos, no al mundo, sino al Padre. Independientemente de lo oscura que sea esta era o lo corrupta que sea la sociedad, el Espíritu testifica desde nuestro interior que no pertenecemos a esta era maligna. Pertenecemos al Padre, y el Espíritu que mora en nosotros nos recuerda constantemente este hecho. Si después que somos salvos vamos a cierto lugar mundano, algo dentro de nosotros nos dirá que no pertenecemos allí. Éste es el Espíritu que nos sella.

Este Espíritu que nos sella nos da un sentido de discernimiento, una “nariz” espiritual. Con este sentido divino de discernimiento podemos detectar lo que es de Dios y lo que no es de Dios. Por el contrario, las personas que no son salvas no

tienen este sentido divino del olfato. En términos espirituales, todos los creyentes debemos tener una nariz prominente. En El Cantar de los Cantares el Señor aprecia la nariz de la amada que le busca, la cual Él compara con una alta torre (7:4).

Como ya mencionamos, el anillo en la nariz también nos habla de una expresión, una expresión hermosa. El Espíritu que nos sella no solamente nos permite discernir, sino que también permite que Dios se exprese por medio de nosotros. Éste es el Espíritu inicial, el Espíritu que regenera y que mora en nosotros, según es tipificado en la Biblia por los anillos de oro. Este Espíritu nos sella, nos da la facultad de discernimiento y nos capacita para expresar a Dios.

LOS TRES ANILLOS REPRESENTAN AL DIOS TRIUNO

Debido a que el Espíritu inicial ha sido instalado en nuestro ser, hemos llegado a ser estas tablas con los anillos. ¿Cuántos anillos había en cada tabla? Si estudiamos la manera en que estaban acomodadas las cinco barras en cada uno de los lados del tabernáculo, concluiremos que debía de haber tres anillos en cada tabla. Las cinco barras estaban acomodadas horizontalmente en tres hileras, y la barra central corría de un extremo a otro. Arriba y debajo de esta barra central las hileras se componían de dos barras en cada hilera, las cuales medían la mitad de la barra central y se unían en un punto central. Por lo tanto, cada tabla erguida debía de haber tenido al menos tres anillos, uno arriba, otro en el centro, y otro en la parte de abajo. Pero ¿será que había más de un solo anillo en cada uno de estos puntos? Éxodo 26:24 habla de “un solo anillo” o del “primer anillo” según algunas versiones. Así que, en cada tabla erguida había un anillo en cada uno de los tres lugares donde corrían las barras horizontales, lo cual significa que había tres anillos en cada tabla. Estos anillos simbolizan al Dios Triuno. Por consiguiente, el Espíritu inicial es el Dios Triuno. Cuando el Espíritu viene a nosotros, el Padre y el Hijo vienen con Él. ¡Aleluya!, tenemos al Dios Triuno en nosotros como Espíritu

inicial. Nosotros somos tablas que tienen, no un solo anillo, sino tres. Estos tres anillos representan la etapa inicial de nuestra vida cristiana e indican que la vida cristiana empieza con el Dios Triuno.

Después que se sujetaban los anillos de oro a las tablas del tabernáculo, éstas eran recubiertas de oro. Los anillos y las tablas tenían una misma apariencia debido a que fueron recubiertos de oro. Esto hace referencia a la manera en que se extiende el Espíritu al sellarnos, y también concuerda con nuestra experiencia.

ESTAR ESCASOS DE DIOS

Poseer los anillos de oro sin que éstos sean recubiertos de oro, indica que somos pobres, que estamos escasos de oro. Ello equivale a poseer al Dios Triuno como los anillos, mas no como el oro que recubre las tablas. Estar en semejante condición equivale a estar escasos de Dios. Tenemos que aprender a confesar que, a veces, estamos escasos de Dios. Es posible que en nosotros abunde el yo y escasee de Dios. Por lo tanto, necesitamos que el Espíritu inicial se expanda en todo nuestro ser, es decir, el oro que recibimos inicialmente tiene que extenderse en nosotros y revestirnos. A medida que crecemos en el Señor, el Espíritu se extiende en nuestro ser y nos reviste consigo mismo.

El oro no revestía un material corrupto o de baja calidad; no, revestía la madera de acacia. Sin embargo, aunque la madera de acacia era muy buena, el propósito del tabernáculo no era expresar la madera. Esto indica que Dios no quiere que el hombre sea expresado; antes bien, Él desea ver la expresión de Sí mismo. Dios desea que Él mismo sea expresado en el hombre. Para ello se requiere que el hombre sea cubierto por Dios, e incluso que sea revestido completamente de Él. En nuestro himnario tenemos un himno titulado “Cristo, no yo”. El coro dice así:

¡Oh, que me salves del yo, Señor!
¡Oh, que me pierda en Ti!
¡Oh, que no surja ya más yo!

¡Mas viva Cristo en mí!

Perdernos en el Señor es ser revestidos de Él y quedar escondidos en Él. Cuando quedamos escondidos en el Señor mismo, entonces Él llega a ser lo que se expresa.

RICOS EN DIOS Y EN LA UNIDAD

Si solamente poseemos los tres anillos de oro, esto significa que no somos ricos en la expresión de la unidad apropiada. A fin de tener la unidad genuina se requiere que expresemos plenamente el oro. Por lo tanto, es preciso que a diario seamos más y más revestidos del oro. Cuanto más se extienda en nuestro ser el Espíritu inicial, más la unidad imperará entre nosotros. Además de reconocer que estamos escasos de Dios, tenemos que aprender a confesar que nuestra unidad es muy deficiente. Sin embargo, por la gracia del Señor, también podemos decir: "¡Aleluya, soy rico en Cristo y también soy rico en unidad!". Cuando una tabla ha sido completamente recubierta de oro, o sea, del Dios Triuno, es rica tanto en Dios como en unidad.

Desde que el recobro del Señor vino a este país, recalcamos la necesidad de recibir la visión de la iglesia y de conocer el terreno de la unidad genuina. No obstante, algunos se volvieron disidentes y dijeron que la iglesia estaba en error. Sin embargo, la iglesia es la iglesia, no importa si es perfecta o imperfecta. Por ejemplo, los Estados Unidos es nuestro país, sea perfecto o no. ¡Cuán absurdo es decir que este país deja de ser nuestro porque esté mal en ciertos aspectos! Sucede lo mismo con respecto a la iglesia. Incluso la Biblia revela que la iglesia en esta era tal vez no sea perfecta; de hecho, puede tener muchos defectos. Sin embargo, por muchos defectos que ella tenga, el terreno de la iglesia sigue siendo único, y la iglesia sigue siendo la iglesia. Si hemos visto la iglesia y si somos fieles en estar firmes sobre el terreno de la iglesia sin importarnos cuál sea su condición en el presente, sabremos que la iglesia es simplemente la iglesia.

LA TRANSFORMACIÓN Y EL REVESTIMIENTO DE ORO

Hemos visto que el oro recubre la madera de acacia. El oro jamás será aplicado a ninguna otra clase de madera. Esto indica que si nuestro hombre natural no ha sido transformado, no seremos revestidos del Dios Triuno. El Dios Triuno jamás revestirá la carne ni el hombre natural. El revestimiento de oro requiere la transformación. Este asunto es de crucial importancia.

Todos los cristianos tienen al Espíritu inicial, los tres anillos, pero en muchos de ellos el oro no se ha extendido porque les falta ser transformados. Aún no han llegado a ser madera de acacia. En vez de ello, es posible que todavía participen en las cuatro cosas negativas que se hallan implícitas en Juan 17: la mundanalidad, la ambición, la autoexaltación y las opiniones. Mientras alguna parte de nuestro ser todavía esté relacionada con la mundanalidad, dicha parte no será madera de acacia. Sucede lo mismo con respecto a la ambición. No es posible que ningún elemento de ambición en nuestro ser sea revestido del Dios Triuno. Antes que pueda efectuarse este revestimiento, ese aspecto de la ambición tiene que ser transformado. Del mismo modo, si yo continúo teniendo muchas opiniones y estoy lleno de conceptos, esto demuestra que parte de mi ser aún no ha sido transformado en madera de acacia. No estamos hablando de si expresamos o no nuestras opiniones, sino de la necesidad de ser transformados. Algunas personas se abstendrían de expresar su opinión si estuvieran delante del presidente de los Estados Unidos. Sin embargo, expresarían libremente sus opiniones delante de los ancianos de la iglesia. Si este elemento de la opinión en nuestro ser ha sido transformado, no expresaremos nuestra opinión delante del presidente ni delante de un niño. No importa dónde estemos, simplemente no tendremos opiniones, puesto que la parte de nuestro ser que antes expresaba sus opiniones ha sido transformada en madera de acacia.

Les repito nuevamente que el Dios Triuno como Espíritu inicial no nos revestirá sino hasta que seamos transformados. Ésta es la razón por la que las vírgenes insensatas en Mateo 25 aún tenían que comprar aceite. Comprar aceite significa ser transformado para obtener más aceite; es ser transformado para ser más revestido de oro. Si todavía somos personas pecaminosas, mundanas y naturales, el Espíritu no podrá revestirnos de oro. Es posible que apreciemos mucho nuestro ser natural y no estemos dispuestos a permitir que el Señor lo toque. Tal vez pensemos que estamos bien, y que no somos ni orgullosos ni humildes, ni tampoco rápidos ni lentos. Mientras que usted se considere así, estará acabado en lo que se refiere a experimentar el ser revestido de oro. Sí, en efecto usted puede estar bien, pero es una persona natural; no es madera de acacia.

LA UNIDAD NOS EXIGE SER TRANSFORMADOS

Mi carga en este mensaje no consiste en impartirles enseñanzas bíblicas, sino en mostrarles la verdadera situación entre los santos a lo largo de los siglos en cuanto a la unidad. Es un hecho que es muy difícil practicar la unidad apropiada. Dudo que haya existido algún otro grupo de cristianos que haya hecho tanto hincapié en la unidad como nosotros. No obstante, pese a que hemos recalcado la importancia de la unidad una y otra vez, algunos que en otro tiempo estuvieron en el recobro se atrevieron a dañar la unidad. Hicieron burla del terreno de la iglesia y prácticamente pisotearon la iglesia. Algunos han dicho: “¿Qué tiene de malo que se celebre una reunión en mi casa? Nosotros disfrutamos al Señor aquí”. Aunque usted disfrute al Señor en cierta medida en una pequeña reunión en su casa, no podrá tener una fiesta como el tipo de las fiestas anuales que celebraban los israelitas. A pesar de que los israelitas podían disfrutar de una porción común del producto de la buena tierra en sus casas, sólo podían disfrutar de la mejor porción cuando se reunían en el monte Sion, el único lugar que Dios había escogido para que ellos ofrecieran su adoración corporativa.

La unidad nos exige ser transformados. Mientras oraba por este mensaje, me advertí a mí mismo que debía ser cuidadoso, no fuera que habiendo predicado a otros yo mismo viniera a ser reprobado. No podemos permitirnos ser descuidados con el Señor en lo que se refiere a asuntos espirituales tales como la transformación. Les repito una vez más que si no hemos sido transformados, no podremos ser revestidos de oro.

No me cabe ninguna duda de que todos ustedes poseen los tres anillos de oro, es decir, al Dios Triuno quien, como Espíritu inicial, vino a ustedes para sellarlos, para darles el discernimiento apropiado y para capacitarlos a expresar al Señor, a quien ustedes aman. Pero me preocupa que puedan pasar los días sin que ustedes le permitan al Señor transformarlos. Ser revestidos de oro por el Señor es algo que va a la par con nuestra transformación. Podemos comparar la transformación a los rieles del tren, y el revestimiento de oro al tren que se desplaza sobre dichos rieles. Si no se han colocado los rieles, será imposible que el tren se desplace. Cierta área de nuestro ser no podrá ser revestida de oro a menos que en dicha área hayamos experimentado una verdadera transformación. Esto no debiera ser una simple doctrina para nosotros. Tenemos que amar al Señor, contactarlo, sumergirnos en Su Palabra, orar y andar conforme al espíritu. Si hacemos estas cosas, la transformación ocurrirá espontáneamente.

LA PROPAGACIÓN DE LA UNIDAD

El revestimiento de oro en realidad equivale a la propagación de la unidad. Nosotros ya poseemos la unidad del Espíritu que se menciona en Efesios 4. Esta unidad del Espíritu equivale al oro de los tres anillos. El Espíritu inicial, que es el Dios Triuno, es la verdadera unidad del Espíritu. Ahora esta unidad debe extenderse hasta que revista todo nuestro ser. Ya vimos que Dios no reviste de oro nada que sea natural. Todo lo que no sea madera de acacia tiene que ser transformado, es decir, tiene que experimentar un cambio en su naturaleza y forma. Por muy bueno que aparentemente sea nuestro ser natural, aun así,

necesitamos ser transformados. La transformación no tiene nada que ver con el hecho de reformar o mejorar nuestro comportamiento; más bien, la transformación depende de que amemos al Señor, tengamos contacto con Él, escuchemos Su palabra, oremos a Él y andemos conforme al espíritu. Mientras experimentemos estas cinco cosas, estaremos viviendo a Cristo, es decir, estaremos tomándole como nuestra vida. Así que, la transformación se efectúa espontáneamente. El proceso mediante el cual somos revestidos de oro se efectúa simultáneamente con esta transformación. Donde ocurra la transformación, allí también se efectuará el revestimiento del oro.

Este mensaje no es fruto de ningún estudio bíblico, sino de un intenso sufrimiento. Debido a este sufrimiento, me he ejercitado mucho delante del Señor procurando entender la situación. Poco a poco, el Señor me ha ido mostrando que ciertos queridos santos solamente tenían los tres anillos, y que el oro no se había extendido mucho en ellos debido a que no habían experimentado ninguna transformación. La razón por la que no experimentaron ninguna transformación es que estas personas disidentes no experimentaron el quebrantamiento de la cruz. En el mensaje siguiente veremos que las barras que unían las tablas de tabernáculo tenían que cruzar las tablas o pasar a través de ellas. Esto indica que aunque podemos ser tablas que han sido colocadas verticalmente, el Espíritu que une tiene que pasar a través de nosotros horizontalmente, formando así una cruz. Hoy en día hay algunos que aborrecen la cruz, e incluso desprecian la palabra *cruz.* No obstante, sin la cruz no puede haber resurrección. La cruz es algo muy positivo, pues nos conduce a la resurrección. Es únicamente en resurrección que nuestra vida natural es transformada. Dicha transformación, que se efectúa en resurrección, causa que seamos revestidos de oro.

LA ÚNICA SALVAGUARDIA

Solamente cuando hayamos sido transformados y revestidos de oro no habrá posibilidad alguna de que haya disensiones entre nosotros. Pero mientras no

hayamos sido transformados y revestidos de oro, correremos el peligro de caer en disensión. Lo único que puede resguardarnos es que seamos revestidos de oro. No debemos seguir andando conforme a nuestro ser natural; en vez de una humanidad natural, debemos adquirir una humanidad transformada, cuyo elemento sea la humanidad misma de Jesús. En otras palabras, debemos ser como dice uno de nuestros himnos: "Jesusmente humano". Únicamente la humanidad de Jesús, la cual es una humanidad que está en resurrección, es apta para ser revestida de oro.

Les ruego que le presenten este asunto al Señor en oración. Es sólo a través de mucha oración que podemos descubrir que el camino hacia la unidad genuina surge de nuestra experiencia de Dios. No crean que simplemente con leer este mensaje obtendrán la realidad de lo que estamos hablando. A fin de obtener la realidad de esta palabra, se requiere tiempo y mucha oración. No es fácil obtener la realidad de la unidad, porque ésta es una realidad divina. Es preciso que la naturaleza divina sea forjada en nuestro ser. El Espíritu inicial, que es el Dios Triuno instalado en nosotros como los anillos de las tablas, tiene que propagarse en todo nuestro ser. Para que esta propagación ocurra, se requiere la transformación, y la transformación nos exige tomar a Cristo como nuestra vida, lo cual hacemos al amarle, al tener contacto con Él, al escuchar Su palabra, al orar y al andar en el espíritu. Si ésta es nuestra experiencia, ciertamente seremos transformados y revestidos de oro. Entonces la unidad se habrá extendido por completo en nuestro ser, y de ese modo seremos resguardados de toda disensión y división.

CAPÍTULO ONCE

EL ESPÍRITU INICIAL LLEGA A SER EL ESPÍRITU QUE UNE (2)

La unidad que el Señor mencionó en Su oración en Juan 17 es misteriosa, pues se trata de una unidad que sólo podemos conocer y poner en práctica en el Dios Triuno. Damos gracias al Señor por proveernos un cuadro tan claro de esta unidad, la cual se ve en la edificación del tabernáculo en el Antiguo Testamento. La edificación del tabernáculo que se describe en el libro de Éxodo corresponde a la unidad mencionada en Juan 17. El Señor oró pidiendo que todos Sus creyentes fueran uno a fin de que Dios pudiera obtener una morada en la tierra. El tabernáculo era tal morada. La unidad que se ve en el tabernáculo es sencillamente la edificación del tabernáculo.

El tabernáculo constaba de cuarenta y ocho tablas. Debido a que éstas eran edificadas para conformar la morada de Dios, el tabernáculo nos provee un cuadro muy claro de la unidad en el Dios Triuno. Esta unidad no se basaba en la madera de acacia, el material del cual estaban hechas las tablas; se basaba en el oro, con el cual se recubrían las tablas. La madera y el oro representan la naturaleza humana y divina de los cristianos. La naturaleza humana está representada por la madera de acacia; la naturaleza divina, por el oro. Cada tabla era hecha de madera de acacia y estaba recubierta de oro. Debido a que los cristianos somos tanto de madera como de oro, somos personas maravillosas.

Ya vimos que la madera de acacia no representa nuestra naturaleza caída, sino nuestra naturaleza transformada y elevada. Nosotros fuimos regenerados, y ahora nos encontramos en el proceso de la transformación. Día a día, está ocurriendo un cambio en nuestra naturaleza. Este cambio es la transformación. Aunque todavía no he sido perfeccionado completamente, puedo testificar confiadamente que un

gran cambio ha estado ocurriendo en mi ser desde que me hice cristiano. No se trata simplemente de un cambio en mi comportamiento, sino en mi naturaleza. Además, a medida que nosotros somos transformados en madera de acacia, somos revestidos de oro. Adoramos al Señor y lo alabamos porque diariamente Él nos está revistiendo de oro, que es Él mismo. Nuestra unidad se basa en este oro.

LOS TRES ASPECTOS DE LA UNIDAD

Esta unidad tiene tres aspectos. En el primer aspecto, que corresponde a la etapa inicial, la unidad está representada por los anillos de oro. Estoy seguro de que los anillos de oro eran sujetados a las tablas antes que éstas fuesen recubiertas de oro. Por lo tanto, el primer paso consistía en sujetar los anillos de oro a las tablas, y el segundo consistía en recubrir las tablas de oro. Finalmente, el tercer paso consistía en elaborar las barras que unen, las cuales mantenían juntas las cuarenta y ocho tablas en unidad. Esta unidad es el edificio, que es la morada de Dios.

Sin el cuadro del tabernáculo, no podríamos entender adecuadamente la unidad de la cual se habla en Juan 17. Desde mi juventud yo presté mucha atención a Juan 17, pero debido a que no tenía suficiente experiencia y debido a que no vi el cuadro de la unidad que se muestra en el tabernáculo, no tenía un entendimiento adecuado de lo que el Señor oró en Juan 17 con respecto a la unidad. Pero ahora, después de años de experiencia e incluso de sufrimiento, puedo decir que la unidad por la cual el Señor oró en Juan 17 es la misma unidad que vemos en el tabernáculo. Al examinar el cuadro del tabernáculo, podemos tener un entendimiento adecuado en cuanto a la unidad práctica por la cual el Señor Jesús oró.

LA UNIDAD EN EL DIOS TRIUNO

La unidad se halla en el Dios Triuno. Las tablas eran una sola entidad en virtud del oro, y el oro representa la naturaleza de Dios. Ya hicimos notar que en cada una

de las tablas había tres anillos, los cuales representan al Dios Triuno, quien es el Espíritu que sella, al cual hemos recibido. Este Espíritu no es simplemente el Espíritu de Dios, sino el Espíritu de Dios con el Padre y con el Hijo. En Juan el Señor Jesús dijo que el Espíritu sería enviado del Padre (15:26). La preposición griega traducida “de” en realidad debería ser traducida “de con”. Esto significa que el Espíritu no sólo es enviado del Padre, sino que también viene con el Padre. Después de enviar al Espíritu, el Padre no se quedó en los cielos. Cuando el Padre envió al Espíritu, el Espíritu vino a nosotros con el Padre. Por consiguiente, tener al Espíritu en nosotros equivale a tener al Padre en nosotros. Asimismo, el Hijo está con el Padre. De eternidad a eternidad, el Hijo siempre ha estado con el Padre y siempre estará con Él. Por lo tanto, tener al Espíritu en nosotros equivale también a tener al Padre y al Hijo en nosotros. Así pues, tenemos al Dios Triuno como los tres anillos. El Padre está corporificado en el Hijo, y el Hijo es hecho real a nosotros en calidad de Espíritu. Por lo tanto, cuando tenemos al Espíritu, tenemos también al Padre y al Hijo. Éste es el Espíritu inicial, el Espíritu que nos sella, los propios anillos que hemos recibido. Este Espíritu vivificante nos ha regenerado y ahora mora en nosotros.

LA PROPAGACIÓN DEL ESPÍRITU QUE SELLA

Una vez que somos regenerados, el Espíritu que sella empieza a propagarse en todo nuestro ser. Con respecto a algunos de nosotros, esta propagación ocurre muy lentamente. No obstante, sigue avanzando. Muchos de nosotros podemos testificar que la propagación del oro ha aumentado desde que vinimos al recobro del Señor. Como mencionamos en el mensaje anterior, ser revestidos de oro siempre va a la par con la transformación, ya que el oro únicamente recubre la madera de acacia. La naturaleza de Dios, la cual es de oro, jamás revestirá nuestra naturaleza caída, sino únicamente nuestra naturaleza regenerada y transformada. Nuestra naturaleza caída es madera corrupta, pero nuestra naturaleza regenerada y transformada es madera de acacia. Esto nos lo confirma

nuestra experiencia y lo que hemos observado en la experiencia de muchos otros santos.

No sólo hemos recibido el sello del Espíritu, sino también el sellar del Espíritu (véase *Estudio-vida de Efesios,* mensaje 12). Este sellar está propagándose en nuestro ser, revistiéndonos del oro. Desde el momento en que fuimos regenerados, hemos tenido algo muy precioso dentro de nosotros. Al leer la Palabra, hemos llegado a ver que esta preciosa sustancia es la naturaleza divina que se añade a nosotros con Dios el Espíritu. Día a día, este Espíritu junto con la naturaleza divina se está propagando en nosotros. Cuanto más oramos, tenemos comunión con el Señor, leemos Su palabra y le decimos que lo amamos y deseamos ser uno con Él, más sentimos que algo se propaga en nuestro interior, revistiéndonos de oro.

EL ESPÍRITU QUE UNE

Aunque poseamos al Espíritu inicial e incluso tengamos cierta experiencia de ser revestidos de oro, todavía necesitamos experimentar al Espíritu que une. Además de las tablas, los anillos y el recubrimiento de oro, todavía se necesitaban las barras. Sin las barras, las cuarenta y ocho tablas no podían ser una sola entidad, pues eran las barras las que mantenían unidas las tablas. ¿Qué representan las barras? Puesto que nosotros somos las tablas, las barras no pueden representarnos a nosotros. Además, los anillos representan al Dios Triuno, y el oro que reviste las tablas representa la propagación de Dios. Así pues, tal como los anillos representan al Espíritu inicial, las barras representan al Espíritu que une. Las tablas permanecen en posición vertical, y las barras las unen al atravesarlas horizontalmente.

Ahora debemos considerar algunos detalles de las barras como símbolo del Espíritu que une. Lo primero que debemos notar es que las barras que unían las tablas estaban distribuidas en tres grupos de cinco. Con relación al Espíritu inicial, había en cada tabla tres anillos, los cuales representan al Dios Triuno. Ahora, con

respecto a las barras, encontramos tres grupos de cinco, lo cual también representa al Dios Triuno. Además, en cada grupo de cinco barras había tres hileras, en las cuales la barra central atravesaba las tablas de un extremo a otro, y en las hileras de arriba y abajo había dos barras que se unían en un punto medio. Había tres juegos de barras, cada uno compuesto por cinco barras, cada juego se distribuía en tres hileras, y en cada una de las tablas erguidas había tres anillos. El número tres, por tanto, hace referencia al Dios Triuno.

Como ya mencionamos, cada juego de barras tenía cinco barras. El número cinco se compone de cuatro más uno. El número uno denota al Dios único, y el número cuatro denota a las criaturas. Por consiguiente, el número cinco representa al Dios Triuno que se añade a Sus criaturas. Las barras que unen son, por tanto, el Dios "tres en uno" que se añade a Sus criaturas. El Espíritu que une hoy en día es sencillamente el Dios Triuno, el Dios que es tres en uno, añadido a Sus criaturas.

En la Biblia el número cinco representa la responsabilidad que asume el hombre a quien Dios se ha añadido. Por esta razón, el Evangelio de Mateo habla de las cinco vírgenes prudentes y las cinco vírgenes insensatas. Del mismo modo, los Diez Mandamientos fueron puestos en dos tablas, en cada una de las cuales estaban inscritos cinco mandamientos. No podemos asumir la responsabilidad por nosotros mismos, y Dios tampoco asumirá solo la responsabilidad. En vez de ello, el asunto de asumir la responsabilidad está relacionado con la encarnación, que es Dios que se añade al hombre. Éste es el significado del número cinco. Por lo tanto, las barras representan al Dios que es tres en uno, quien se añade a Sus criaturas para llevar la responsabilidad. ¡Cuán maravillosa es esta definición!

GUARDAR LA UNIDAD

Ahora llegamos a una pregunta bastante difícil de contestar: ¿Por qué las barras que unen las tablas son de madera de acacia por dentro? Tal vez resulte fácil entender que nosotros las tablas erguidas seamos hechos de madera de acacia por dentro y luego estemos revestidos de oro. Pero ¿qué significa que el Espíritu

que une tenga humanidad, la cual es representada por la madera de acacia, y que dicha humanidad esté revestida de divinidad, tipificada por el oro? Algunos maestros del cristianismo han señalado que las barras que unen representan al Espíritu que une, pero ninguno ha explicado por qué en el Espíritu que une se halla la madera de acacia.

Efesios 4:2 y 3 nos ayuda a entender este asunto. El versículo 3 nos habla de ser diligentes en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz. Aunque la unidad es la unidad del Espíritu, nos corresponde a nosotros guardarla. Guardar la unidad es responsabilidad nuestra, y no del Espíritu. Aquí tenemos divinidad, la unidad del Espíritu, y también humanidad, que corresponde al hecho de guardar la unidad. Si sólo tenemos la unidad del Espíritu, pero no guardamos la unidad, habrá deficiencias. Por lo tanto, tenemos que ser diligentes en guardar la unidad. Guardar la unidad, como se menciona en el versículo 3, está relacionado con las virtudes mencionadas en el versículo 2. Debemos guardar la unidad del Espíritu al ser humildes, mansos y longánimos, y al soportarnos los unos a los otros en amor. La humildad, la mansedumbre, la longanimidad y el soportarnos en amor son las virtudes humanas representadas por la madera de acacia, de la cual estaban hechas las barras que unían las tablas. Por consiguiente, a fin de guardar la unidad del Espíritu, necesitamos una humanidad que posee ciertas virtudes.

Estas virtudes no son producto de nuestra carne ni de nuestro hombre natural; más bien, se originan en nuestro espíritu, no en nuestra alma. Por consiguiente, ésta es una mansedumbre espiritual, una humildad espiritual, una longanimidad espiritual y esto es soportarnos los unos a los otros en amor espiritual.

COOPERAR CON EL ESPÍRITU QUE UNE

Las barras que unen las tablas no representan al Espíritu Santo solo, sino al Espíritu Santo junto con el espíritu humano. En las Epístolas a menudo resulta difícil discernir cuándo la palabra griega traducida “espíritu” debe escribirse con mayúscula o con minúscula. En otras palabras, es difícil determinar cuándo esta

palabra griega se refiere al Espíritu Santo o al espíritu humano. A menudo denota al espíritu mezclado, es decir, al Espíritu Santo mezclado con nuestro espíritu. Por lo tanto, las barras que unen no solamente representan al Dios Triuno que se añade al hombre para que juntos lleven la responsabilidad, sino que el Espíritu representado por estas barras también incluye al espíritu humano. Esto quiere decir que si nuestro espíritu no coopera con el Espíritu que une, la unidad no se manifestará en términos prácticos. El Espíritu que une es, en realidad, el espíritu mezclado. En este espíritu mezclado se encuentra tanto la divinidad como la humanidad, es decir, se encuentra tanto el oro como la madera de acacia.

Si el Espíritu ha de unirnos como una sola entidad, ello dependerá de si estamos dispuestos a cooperar o no con Él. Si no permitimos que este Espíritu pase a través de nosotros, la unidad no será posible. Para que dicho Espíritu pueda pasar a través de nosotros y unirnos a los demás, tenemos que recibir la cruz, ya que el Espíritu que une siempre cruza las tablas, pasando a través de ellas. Si estamos dispuestos a recibir la cruz, nuestro espíritu cooperará con el Espíritu que une. Entonces, el Espíritu que está con nuestro espíritu nos unirá a otro creyente de Cristo. De este modo, llegamos a ser uno mediante la colaboración que nuestro espíritu le presta al Espíritu que cruza. Sin embargo, la mayoría de las veces, no estamos dispuestos a que el Espíritu pase a través de nosotros.

El Espíritu que une continuamente procura pasar a través de nosotros para llegar a otros. La pregunta es si estamos dispuestos o no a permitirle obrar. Siempre que nuestro espíritu sea uno con el Espíritu que cruza, experimentaremos al Espíritu que une. Y cada vez que andemos según el Espíritu, experimentaremos que el Espíritu pase a través de nosotros. Si bien es cierto que permanecemos firmes, el Espíritu pasa a través de nosotros. El Espíritu jamás pasará a través de nosotros a menos que nuestro espíritu coopere con Él. Cuando nuestro espíritu coopera con el Espíritu que cruza, experimentamos la barra que une. Ésta es la única manera de guardar la unidad. Este entendimiento de las barras que unen las tablas lo podemos confirmar mediante nuestras propias experiencias.

LOS PASOS QUE CONDUCEN A LA UNIDAD

Hay varios pasos que nos conducen a la unidad representada por el tabernáculo. Primero, tenemos al Espíritu inicial, que es el Espíritu que nos regenera y nos sella. Después sigue el proceso de la transformación, por el cual somos transformados en madera de acacia. Junto con la transformación, se lleva a cabo el proceso en el que la madera es revestida de la naturaleza divina. Además, el Espíritu intenta continuamente pasar a través de nosotros, es decir, traernos la experiencia de la cruz. Sin embargo, para que esto suceda, se requiere tanto la cooperación de nuestro espíritu como también de nuestra mente, voluntad y parte emotiva. Sólo entonces las barras que unen, esto es, las cinco barras distribuidas en tres hileras, podrán unir a los creyentes y hacer de ellos una sola entidad. Cuando experimentamos todos estos aspectos, tenemos la unidad en el Dios Triuno como se revela en Juan 17. Esto significa que tenemos el edificio en virtud del oro que lo reviste y lo mantiene en unidad.

EL ESPÍRITU QUE UNE PASA A TRAVÉS DE NOSOTROS

Debemos recalcar cuán importante es que el Espíritu que une pase a través de nosotros. El Espíritu que une no solamente nos fortalece para que podamos estar erguidos, derechos, sino que también pasa a través de nosotros. Hay algo que pasa a través de nosotros, no en un sentido vertical sino horizontal. Estamos en posición vertical, pero necesitamos que algo pase a través de nosotros. El Espíritu que nos permite estar firmes en posición vertical, es el mismo que debe pasar a través de nosotros, es decir, debe ser el Espíritu que cruza. Si estamos dispuestos a que Él pase a través de nosotros, esto significa que nuestro espíritu coopera con el Espíritu que cruza. El Espíritu nunca podrá unirnos a los demás creyentes si nosotros no estamos dispuestos a cooperar. El Espíritu que une no podrá unirme a usted a menos que el espíritu de usted esté dispuesto a cooperar con el Espíritu.

Cuando el Espíritu que une llega a mí, viene junto con el espíritu de otro hermano, y cuando pasa a través de mí hacia un tercer hermano, va junto con mi espíritu. El Espíritu que une, por Sí solo, no puede unirnos; para ello, Él requiere la cooperación de nuestro espíritu. Esto implica que debemos estar dispuestos a que este Espíritu nos cruce, que pase a través de nosotros.

Si vemos este asunto, comprenderemos por qué, aún después de diecinueve siglos, la unidad por la cual el Señor oró en Juan 17 todavía no ha llegado a existir. Entre los cristianos de hoy muy pocos han sido transformados o revestidos de la naturaleza divina. Además, el Espíritu no ha podido pasar a través de muchos de ellos; su espíritu humano no ha cooperado mucho con el Espíritu divino. Por consiguiente, no hay unidad. Ahora bien, ¿en qué condición nos encontramos nosotros que estamos en el recobro del Señor? Debemos preguntarnos cuánto hemos sido transformados, cuánto hemos sido revestidos de la naturaleza divina, cuánto ha podido el Espíritu que une pasar a través de nosotros, y cuánto nuestro espíritu ha cooperado con el Espíritu que une. ¿Está dispuesto a permitir que el Espíritu pase a través de usted? Tal vez usted sea alguien que, como tabla erguida, está firme en favor del testimonio del Señor, pero ¿está dispuesto a que el Espíritu pase a través de usted? ¿Tiene el Espíritu la libertad de pasar a través de usted? Muchas veces el Espíritu no puede pasar a través de nosotros, porque no estamos dispuestos. ¿Está su espíritu siempre dispuesto a ir junto con el Espíritu a otro santo? No debemos pensar que el Espíritu de Dios pueda, por Sí solo, unirnos a otros creyentes. No es así. Él requiere la cooperación de nuestro espíritu. Esto es lo que significa guardar la unidad del Espíritu con toda humildad, mansedumbre y longanimidad, y al soportarnos los unos a los otros en amor.

EL VÍNCULO DE LA PAZ

Efesios 4:3 nos habla acerca del vínculo de la paz. El vínculo de la paz es la cooperación que nuestro espíritu le presta al Espíritu que une. Años atrás, cuando leí Efesios 4:2 y 3, sólo presté atención al asunto de guardar la unidad del

Espíritu, pero no tuve en cuenta todos los asuntos mencionados en el versículo 2 que se relacionaban con el mismo tema. Fue con el tiempo que llegué a ver la relación entre estos dos versículos. Puedo testificarles con toda seguridad, basándome en mi experiencia, que poseemos el vínculo de la paz únicamente cuando nuestro espíritu coopera con el Espíritu. Aunque ciertos hermanos puedan reunirse, es posible que no haya paz entre ellos. Tales hermanos no podrán tener el vínculo de la paz sino hasta que sus espíritus estén dispuestos a cooperar con el Espíritu que pasa a través de ellos. Ésta es la manera apropiada de guardar la unidad del Espíritu, y también la comprensión acertada de las barras que unían las tablas del tabernáculo. Las barras que unen representan al espíritu mezclado, es decir, al Espíritu divino mezclado con el espíritu humano, que llega a ser el vínculo de la paz. Es así como podemos tener la verdadera edificación.

ESTAR DISPUESTOS A QUE EL ESPÍRITU QUE UNE PASE A TRAVÉS DE NOSOTROS

Como creyentes en Cristo, todos tenemos al Espíritu inicial. Además de ello, nos encontramos en el proceso de ser transformados y de ser revestidos de la naturaleza divina. No obstante, me preocupa que cuando el Espíritu que cruza viene a nosotros para pasar a través de nosotros, muchos de nosotros no se lo permitimos. Debemos decirle: “Señor, mi espíritu está dispuesto a cooperar contigo. Estoy dispuesto a que pases a través de mí”. Si mostramos tal disposición, inmediata y espontáneamente tendremos la experiencia de las barras que unen y experimentaremos la unidad de manera práctica. El Espíritu Santo junto con nuestro espíritu se dirigirá después al espíritu de otro santo. Esto a su vez ayudará a que otros hermanos y hermanas estén también dispuestos a que el Espíritu que une pase a través de ellos.

El Espíritu que une puede pasar a través de todos los miembros del Cuerpo cuando el espíritu de ellos está dispuesto. Como resultado de estar dispuestos y de permitir que pase a través de nosotros, tenemos la unidad. Fue así como el

tabernáculo llegó a ser una sola entidad. Ésta es la unidad que produce el edificio, la morada de Dios.

Si examinamos el cuadro del tabernáculo a la luz de Juan 17, podremos ver la verdad en cuanto a la unidad. Para tener esta unidad necesitamos recibir al Espíritu inicial, ser transformados en madera de acacia, ser revestidos de oro y, finalmente, permitir que el Espíritu que une pase a través de nosotros, lo cual sucede cuando nuestro espíritu está dispuesto a cooperar con Él. Sólo entonces tendremos de manera práctica la unidad y el edificio. Dicho edificio es la morada de Dios, el lugar donde Dios mora con el hombre en la tierra.